

A. VESSIOT.

DIÁLOGOS SOCRÁTICOS SOBRE MORAL

Arreglados, aumentados y publicados
por el Licenciado.

RAMON MANTEROLA.



42

MEXICO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

de Oriente 2, num. 746.

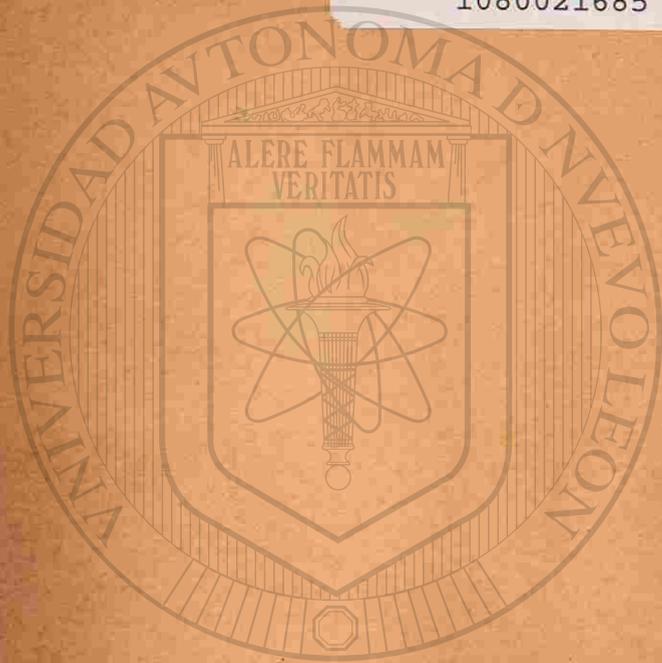
1897

32

SO 1960S SO CERA TICOS
SO 0707 SO 02E
SO 155M



1080021685



Ricardo E. Lozano

DIALOGOS SOBRE MORAL

Ricardo E. Lozano

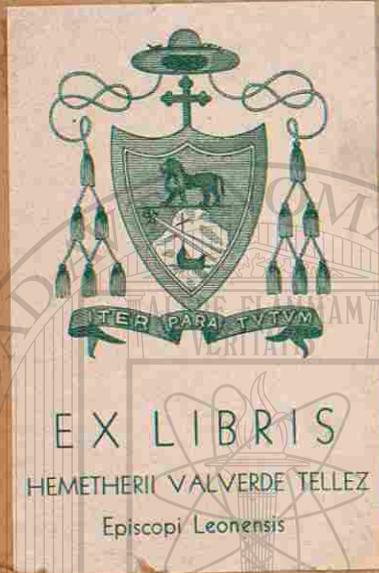
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LIBRERÍA
TELLEZ

9832



A. VESSIOT.

DIÁLOGOS SOCRÁTICOS SOBRE MORAL

Arreglados, aumentados y publicados
por el Licenciado.

RAMON MANTEROLA.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MEXICO

IMPRESA DEL GOBIERNO, EN EL EX-ARZOBISPADO.

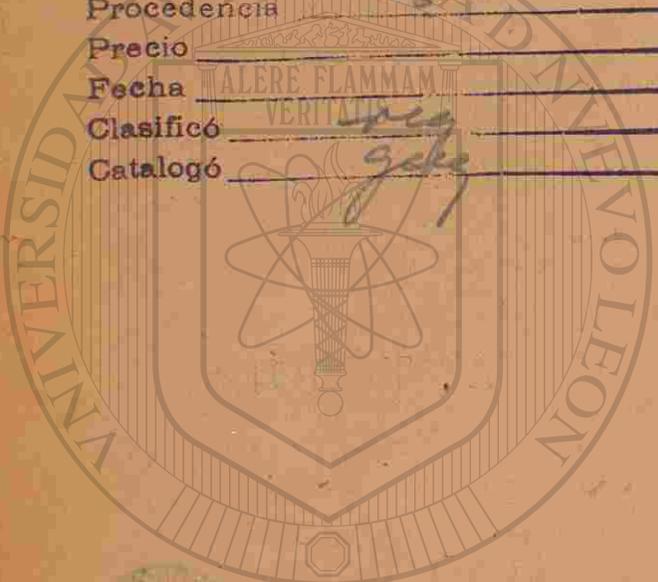
(Avenida Oriente 2, núm. 726.)

1897

46256

030042
V4

Núm. Clas 170
Núm. Autor V5830
Núm. Adq. 9832
Procedencia 167
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROLOGO.

LA moral es una de las asignaturas del programa escolar primario, cuya enseñanza se presta más á la forma socrática. En efecto, aun sin sostener como tesis filosófica, el carácter intuitivo de los primeros principios morales "No hagas á otro lo que no quieras para tí;" "Obra con los demás como quisieras que ellos obraran contigo," no puede caber duda de que los niños que entran á educarse en una escuela elemental, vienen ya bastante preparados con el conocimiento más ó menos instintivo ó ilustrado de esos principios ó, cuando menos, de la existencia de una ley moral, aunque ignoren hasta su nombre, que ordena ó prohíbe ciertos actos; es decir saben que hay buenas y malas acciones y que nuestro deber es practicar las unas y huir de las otras. Esta preparación, resultado de los instintos egoístas

000832

y altruistas del niño ó de la educación de la familia ó de la influencia del medio social ó de todo á la vez, es innegable y constituye una base suficiente para inculcar una buena enseñanza socrática moral, dirigiendo convenientemente los sentimientos é inteligencia del alumno y rectificando los errores de aplicación de los principios que ya posee, á fin de afirmarlo en el conocimiento, el amor y la práctica del bien. ¿Por qué entonces, se dirá, la moral es una de las materias que mayores dificultades presentan á los maestros? Tal vez esto dependa en primer lugar, de que es relativamente corto el período escolar para dar dentro de él á esa asignatura, su triple carácter instructivo, educativo y práctico; puede depender también de la influencia de la rutina que había hecho consistir la enseñanza moral casi únicamente en hacer aprender al niño, de memoria, máximas y reglas de conducta; pero probablemente, la principal causa de la dificultad consista en la que tiene en sí misma la buena forma socrática, que requiere grande habilidad y larga práctica de parte de los profesores. Por eso hemos creído que se les prestaría un verdadero é importante servicio publicando un guía para la aplicación de esa forma á la asignatura de que nos ocupamos, y aun pensábamos en arreglar una,

con ese fin, cuando por fortuna nos encontramos que el trabajo estaba ya realizado, con brillo y autoridad indiscutibles, por el eminente Institutor francés Mr. A. Vessiot, en una serie de diálogos que publicó en un semanario pedagógico. Nuestra tarea ha consistido pues en arreglar la traducción y orden de esos diálogos, aumentando además uno sobre la *obediencia* que nos ha parecido indispensable base para la enseñanza moral en la escuela y en el que procuramos imitar la forma y estilo que domina en los demás diálogos. Habríamos querido completar la obra de Mr. Vessiot con otros diálogos sobre puntos interesantes que el autor no llegó á tratar (á lo menos ignoramos si lo hizo); pero prescindimos de realizar esta idea por no retardar la publicación del libro y hacerlo quizás, demasiado voluminoso. Hubiéramos querido también modificar las referencias que frecuentemente hace á la Francia el autor, principalmente en los diálogos sobre la patria, que son de los más bellos, y adaptar estos á la historia y condiciones de México, y acaso ensayemos el hacerlo en otra edición; pero por el momento hemos juzgado que eso habría sido apropiarnos una gloria ajena, desluciéndola además al revestirla con el pobre ropaje que podríamos prestarle. Por lo demás, esa tarea pueden ha-

cerla fácilmente los profesores, pues el objeto de estos diálogos no es ni puede ser el que se sigan sus formas al pie de la letra, sino que en ellos se inspire al maestro para dar el carácter socrático á la enseñanza moral, haciendo en seguida leer á sus alumnos los diálogos respectivos, para afirmarlos en los principios morales y, á la vez, como ejercicio de lectura.

R. Manterola.

DIALOGOS SOCRÁTICOS

SOBRE MORAL

POR A. VESSIOT.

DIÁLOGO 1º

LA CONCIENCIA.

La satisfacción moral y el remordimiento.

—Amigos míos, cuando vdes. han sido perezosos ó indóciles, cuando han hecho enojar á sus padres ó á sus maestros, ¿están satisfechos de sí mismos?

—No, señor.

—¿No sienten una especie de descontento, de malestar interior?

—Sí, señor, es verdad.

—Y si por desgracia, cometen alguna falta gra-

cerla fácilmente los profesores, pues el objeto de estos diálogos no es ni puede ser el que se sigan sus formas al pie de la letra, sino que en ellos se inspire al maestro para dar el carácter socrático á la enseñanza moral, haciendo en seguida leer á sus alumnos los diálogos respectivos, para afirmarlos en los principios morales y, á la vez, como ejercicio de lectura.

R. Manterola.

DIALOGOS SOCRÁTICOS

SOBRE MORAL

POR A. VESSIOT.

DIÁLOGO 1º

LA CONCIENCIA.

La satisfacción moral y el remordimiento.

—Amigos míos, cuando vdes. han sido perezosos ó indóciles, cuando han hecho enojar á sus padres ó á sus maestros, ¿están satisfechos de sí mismos?

—No, señor.

—¿No sienten una especie de descontento, de malestar interior?

—Sí, señor, es verdad.

—Y si por desgracia, cometen alguna falta gra-

ve, por ejemplo, si dicen mentiras, si lastiman ó golpean á algún compañero; el descontento que experimentan ¿no se convierte hasta en verdadero sufrimiento?

—Sí, señor.

—¿Saben vdes. cómo se llama este sufrimiento?

—Se llama remordimiento.

—Y bien; el remordimiento es más penetrante á medida que la falta es más grave. Si al contrario, han sido laboriosos y dóciles; si sus padres y maestros están contentos de vdes. ¿no están también vdes. satisfechos de sí mismos?

—Sin duda, señor.

—¿No experimentan entonces una especie de satisfacción interior?

—Sí, señor.

—Y si han ejecutado alguna buena acción; si por ejemplo, han sacrificado sus pequeñas economías para socorrer á algún desgraciado, si han expuesto su vida por salvar á alguno de un peligro que le amenazaba, ¿esta satisfacción no llega hasta el placer, hasta el más puro goce?

—Ciertamente, señor.

—Y esta alegría es tanto más dulce y más viva cuanto que la acción ha sido mejor y más bella. Así es que según que nuestra conducta es buena ó mala, estamos contentos ó descontentos de nosotros mismos, experimentamos una especie de bienestar ó malestar interior; y si hemos ejecutado algún acto de virtud, de abnegación, ó si hemos cometido algu-

na mala acción, algún crimen, ese bienestar se convierte en goce exquisito, ó el malestar en sufrimiento cruel, en suplicio; el suplicio del remordimiento. Este sufrimiento ¿es un sufrimiento físico, como el dolor de cabeza ó el dolor de muelas?

—No, señor; es diferente.

—¿Es entonces sufrimiento del alma?

—Sí, señor.

—Y el placer de haber hecho una buena acción, ¿es un placer de los sentidos, como el beber, el comer, por ejemplo?

—No, señor; esos dos placeres no tienen nada de común.

—Es también un goce del alma; ¿pero todos los sufrimientos y goces del alma se parecen á la satisfacción moral y al remordimiento? ¿Son todos de la misma naturaleza? ¿El dolor que nos causa la muerte de una persona querida se parece al remordimiento?

—No, señor.

—Es también dolor del alma, pero de distinto género. ¿De qué nace esta diferencia?

—De que no tenemos la culpa si perdemos una persona querida y sí la tenemos si obramos mal.

—Bien; la muerte es una desgracia; no una mala acción. Lo mismo si nos sucede una cosa feliz, si por ejemplo, nos sacamos la lotería ¿el placer que experimentamos se parece á la satisfacción moral?

—No, señor; porque no depende de nosotros el ganarla.

—En efecto; es una fortuna y la fortuna no es una buena acción; ésta depende de nosotros, la otra es independiente de nuestra voluntad. Así, el remordimiento y la satisfacción moral son sufrimientos y goces de género aparte; tienen un carácter particular porque no son efectos de la casualidad sino consecuencias de nuestra conducta. ¿Quién nos hace experimentar esos goces y esos sufrimientos?

—La conciencia.

—Sí, es la conciencia; ella es en nosotros como un juez invisible que cada vez que obramos, da en seguida su fallo; nos absuelve ó nos condena, nos recompensa ó nos castiga. ¿No han oído vdes. decir alguna vez hablando de fulano ó mengano, *no tiene la conciencia tranquila?*

—Sí, señor; muchas veces.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que ha hecho algo malo, que tiene remordimientos.

—Bien, vdes. mismos ¿no han dicho nunca: *Tengo la conciencia tranquila, ó mi conciencia no me reprocha nada?*

—Sí, señor; más de una vez.

—¿Qué quieren decir con eso?

—Que no hemos hecho nada malo.

—En efecto, hablando de los que se conducen bien, se dice comunmente: *tiene una buena conciencia*; y de los que se conducen mal, *tiene una mala conciencia*; y según que su conciencia es buena ó mala, los hombres parecen contentos ó descontentos,

alegres ó tristes; tienen el rostro franco ó sombrío, el aire tranquilo ó inquieto, porque ese es el resultado de la buena ó la mala conducta; así la paz ó la turbación de nuestra conciencia es lo que hace nuestra felicidad ó nuestra desgracia. ¿Pero no han oído vdes. decir con frecuencia: *fulano no tiene la conciencia delicada*, ó al contrario: *tiene la conciencia escrupulosa?*

—Sí, señor; eso se dice con frecuencia.

—¿Qué significa eso? ¿La conciencia no es la misma entre todos los hombres?

—No siempre.

—La conciencia es como las demás facultades, como la razón por ejemplo; todos los hombres tienen razón, pero no es igual en todos: hay diferentes grados que dependen de la naturaleza, de la edad, de la educación y de la conducta. ¿Un niño puede tener la razón tan sólida y madura como un hombre formado?

—No, señor; no es posible.

—Y el que no cultiva su razón puede tenerla como el que la ejercita sin cesar?

—No, señor.

—Así la conciencia no es igualmente sensible entre todos los hombres; pero por la educación, por la conducta sobre todo, puede perder ó ganar en delicadeza. Mientras más virtuoso es uno, la conciencia se hace más escrupulosa y más nos hace sentir nuestras faltas y nuestros méritos; por el contrario, mientras más mal se conduce uno, la conciencia se hace indiferente, se endurece de tal modo que las

gentes que se habitúan al mal, al vicio, al desorden, al crimen, acaban por no sentir ya remordimientos, y se dice que *no tienen conciencia*. Es como si dijéramos que no son ya hombres; porque la conciencia es la facultad que más nos distingue de los animales.

Resumen de la lección.

—Cuando se conduce uno mal, se está descontento de sí, se experimenta una especie de malestar interior; y si se cometen faltas graves, alguna mala acción, no es solamente descontento lo que experimentamos sino un sufrimiento vivo é incisivo que se llama el remordimiento.

—Al contrario, cuando se conduce uno bien, se está contento de sí, se experimenta una especie de bienestar interior de satisfacción íntima; y si se ha hecho algo muy bueno, alguna bella acción, si se ha ejecutado algún acto de virtud, de abnegación, entonces no es solamente bienestar lo que experimentamos sino una alegría pura y exquisita.

—¿De qué naturaleza son este sufrimiento y esta alegría? ¿Son consecuencia de nuestros actos? ¿Se parecen al dolor físico y al placer de los sentidos?

—De ninguna manera; son sufrimientos y goces del alma. Pero todos los goces y los dolores del alma no se parecen á la satisfacción moral y al remordimiento. Los que nos causan los acontecimien-

tos felices ó desgraciados, como la llegada de un amigo largo tiempo esperado, la pérdida de un pariente, no tienen el mismo carácter porque las causas son de naturaleza diferente; las felicidades y las desgracias no son acciones buenas ó malas, son efectos de la casualidad ó de voluntades extrañas á la nuestra; no son consecuencias de nuestra conducta.

—¿Cuál es el poder que nos hace experimentar esas alegrías y esos sufrimientos morales de un género tan particular?

—Es la conciencia: ella reside en nosotros como un juez invisible, y da á cada una de nuestras acciones su juicio; nos censura ó nos alaba, nos castiga ó nos recompensa.

—Decir de un hombre que *tiene buena conciencia*, que está *en paz su conciencia*, que *su conciencia no le reprocha nada*, etc., es decir que obedece á su conciencia y que se conduce bien. Al contrario, hablando de un hombre que se conduce mal, se dice: *tiene mala conciencia*, *no tiene la conciencia recta*, *tranquila*, *tiene la conciencia cargada*, etc.

—En todos los hombres la conciencia es la misma, es decir, que juzga su conducta y la remunera de la misma manera; pero entre las conciencias si no hay diferencia de naturaleza, la hay de grados. La de un niño no puede estar tan desarrollada como la de un hombre; la del ignorante es de ordinario menos clara que la del hombre instruído. El medio en que se vive, las costumbres públicas influyen también en el desarrollo de la conciencia; pero de

nuestra conducta sobre todo es de lo que ella se resiente.

—Una buena conducta hace la conciencia más y más delicada; al contrario, una mala conducta la hace menos y menos escrupulosa. Cuando se habituó uno al vicio, la conciencia se embota, se endurece, acaba por hacerse indiferente al mal y no nos hace sentir remordimiento. Cuando un hombre ha llegado á ese estado se dice que *no tiene conciencia*; es como si dijéramos que ha perdido la cualidad de ser hombre; porque la conciencia es lo que más nos distingue de los animales.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. La conciencia es un juez invisible que reside en nosotros, y nos absuelve ó nos condena.
2. Los otros jueces pueden equivocarse; la conciencia es infalible.
3. Se escapa á la justicia; á la conciencia nunca se escapa.
4. No hay peor sufrimiento que el remordimiento, porque nos obliga á pensar sin cesar en nuestras faltas; no hay más dulce recompensa que la satisfacción moral, porque nos recuerda nuestras buenas acciones.

5. No es el juicio de los otros lo que debemos temer más; sino el de nuestra conciencia.

6. Una buena conciencia endulza las penas; una mala conciencia envenena todos los placeres.

DIALOGO 2º

LA CONCIENCIA.

Cómo nos alumbrá y nos dirige.—La voz de la conciencia.

—Hemos visto que la conciencia nos castiga cuando obramos mal y nos recompensa cuando obramos bien. ¿Pero no hay algún medio para evitar ese castigo y procurar esta recompensa?

—Sí, señor, es huir del mal y practicar el bien.

—¿Pero para evitar el mal y practicar el bien no será necesario que podamos distinguir el uno del otro?

—Sin duda, señor.

—¿Sería justo castigar ó recompensar al que hiciera el bien ó el mal sin saberlo?

—No, señor.

—En efecto; tiene mérito el que hace el bien á sabiendas; de la misma manera es culpable el que hace el mal con conocimiento de causa. ¿No sabeis distinguir el bien del mal? ¿Cuando vais á hacer al-

guna cosa no veis al instante mismo si la acción es buena ó mala?

—Ciertamente, señor.

—Si, por ejemplo, os veis incitado á *pintar venado ó ir á merodear*, ¿no comprendéis al mismo tiempo que eso es malo?

—Oh! seguramente, señor.

—¿Y si al contrario viendo que se aproxima la hora pensais en iros á la escuela; ó si en el camino á la vista de un desgraciado se os ocurre darle una limosna, no comprendéis al momento que eso es bueno?

—Sí, señor, ciertamente.

—Así desde que la idea de una acción se representa á nuestro espíritu, esta acción nos parece al momento, buena ó mala, es decir, tal cual es. ¿Os es muy difícil distinguir lo blanco de lo negro, y el carbón de la nieve?

—No, señor.

—Y si os hiciese la pregunta siguiente: ¿robar, matar, es bueno ó malo? ¿Os sería muy difícil responder?

—No, señor; tampoco.

—Así, antes de obrar sabemos cuál es el carácter de la acción que hemos concebido, de suerte que podemos decidir con pleno conocimiento de causa. ¿Y cuál es la facultad que nos enseña la naturaleza de los actos y nos hace distinguir el bien del mal? ¿No es también la conciencia?

—Sí señor.

—No es esto todo; la conciencia nos presta aún otro servicio. ¿Decidme, no habla antes que nosotros? ¿no tiene una voz?

—Sí, señor.

—¿Esta voz no la habeis oído jamás?

—¡Oh! ciertamente, señor.

—¿Y sólo se contenta con decirnos: *Esto es bueno, eso malo*? ¿No habla de otra manera?

—Sí, señor nos aconseja que practiquemos el bien y huyamos del mal.

—¡Oh! me parece que nos da más que consejos. Véamos; la gramática os ha enseñado, qué es verbo y cómo se conjuga. ¿El verbo no tiene más que un solo modo?

—No, señor tiene varios modos: el indicativo, el subjuntivo, el imperativo.

—Y bien; la conciencia habla siempre en el modo indicativo ó subjuntivo? ¿Se atiene á simples indicaciones ó aun á consejos.

—No, señor nos da órdenes.

—En buena hora; toma el tono de mando, habla en el modo imperativo "*Haced esto, nos dice, yo os lo ordeno,*" ó "*no hagais esto, yo os lo prohibo.*" ¿De dónde le viene pues esta autoridad, con la cual nos habla? ¿Cuál es pues esta voz que constantemente nos advierte, nos manda y nos juzga? ¿Es la nuestra?

—Sí señor.

—Reflexionad. Ella habla en nosotros; ¿pero nosotros hablamos por ella? ¿es nuestra voluntad la que expresa?

—¡Ah! eso no señor.

—¿Si esta voz fuera la nuestra, no podíamos hacerla decir todo lo que nos gusta, hacerla hablar á nuestra fantasía, según nuestros deseos?

—Evidentemente, señor.

—Y bien, ¿es así y la conciencia está á nuestras órdenes? ¿Habla conforme á nuestros caprichos?

—¡Oh! no señor.

—¿Podemos hacerle decir lo contrario de lo que dice?

—Es imposible.

—Ensayad por ejemplo, hacerle decir que la ingratitud es una virtud, que se debe uno mostraringrato hacia sus padres, hacia sus maestros; que los ingratos merecen recompensa.

—No lo dirá jamás.

—¿Podemos al menos evitar que nos juzgue; escapar á sus reproches?

—No, señor.

—Si no está en nuestro poder reducirla al silencio, ¿no es al menos permitido sustraernos de los remordimientos?

—Tampoco.

—Lo haríamos sin embargo si eso dependiera de nosotros. ¿Así nada podemos sobre la conciencia; muy lejos de que ella esté á nuestras órdenes tiene por misión conducirnos, alumbrar nuestra inteligencia, gobernar nuestra voluntad, recompensarnos según nuestros méritos. Creéis que habla de otra manera á nuestros semejantes que á nosotros mismos?

—No, señor habla á todos los hombres de la misma manera.

—Tiene para todos el mismo lenguaje; ordena ó prohíbe á los unos lo que ordena y prohíbe á los otros. Las órdenes que os dan vuestros maestros ¿no están acordes con las de vuestra conciencia?

—Sí, señor.

—Es que ellos también oyen la misma voz que oís y os hablan en su nombre. Y si por casualidad y por desgracia alguno viene á daros órdenes contrarias á las de vuestra conciencia ¿á quién pensáis que debéis obedecer?

—A la conciencia.

—Bien, el que tiene la aprobación de la conciencia ese es el que está en buen camino, goza del más precioso de los bienes que es la paz del alma. La conciencia no está pues bajo nuestra dependencia; no expresa nuestra voluntad cambiante y caprichosa, sino una voluntad más alta, una voluntad inmutable; es el poder soberano que gobierna el mundo, es á Dios mismo á quien interpreta; Dios nos hace conocer nuestros deberes por ella. Es necesario pues oír esta voz, escucharla con recogimiento, con respeto; antes de obrar es necesario entrar en nosotros y estar en silencio para oírla mejor; y cuando hayamos tenido la desgracia de obrar mal, es necesario escuchar sus reproches y aceptar sus sentencias en lugar de aturdirnos para no oírla y para no sentir el aguijón del remordimiento.

Resumen de la lección.

—Nosotros sabemos que la conciencia nos recompensa ó nos castiga según que hayamos obrado bien ó mal; un castigo es tanto más justo cuanto se hace el mal á sabiendas, y una recompensa tiene más mérito cuanto se hace el bien voluntariamente. Así, antes de que obremos, la conciencia, que es la justicia misma, comienza por hacernos distinguir el bien del mal, nos alumbra y nos advierte. Desde que la idea de una acción se presenta á nuestro espíritu, en el mismo instante esta acción nos parece como buena ó mala, de suerte que sabemos á qué atenernos y podemos decidirnos con pleno conocimiento de causa.

—Pero la conciencia no se limita á instruirnos, no se contenta con decirnos *Esto es bueno, eso es malo*; añade: *haced esto, no hagais eso*; estas no son indicaciones solamente, ni reglas que nos da, ni aun consejos más ó menos incisivos, son órdenes formales: "Haced esto; no hagais eso:" ordena, prohíbe.

—¿Quién de nosotros no ha oído esta voz grave y severa que alternativamente nos instruye, nos dirige, y nos juzga, nos da consejos, órdenes y nos dirige reproches?

—¿Cuál es esta voz? ¿Es la nuestra? No porque si fuera la nuestra podríamos hacerla hablar con arreglo á nuestros deseos; podríamos hacerla callar

cuando nos importuna y nos manda. O cuando nos educa trataríamos en vano de hacerle decir lo contrario de lo que dice ó reducirla al silencio. Ella no está á nuestras órdenes, no nos obedece, nos manda; no está al servicio de nuestra voluntad: al contrario tiene por misión alumbrarnos y conducirnos. Habla á todos los hombres y para todos tiene el mismo lenguaje; lo que ordena ó prohíbe á los unos lo ordena y prohíbe á los otros; gracias á ella los hombres tienen una moral común, la misma regla para su conducta y los mismos fundamentos para sus leyes. Tan grande es su autoridad que si se llega á darnos órdenes contrarias á las suyas, es á ella á quien nos sentimos tentados de obedecer; tan grande es el premio de su aprobación que cualquiera que tenga la conciencia satisfecha puede pasarse sin la aprobación de los hombres y vive en paz consigo mismo.

—La voz de la conciencia no es pues la nuestra puesto que no podemos nada sobre ella, puesto que habla á todos nuestros semejantes como á nosotros mismos y puesto que ninguna autoridad está arriba de la suya y nada puede prevalecer contra ella.

—No es la expresión de una voluntad cambiante como la nuestra; sino de una voluntad inmutable y soberana; es intérprete de la voluntad divina que se sirve de ella para hacernos conocer nuestros deberes. Es necesario escucharla con respeto, con recogimiento y con sumisión; es necesario escucharla antes de obrar para seguir sus órdenes y si se ha tenido la desgracia de quebrantarlas, es necesario es-

cusar sus reproches y aprovecharlos en lugar de aturdirse para no oírlos y para sustraerse á un castigo merecido.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. La razón nos hace distinguir lo verdadero de lo falso; la conciencia, lo bueno de lo malo.
2. La conciencia hace más que ilustrarnos, nos dirige; á sus advertencias añade órdenes, á las órdenes sentencias.
3. La conciencia es á la vez un guía, un amo, un juez.
4. No podemos huir de ella porque la llevamos con nosotros.
5. No podemos reducirla al silencio porque manda y no obedece.
6. En vano por no oírla se busca aturdirse; esta voz de dentro domina todos los ruidos de afuera.
7. Ninguna autoridad está sobre ella; manda á los amos como á los esclavos, á los reyes como á los súbditos.
8. Ella no es la expresión de nuestra voluntad cambiante, pero es el intérprete de la voluntad inmutable y soberana; sus órdenes son nuestros deberes.

DIÁLOGO 3º

DE LA LIBERTAD MORAL.

—Cuando cumplimos con nuestro deber, la conciencia nos aprueba; pero, ¿acaso nuestros semejantes nos desaprueban?

—No, señor; al contrario.

—Su juicio pues camina de acuerdo con el de nuestra propia conciencia; como ella, censuran, condenan las malas acciones, las juzgan dignas de castigo: como ella también, elogian las buenas y las juzgan dignas de recompensa. Pero qué, ¿nuestras acciones buenas ó malas no provocan mas que juicios? ¿Se limita uno á aprobar á los buenos y á censurar á los malos? ¿No se experimentan ciertos sentimientos hacia ellos?

—Sí, señor; sentimientos de estimación ó de desprecio.

—Y también sentimientos de amor ó de odio. ¿Las bellas acciones no inspiran la admiración y el entusiasmo?

—Sí señor.

—¿Y los crímenes?

—Inspiran la indignación y el horror.

—Así es que, por una parte se alaba, se ama, se admira, se recompensa el bien; por otra se censura, se condena, se odia, se aborrece, se castiga el mal.

cusar sus reproches y aprovecharlos en lugar de aturdirse para no oírlos y para sustraerse á un castigo merecido.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. La razón nos hace distinguir lo verdadero de lo falso; la conciencia, lo bueno de lo malo.
2. La conciencia hace más que ilustrarnos, nos dirige; á sus advertencias añade órdenes, á las órdenes sentencias.
3. La conciencia es á la vez un guía, un amo, un juez.
4. No podemos huir de ella porque la llevamos con nosotros.
5. No podemos reducirla al silencio porque manda y no obedece.
6. En vano por no oírla se busca aturdirse; esta voz de dentro domina todos los ruidos de afuera.
7. Ninguna autoridad está sobre ella; manda á los amos como á los esclavos, á los reyes como á los súbditos.
8. Ella no es la expresión de nuestra voluntad cambiante, pero es el intérprete de la voluntad inmutable y soberana; sus órdenes son nuestros deberes.

DIÁLOGO 3º

DE LA LIBERTAD MORAL.

—Cuando cumplimos con nuestro deber, la conciencia nos aprueba; pero, ¿acaso nuestros semejantes nos desaprueban?

—No, señor; al contrario.

—Su juicio pues camina de acuerdo con el de nuestra propia conciencia; como ella, censuran, condenan las malas acciones, las juzgan dignas de castigo: como ella también, elogian las buenas y las juzgan dignas de recompensa. Pero qué, ¿nuestras acciones buenas ó malas no provocan mas que juicios? ¿Se limita uno á aprobar á los buenos y á censurar á los malos? ¿No se experimentan ciertos sentimientos hacia ellos?

—Sí, señor; sentimientos de estimación ó de desprecio.

—Y también sentimientos de amor ó de odio. ¿Las bellas acciones no inspiran la admiración y el entusiasmo?

—Sí señor.

—¿Y los crímenes?

—Inspiran la indignación y el horror.

—Así es que, por una parte se alaba, se ama, se admira, se recompensa el bien; por otra se censura, se condena, se odia, se aborrece, se castiga el mal.

Decidme, amigos míos, ¿se aprueba también y se alaba, la lluvia que cae, el fuego que quema, el viento que sopla?

—¡Oh! no, señor.

—¿Por qué pues?

—Porque la lluvia no tiene mérito en caer, ni el fuego en quemar, ni el viento en soplar.

—En efecto, ni tienen mérito, ni desmerecen; pero, ¿por qué?

—Porque no pueden hacer otra cosa.

—Eso es; están obligados á hacer lo que hacen, están sometidos á las leyes *fatales*, es decir, á las leyes que no se pueden infringir; sería pues un absurdo alabarlas ó censurarlas, recompensarlas ó castigarlas. Sin embargo, esto sucede algunas veces. Así, por ejemplo, un aturdido se arroja contra una puerta y se levanta un chichón en la frente; en su cólera, hélo ahí que se enfurece y se pone á dar grandes patadas en la puerta para castigarla. Y no obstante, ¿á quién debería castigar? ¿A quién culpar?

—A sí mismo, á su aturdimiento.

—Sin duda; la puerta absolutamente no es culpable; porque *las cosas* no obran con intención, puesto que no tienen ni inteligencia, ni voluntad.

—He aquí ahora un perro de caza que, en lugar de obedecer á su amo y de llevarle la presa, se la come; ¿acaso su amo lo censura y lo desprecia?

—No, señor, le pega.

—Pero, ¿por qué no le muestra ni desaprobación, ni desprecio?

—Porque el perro no es culpable.

—Efectivamente, los animales no tienen la noción del bien ó del mal, no tienen ni la idea, ni el sentimiento del deber; no pueden pues obedecer á una ley que ignoran. Obedecen á la fuerza interior que los impulsa y que se llama instinto, ó á los sentimientos que se ha logrado inspirarles para combatir el instinto. Así, ¿no habeis dicho que el cazador le pega á su perro, aunque no sea culpable? ¿Por qué pues le pega? ¿Por cólera?

—Algunas veces; pero es sobre todo para educarlo.

—Está bién; ¿qué efecto producen los golpes?

—El dolor.

—Y el animal se acuerda del dolor, de los golpes que se lo han causado y del motivo de estos golpes; porque tiene memoria, y es donde los recuerdos se retienen y se encadenan. Los golpes le inspiran temor y éste le hace resistir al instinto.

Así *las cosas* y *las bestias*, no son, hagan lo que hagan, ni dignas de alabanza ni censurables, ni estimables ni despreciables, ni dignas de castigo ni tampoco de recompensa. No sucede lo mismo con los *hombres*; ¿por qué?

—Porque los hombres saben lo que hacen

—Y lo que *deben* hacer. Pero no basta conocer su deber, es preciso *poder* llenarlo. ¿Acaso entre dos acciones, de las que una es buena y la otra mala, no tenemos la libertad de la elección?

—Sí, señor.

—¿No depende de nosotros hacer la una y evitar la otra?

—Sí, señor.

—¿Acaso no nos sentimos plenamente *libres* para tomar el partido que queramos?

—Ciertamente.

—¿No es verdad que con frecuencia vacilamos entre el bien y el mal?

—Sí, señor.

—¿Y vacilaríamos, si no tuviéramos la libertad de elegir? ¿La veleta vacila en volverse en el sentido del viento? ¿El platillo más pesado de la balanza vacila en descender?

—No, señor; inmediatamente descende.

—Somos pues libres antes de obrar; y no solo, sino que cuando una acción ya está comenzada, somos libres para detenernos y obrar de otra manera. Tendemos la mano para tomar un objeto que no nos pertenece, podemos retirarla; el objeto es tomado, podemos aún volverlo á poner en su lugar. Nuestra libertad expira solamente, cuando el acto está consumado. Es porque somos libres por lo que incurrimos en la censura, en el desprecio, en el odio, en la indignación, en los castigos, ó por lo que merecemos la aprobación, la estimación, el afecto y las recompensas que son *las sanciones* de la moral. Pero, ¿todas nuestras acciones son libres?

—No, señor; algunas veces es uno obligado á obrar.

—Si se os arroja sobre alguno de vuestros ca-

maradas y al caer se rompe un miembro, ¿sereis culpable?

—No, señor; no es culpa mía.

—Bien; un accidente no es una mala acción. En virtud de esto, nadie pensará en censurarnos, se os compadecerá; si os herís, vuestra herida os hará sufrir, pero vuestra conciencia no os reprochará. Y si perdeis un pariente, un amigo, ¿tendreis remordimientos?

—No, señor; me causará pesar.

—Bien; una desgracia no es una falta. Y si ganais un billete en la loteria, ¿experimentareis una gran satisfacción moral?

—No, señor; tendré placer.

—Bien; pero no por eso se os estimará más, ni vuestra conciencia os recompensará, porque un acto casual no es una buena acción. Así es que ni los actos forzados, ni las casualidades felices ó desdichadas tienen valor moral; únicamente los actos *libre* y *voluntariamente* cumplidos son *meritorios*; solo ellos son del resorte de la conciencia.

Resumen de la lección.

—Cuando cumplimos con nuestro deber, la conciencia nos aprueba, y el juicio de nuestros semejantes está de acuerdo con el de nuestra conciencia; nadie censura á los hombres virtuosos; no solo se les aprueba, sino que se les estima, se les ama y á veces se les admira. Por el contrario, se desprecia á los

malvados, se les odia y á veces se les aborrece. He ahí los sentimientos que inspiran los *hombres* por sus acciones.

—No sucede lo mismo con las *cosas*: el agua que corre; el fuego que quema, el viento que sopla, no provocan ni elogio ni censura, ni estimación ni desprecio, ni amor ni odio, ni admiración ni horror; es que las cosas no pueden obrar voluntariamente, están sometidas no á la *ley moral*, que se puede violar, sino á *leyes fatales*, que no se pueden infringir; no tienen ni inteligencia para comprender, ni libertad para elegir, ni voluntad para ejecutar.

—Los *animales*, algunos al menos, tienen inteligencia, memoria y voluntad: pero no tienen ni el sentimiento, ni la idea del bien y del mal, es decir, no tienen conciencia; obedecen, no á la ley moral, sino á esa impulsión interior que se llama *instinto*. Los animales no son pues ni estimables, ni censurables. Si se les pega, no es porque sean culpables y dignos de castigo, es para inspirarles temor é impedirles que hagan lo que nos molesta ó desagrada. Un perro de caza que, comiendo la pieza matada por su amo, ha recibido golpes, se acuerda del lugar, del momento, de la causa: guarda sobre todo el recuerdo del dolor, y este recuerdo hace que en otra ocasión resista al instinto.

—De suerte que, ni las *cosas* ni las *bestias* son inocentes ó culpables, dignas de recompensa ó de castigo, porque no tienen aun la idea del deber. Otra cosa pasa en el *hombre*; el hombre sabe, comprende

y siente lo que *debe* hacer; conoce su deber y *puede* cumplirlo; en una palabra, es *libre*. Entre dos acciones de las que una es buena y la otra mala, puede *elegir*; antes de determinarse, puede reflexionar; una vez tomada una determinación, puede cambiarla; aunque la acción esté comenzada, puede detenerse; solamente cuando la acción está consumada, la libertad expira.

—El hombre por su libertad incurre en la censura, en el desprecio, en los castigos, ó es por lo que merece la aprobación, la estimación y las recompensas que son, con el remordimiento ó la satisfacción interior, lo que se llama *sanciones* de la moral.

—Un acto forzado no puede dar ni satisfacción ni remordimiento; un accidente, una desgracia, una felicidad causan pena ó alegría, pero no sufrimientos ó goces morales, porque no son actos de nuestra voluntad. Sólo los actos *libre* y *voluntariamente* cumplidos son *meritorios*, son los únicos que elevan la conciencia.

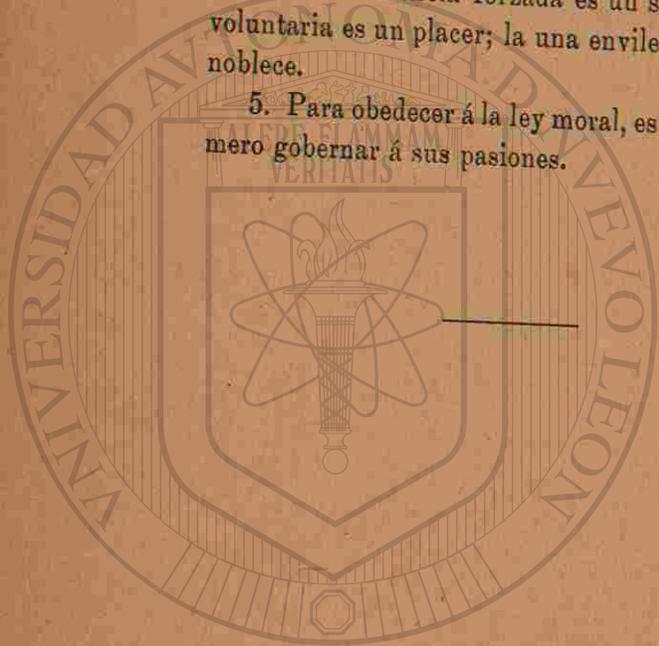
MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Las *cosas* están sometidas á leyes fatales; las *bestias* al instinto; el *hombre*, á la ley moral, es decir, al deber.
2. La *fatalidad* es apremiante; el *instinto* impulsa; el *deber* obliga sin urgencia.

3. El mejor uso que el hombre puede hacer de su libertad, es obedecer voluntariamente á la ley del deber.

4. La obediencia forzada es un sufrimiento, la voluntaria es un placer; la una envilece, la otra ennoblece.

5. Para obedecer á la ley moral, es necesario primero gobernar á sus pasiones.



DIÁLOGO 4º

DE LA RESPONSABILIDAD.

Causas que pueden disminuirla ó acrecentarla:— la locura,— el idiotismo,— la imprudencia,— la pasión,— la edad,— la ignorancia.

—Pedro, si cuando habeis cometido una falta, castigo á vuestro vecino, ¿qué pensaríais?

—Que es injusto.

—Y si, cuando habeis hecho alguna cosa buena, recompensa á uno de vuestros camaradas, qué diríais?

—Que es injusto también.

—Castigos y recompensas deben ir pues al autor de la acción; porque cada uno es *responsable* de lo que ha hecho. ¿Todas nuestras acciones tienen el mismo valor?

—Oh! no señor.

—Hay en nuestras acciones, como en los temas que hacemos en clase y que anotamos, unas medianamente buenas, buenas ó muy buenas; las otras son medianas, malas, muy malas. ¿Cuáles son las más frecuentes?

—Son las medianas.

—Bien: es decir, las que tienen el medio entre el bien y el mal, las que son insignificantes, indiferentes. ¿Y cuáles son las más raras?

—Las que son muy buenas ó muy malas.

—Es decir, los actos de virtud, de abnegación, de heroísmo ó los crímenes.

¿Todas nuestras acciones tienen consecuencias?

—Sí, señor necesariamente.

—¿Y acaso, estas consecuencias no están en relación con la naturaleza y el valor de nuestras acciones?

—Sin duda, señor; las buenas acciones tienen buenas consecuencias, y las malas, malas.

—Así tal ó cual acción, como el salvamento ó el asesinato, arrastran la muerte ó la salud de un hombre. ¿En una sociedad se puede dejar sin castigo los actos como el robo, el asesinato?

—No, señor, estaría uno sin cesar amenazado en su persona y en sus bienes.

—Sin la represión de los crímenes, la sociedad no podría subsistir. Es necesario pues castigar, pero castigar con justicia; ¿y cuál es el medio de ser justo?

—El de no castigar sino á los culpables.

—Es decir, ¿á los que son responsables, á los autores de los crímenes? ¿Eso es todo?

—Y castigarlos más ó menos severamente, según sean más ó menos culpables.

—¿Qué, los hombres que han cometido un crimen no son siempre igualmente culpables?

—No, señor, no siempre.

—Si un idiota, ó un loco comete un homicidio, ¿es culpable?

—No señor; puesto que no tiene su razón.

—Es verdad; él ha hecho el mal sin saberlo. Si en un acceso de delirio un hombre mata á uno de sus semejantes, ¿es culpable?

—No, señor; puesto que el delirio le ha quitado momentáneamente el uso de la razón.

—Bien; si creyendo matar una liebre un cazador, mata á un hombre, ¿es culpable?

—No, señor, puesto que no lo ha hecho de propósito.

—¿Pero está al abrigo de todo reproche?

—No, señor, puesto que ha sido un imprudente.

—Eso no le ha hecho cometer un homicidio voluntario, pero un homicidio por imprudencia. En un acceso de cólera, un hombre mata á otro; ¿es culpable?

—Sí, señor.

—Sin embargo, ¿no es la cólera la que lo ha impulsado?

—Sí, señor; pero él debía resistir á su cólera.

—El lo debía y lo podía hacer. No obstante ¿si su cólera era legítima, si había sido ofendido, injuriado, ó insultado?

—Es menos culpable, pero no es inocente.

—Bien, el que comete un crimen es siempre impulsado por alguna pasión. Cuando esta pasión es excusable, es una circunstancia atenuante, pero el acto permanece criminal.

—Si en un momento de embriaguez un hombre comete un homicidio, ¿es culpable?

—Sí, señor.

—Sin embargo ¿su razón ha sido turbada por la embriaguez.

—Es verdad, pero es por su falta por lo que había perdido la razón.

—Sí, porque un hombre no puede ignorar los efectos de la embriaguez y de él depende el no embriagarse.

Sin embargo, si la embriaguez es accidental, ¿el homicida es tan culpable como el que se ha dado á la embriaguez?

—No, señor; el que ha tomado la costumbre de embriagarse es más culpable, puesto que se ha hecho vicioso por su culpa.

—Es justo. Si un niño, un joven y un hombre, hacen ó cometen un crimen, ¿son los tres igualmente culpables?

—No señor: el niño es menos culpable que el joven y el joven que el hombre formal.

—¿Por qué?

—Porque con la edad se adquiere la razón.

—Sí, á medida que se avanza en la vida, la razón se madura, la conciencia se aclara, la voluntad se fortifica. Y si un ignorante y un hombre instruído cometen un mismo crimen, ¿son igualmente culpables el uno y el otro?

—No, señor, el ignorante lo es en menor grado.

—Bien; porque la educación y la instrucción nos hacen comprender y estimar mejor nuestros deberes, y nos hacen más capaces de llenarlos bien.

Así veis la responsabilidad y, en consecuencia la culpabilidad aumentada ó disminuída con las luces de la conciencia y de la razón. Pero en el hombre en quien la conciencia habla y la razón se ilustra, si la edad, la ignorancia y las circunstancias pueden atenuar la responsabilidad, no pueden destruirla.

Resumen de la lección.

—Siendo libres, somos por eso mismo responsables de nuestras acciones, se puede pedirnos cuenta de ellas y atribuirnos sus consecuencias. Es á nosotros á quienes nos viene el mérito de las buenas acciones, y somos nosotros los que llevamos la pena de las malas.

—Si se castiga á algún otro de las faltas que nosotros hemos cometido ó si se recompensa á algún otro del bien que nosotros hemos hecho, ¿no clamaremos en contra?

—No todas nuestras acciones tienen el mismo valor, ni la misma importancia. Las hay indiferentes, buenas, malas, muy buenas y muy malas. Sus consecuencias están en relación con su importancia: así, entre las malas, las unas no nos hacen daño sino á nosotros mismos, y se puede dejar á la conciencia el cuidado de castigarnos; las otras como la calumnia, el robo, el homicidio, son perjudiciales ó funestas á nuestros semejantes, y la sociedad no puede dejarlas sin castigo, porque una sociedad donde el crimen quedase impune no puede evidentemente sub-

sistir. Pero la represión debe ser justa, es decir, proporcional á la culpabilidad; siendo mayor ó menor, según es uno más ó menos responsable, vemos pues que puede crecer ó disminuir la responsabilidad.

—Un loco comete un homicidio; ¿es culpable? No, puesto que él no tiene su razón expedita.

—En un acceso de delirio, un hombre mata á otro; ¿es culpable? no, puesto que el delirio le ha quitado momentáneamente el uso de su razón; ni el uno ni el otro son responsables.

—Un cazador tira á una liebre; y mata á uno de sus compañeros de caza que él no había visto; él ha sido imprudente, no es un criminal; ha cometido un homicidio por imprudencia, pero no un asesinato.

—En un acceso de cólera, un hombre hiere á otro con un golpe mortal; él es culpable, pues debía y podía resistir á su cólera. Cuando, sin embargo su cólera sea excusable; por ejemplo, si ha sido insultado, provocado, su culpabilidad será menor, pero no será inocente.

—En un momento de embriaguez, un hombre comete un homicidio; es culpable, porque de él dependía no emborracharse. Es más culpable aún si no es accidental que estuviese en estado de embriaguez, si tenía la costumbre de la borrachera.

—Un niño, un joven, y un hombre cometen el mismo crimen; el primero es menos culpable, el segundo es más culpable, y el tercero lo es más aún; porque con la edad, la conciencia se aclara y la voluntad se fortifica.

—Así mismo, si un ignorante y un hombre instruido cometen el mismo crimen; el segundo es más culpable, porque la instrucción nos hace conocer y comprender mejor nuestros deberes, y nos enseña á hacer el mejor uso de nuestra libertad.

—Así la responsabilidad tiene grados: crece y decrece según que el hombre es más ó menos libre, que su conciencia es más ó menos ilustrada. Fuera del caso de un idiota ó un loco, la responsabilidad puede ser atenuada por la edad, la ignorancia y las circunstancias; pero el hombre, sea joven ó viejo, ignorante ó instruido, impulsado por una pasión ó por otra causa, desde el momento en que juega su razón ó que ella ha sido turbada por su falta, él permanece responsable.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. A cada uno según sus obras.
2. Crimen sin castigo, semilla de crímenes.
3. Cada uno responde de sus actos.
4. El que ha hecho mal tiene que repararlo.
5. Quien rompe los vasos los paga, dice el proverbio.
6. La responsabilidad nace con la razón; crece y decrece y se extingue con ella.
7. El niño que no tiene aún razón, el loco que no la tiene ya, no son responsables.
8. Pero el hombre que se embria a, y que por

su falta, se priva momentáneamente de su razón, ese permanece responsable de los actos que la embriaguez le hace cometer.

✓
 ALERE FLAMMAM
 VERITATIS
 DIÁLOGO 5º

MORAL PRACTICA.

Deberes para con nosotros mismos; deberes para con el cuerpo.

—Dime, Pedro: ¿crees que se pueda ser un buen soldado, si no se tiene fuerza y salud?

—No, señor.

—¿Se puede ser buen labrador?

—Tampoco, señor; es necesario estar robusto para soportar los trabajos del campo.

—¿Se puede al menos ser buen artesano?

—Tampoco; todos los oficios requieren brazos vigorosos.

—¿Una ama de casa, una arrendataria, pueden pasársela sin fuerza y sin salud?

—No, señor; los cuidados de la casa son penosos.

—¿Y sin salud, puede una madre criar á su hijo, llevarlo en sus brazos, cuidarlo noche y día?

—No, señor; es difícil.

—Por no decir imposible. ¿Así todos los trabajos manuales, los trabajos domésticos, los cuidados de la maternidad, demandan cuerpos sanos y robustos?

—Sí, señor.

—¿Crees que no sea fatigoso ver á los enfermos en la mañana, en la tarde y en la noche, como lo hacen los médicos; hablar días enteros, como lo hacen los profesores y los maestros; litigar dos horas largas, como lo hacen los abogados?

—Sí, señor; eso ha de ser fatigoso.

—¿Pueden los hombres enfermos ó achacosos ejercer sus profesiones?

—No, señor.

—¿Y los que pasan largas horas sentados leyendo ó meditando para escribir, piensas, como muchos creen, que son ociosos y que sus trabajos intelectuales no exigen ni fuerza ni salud?

—No, señor; si estuvieran enfermos no podrían trabajar.

—Ustedes mismos, cuando han estudiado largo tiempo, ó simplemente cuando han escuchado algún tiempo con atención, no sienten fatiga?

—¡Oh! sí, señor; eso fatiga más que correr.

—Así todos los oficios, todas las profesiones, todos los trabajos del cuerpo y del espíritu demandan fuerza y salud; ¿pero tenemos el derecho de permanecer ociosos? ¿El trabajo no es una ley para todos?

—Sí, señor.

—¿Podríamos sin hacer nada llenar los deberes para con nuestra familia, para con nuestros semejantes, para con nuestra patria?

—No, señor.

—Debemos pues, cuidar nuestro cuerpo. ¿Pero es suficiente cuidarnos cuando estamos enfermos?

su falta, se priva momentáneamente de su razón, ese permanece responsable de los actos que la embriaguez le hace cometer.

✓
 ALERE FLAMMAM
 VERITATIS
 DIÁLOGO 5º

MORAL PRACTICA.

Deberes para con nosotros mismos; deberes para con el cuerpo.

—Dime, Pedro: ¿crees que se pueda ser un buen soldado, si no se tiene fuerza y salud?

—No, señor.

—¿Se puede ser buen labrador?

—Tampoco, señor; es necesario estar robusto para soportar los trabajos del campo.

—¿Se puede al menos ser buen artesano?

—Tampoco; todos los oficios requieren brazos vigorosos.

—¿Una ama de casa, una arrendataria, pueden pasársela sin fuerza y sin salud?

—No, señor; los cuidados de la casa son penosos.

—¿Y sin salud, puede una madre criar á su hijo, llevarlo en sus brazos, cuidarlo noche y día?

—No, señor; es difícil.

—Por no decir imposible. ¿Así todos los trabajos manuales, los trabajos domésticos, los cuidados de la maternidad, demandan cuerpos sanos y robustos?

—Sí, señor.

—¿Crees que no sea fatigoso ver á los enfermos en la mañana, en la tarde y en la noche, como lo hacen los médicos; hablar días enteros, como lo hacen los profesores y los maestros; litigar dos horas largas, como lo hacen los abogados?

—Sí, señor; eso ha de ser fatigoso.

—¿Pueden los hombres enfermos ó achacosos ejercer sus profesiones?

—No, señor.

—¿Y los que pasan largas horas sentados leyendo ó meditando para escribir, piensas, como muchos creen, que son ociosos y que sus trabajos intelectuales no exigen ni fuerza ni salud?

—No, señor; si estuvieran enfermos no podrían trabajar.

—Ustedes mismos, cuando han estudiado largo tiempo, ó simplemente cuando han escuchado algún tiempo con atención, no sienten fatiga?

—¡Oh! sí, señor; eso fatiga más que correr.

—Así todos los oficios, todas las profesiones, todos los trabajos del cuerpo y del espíritu demandan fuerza y salud; ¿pero tenemos el derecho de permanecer ociosos? ¿El trabajo no es una ley para todos?

—Sí, señor.

—¿Podríamos sin hacer nada llenar los deberes para con nuestra familia, para con nuestros semejantes, para con nuestra patria?

—No, señor.

—Debemos pues, cuidar nuestro cuerpo. ¿Pero es suficiente cuidarnos cuando estamos enfermos?

—No, señor; es necesario prevenir las enfermedades tanto como sea posible.

—Eso es; la medicina *preventiva* es de todas la mejor; se llama *higiene*. No se pueden evitar sin duda todas las enfermedades, pero la higiene previene un gran número de ellas; sostiene y afirma la salud.

¿En qué consiste, pues, la higiene? ¿En hacer ejercicio ó gimnasia?

—Sí, señor.

—Sí, sin duda; la gimnasia es buena; contribuye á hacer el cuerpo flexible, ágil, vigoroso. ¿La crees indispensable?

—Sí, señor.

—Sin embargo, ¿no hay hombres y sobre todo mujeres que jamás han hecho gimnasia, que nunca han tocado ni el trapecio, ni los anillos, ni las barras, paralelas, y no obstante gozan de perfecta salud y la conservan hasta la mas avanzada edad?

—Es verdad, señor.

—El movimiento, la marcha, el paseo, el ejercicio y todos los trabajos manuales constituyen una excelente gimnasia natural. Pero esa no es una razón para no unirles cuando se pueda, la gimnasia artificial; esta es útil, la otra necesaria; pero ni la una ni la otra bastan. La limpieza misma, por indispensable que sea, no es suficiente para preservar el cuerpo de las enfermedades que sin cesar le amenazan. Hay otros medios más eficaces ó más bien, cualidades, virtudes sin las cuales no puede conservar el hombre ni la fuerza ni la salud; en otros términos,

hay vicios que arruinan prontamente el cuerpo más robusto y mejor constituido; ¿no los conocen vdes?

—Sí, señor; son la intemperancia y la embriaguez.

—Bueno; no es bastante comer alimentos sanos y tomar bebidas inofensivas; es necesario comer con moderación, y beber con sobriedad. Los que comen y beben con exceso, tarde ó temprano tienen que resentirlo. ¿Saben vds. cuál es el órgano en nuestro cuerpo que mantiene la vida, que repara nuestras fuerzas, el órgano vital y reparador por excelencia?

—Sí, señor; es el estómago.

—En efecto; cuando el estómago sufre, cuando las digestiones son laboriosas las fuerzas no pueden renovarse; aun el sueño, ese gran reparador, se pierde; entonces el cuerpo se debilita, se agota y poco á poco se hace incapaz para todo trabajo. Y bien, la intemperancia y la embriaguez producen el inevitable efecto de alterar las vías digestivas y de engendrar enfermedades con frecuencia incurables y mortales. Y no es esto todo, porque si la salud del cuerpo es preciosa, la salud del espíritu lo es aún más, y la embriaguez no solamente quita las fuerzas, sino también la razón. ¿Han visto vds. alguna vez una persona ebria?

—Sí, señor.

—Es un espectáculo que desgraciadamente no es raro; pero es muy triste, aunque algunas veces se ría uno y se divierta con él. ¿No es doloroso ver á un hombre que llega al estado de no poder dar un

paso, ni sostenerse, ni hablar; que vacila, que cae como una masa inerte, que balbucea, que divaga? ¡Y no es vergonzoso que él mismo se ponga en un estado tan degradante, y se haga, por su falta, objeto de risas, de piedad, de disgusto?

—Oh! sí, señor.

—Aún, si la embriaguez sólo fuera degradante, y si debilitando al hombre, le hiciera siempre impotente para perjudicar! ¡Mas ay! es de otro modo. ¿Han oído vds. hablar de los licores peligrosos?

—Sí, señor; el alcohol, el ajeno.

—Y hay otros aún; porque por desgracia para nuestro tiempo, no se cesa de inventar nuevos; nuevos al menos por el nombre, puesto que en el fondo es casi siempre el alcohol el que los hace peligrosos. Y bien, la embriaguez alcohólica es siempre terrible; excita el sistema nervioso, y llega un momento en que las fuerzas crecen de una manera formidable; induce á la brutalidad, á la violencia, al crimen mismo. Briago de alcohol el hombre, no pierde solamente la razón; no tiene entrañas, y se hace una bestia furiosa, golpea, hiere, mata; y si por desgracia tiene familia, con frecuencia sobre su propia mujer, sobre sus propios hijos descarga su furor. Con mucha frecuencia los periódicos nos relatan de algún crimen cometido en la horrible embriaguez que engendra el alcohol. En estos crímenes se tiene en cuenta como circunstancia atenuante, el que haya sido cometido en estado de embriaguez; y sin embargo el hombre que se emborracha con alcohol

ó con ajeno ¿no conoce el efecto de estos funestos licores? ¿no ve otros ejemplos? ¿no se expone él voluntariamente á cometer crímenes?

—Sí señor.

—Es culpable sobre todo si tiene la costumbre de embriagarse; “Quien ha bebido, beberá” dice el proverbio. Uno de los efectos de esas bebidas homicidas, es que el que una vez ha bebido no puede vivir sin volver á beber; encuentra insípidos todos los otros licores; sólo el alcohol le agrada, le atrae; le hace falta á toda costa; es para él una necesidad; le sacrifica todo, su dinero, su salud, su razón y con frecuencia su vida. Si aun fuese él sólo la víctima de su pasión maldita! ¡Pero cuando es padre de familia, el desgraciado transmite á sus hijos el germen de las más horribles enfermedades y las más tristes dolencias; la tisis, la parálisis, el idiotismo, la locura! He ahí la herencia que ese buen padre de familia deja á sus hijos, ¿no es esto afrentoso? La peste, el cólera, la guerra, hacen muchas víctimas; pero bien pensado, el alcohol hace más; los informes de los médicos y de los higienistas nos dejan duda alguna sobre este punto. De todas las bebidas; el alcohol es la peor, despuebla, degenera. ¡Y decir que los jóvenes no se cuidan de tomar este licor! Ultimamente á un joven que estaba bebiendo en una cantina, vinieron á decirle que su madre estaba gravemente herida porque se había caído de una escalera; él se levantó para ir á verla; dió algunos pasos y después, derrepente vaciló y ca-

yó pesadamente; estaba borracho, y mientras que él permanecía allí inmóvil, tendido á lo largo, su madre lo llamaba para verlo antes de morir.

Resumen de la lección.

—Todos los trabajos militares, agrícolas, industriales, domésticos, exigen fuerza y salud; son también necesarias para ejercer las profesiones liberales, la medicina, el foro, la enseñanza, etc.; se necesita también de ellas para estudiar, para pensar, para escribir. Por otra parte, el trabajo es ley común; debemos trabajar para nosotros, para los nuestros, para nuestros semejantes, para nuestra patria; es pues nuestro deber conservar y aumentar nuestra salud, puesto que sin ella no podríamos llenar nuestros deberes.

—No basta cuidarnos cuando estamos enfermos; es necesario, tanto como sea posible, prevenir las enfermedades; se previenen por la higiene. La higiene no consiste solamente en mantenerse aseado, en hacer ejercicio ni en querer hacer gimnasia. Sin duda la limpieza y el ejercicio son necesarios, la gimnasia útil; pero hay cualidades, más bien dicho, virtudes sin las cuales no se pueden conservar largo tiempo ni las fuerzas ni la salud; son la temperancia y la sobriedad.

—El órgano vital y reparador por excelencia es el estómago; los excesos de la mesa alteran y arruinan

ese órgano; y engendran ahí enfermedades incurables.

—Pero la intemperancia y la embriaguez no son solamente nocivas al cuerpo que lo fatigan y que lo agotan; estos vicios y sobre todo la embriaguez son funestos al alma. La embriaguez hace perder la razón; degrada al hombre; lo hace objeto de risas, de piedad, de disgusto. La embriaguez alcohólica es particularmente peligrosa; conduce á la violencia, al crimen; cambia al hombre en bestia furiosa. Briago de alcohol, hiere, mata, y con frecuencia son su mujer y sus hijos las víctimas.

—Esto no es todo; hecho esclavo de su pasión, no solamente el alcohólico se expone á cometer crímenes, á contraer las más crueles enfermedades, la parálisis, la tisis, el idiotismo, la locura; sino que el desgraciado transmite el germen á sus hijos; es la herencia que les deja. Deben pues vds. preservarse de una pasión tan horrible; no es solamente un deber para su cuerpo sino para su alma, hacia su familia, hacia sus semejantes, á quienes vds. deben evitarles un ejemplo tan vergonzoso.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Buenos días, ¿cómo está vd.? Adiós, que le vaya á vd. bien.—En estos términos se saludan y se despiden los hombres; la salud es pues á sus ojos el primero de los bienes.

2. Manuales ó intelectuales, todos los trabajos exigen fuerza y salud.

3. Curar las enfermedades es bueno; *prevenir*las es mejor.

4. La higiene es una medicina *preventiva*.

5. Los cuidados de limpieza, los ejercicios físicos no son más que una parte de la higiene; es necesario unir á esto la temperancia y la sobriedad.

6. La intemperancia es la enemiga mortal de la salud.

7. La embriaguez degrada al hombre; le hace objeto de risas, de piedad, de disgusto.

8. La embriaguez alcohólica, cambia al hombre en bestia furiosa; lo conduce al crimen, engendra las enfermedades hereditarias y mortales.

9. El alcohol hace más víctimas que la peste y el cólera.

DIALOGO 6º

Deberes para con nosotros mismos.

DE LA LIMPIEZA.

SUMARIO.—*De la limpieza en las casas, paseos, calles, plazas, caminos. —En los muebles, los instrumentos, los utensilios. —En los vestidos, la ropa blanca, la mesa, el tocador, etc. —En toda la persona. —En los animales.*

—Dime, Luisa, en la mañana, ¿cuál es la primera tarea del ama de casa?

—La de asearla.

—Y en tanto que las amas asean sus casas, ¿no se hace lo mismo con la ciudad?

—Sí, señora; se barren las calles, los mercados, las plazas: los carros públicos se llevan la basura, las inmundicias.

—Bien; todos los lugares donde el hombre habita, donde vive, donde trabaja, donde anda, por donde pasa; casas, tiendas, talleres, granjas, leñeros, escuelas, cajas de coches, calles, plazas, caminos grandes y pequeños, por todas partes pasan la esponja, la escoba, la pala; por donde quiera que se trata de hacer desaparecer las huellas de la víspera, por donde se quiere que todo permanezca limpio y que brille á los rayos del sol que renace. Con la limpieza todo toma un aire de novedad y de frescura.

¿Pero se limita uno á limpiar el suelo, á lavar los empedrados, á encerar los pisos, á barrer los caminos?

¿En la casa no hay otra cosa además de los suelos?

—Sí, señora: hay mesas, sillas, armarios....

—Muebles en fin. ¡Y bien! ¿todo esto no se asea también?

—Sin duda, señora: también se les limpia, se les frota, se les sacude.

—Bien; pero esto no es todo: no se vive sin comer, y no se come con los dedos. Es necesario algunos utensilios como, ollas, marmitas, parrillas, sartenes, y ¿qué se yo? para cocer los alimentos.

—Sí, señora: la batería de cocina.

—¿No se lava esta batería?

—Sí, señora.

—Antes de poner los manjares en la mesa, ¿no se pone la mesa?

¿Qué es poner la mesa?

—Colocar el cubierto, es decir, las cucharas, los tenedores, los cuchillos, las botellas, las garrafas, los vasos, los saleros.....

—¿Cuántas cosas sin contar los platos y platos!

¿Cómo se llama todo esto?

—Es la vajilla.

—Y bien, ¿es preciso lavar la vajilla?

—Sí, señora, todos los días.

—No solamente todos los días, sino para cada comida.

¿Y las lámparas, los candeleros, y todos los utensilios de la casa.

—Se les limpia también.

—Y lo que sirve para limpiar; escobas, esponjas, trapos, etc., ¿todo esto no tiene que limpiarse á su vez?

—Sin duda, señora.

—Pero las amas de casa no son las únicas que hacen la limpieza; ¿el segador no se detiene á cada instante para limpiar su hoz, el aserrador su sierra, y todos los obreros sus útiles?

—Sí, señora.

—¿Y esto es todo?

—No, señora; los soldados también limpian sus armas.

—¿Y vosotras, colegialas! no limpiaís vuestras armas, os quiero decir vuestras plumas, vuestras reglas y todos los instrumentos de trabajo?

—Sí, señora.

—Así todo trabajo necesita útiles, y todo trabajador debe tener sus instrumentos limpios y en buen estado. Pero avancemos: se toma un útil y, se hace el trabajo, en seguida se abandona; ¿no hay cosas que no abandonemos cuando menos durante el día, y que tenemos muy cerca?

—Sí, señora, los vestidos, los sombreros, los zapatos.

—¿Y bien?

—Se les limpia, se les sacude, se les cepilla.

—¿Y más cerca de vosotros, bajo los vestidos, qué hay además?

—La ropa interior, las camisas, calzoncillos, medias. . . .

—Que se lavan y se recosen. Partiendo de la casa, hemos llegado por grados á la persona misma, al cuerpo. Victoriana, ¿qué teneis, allí negro, en el extremo de los dedos?

—Son manchas de tinta, señora.

—¿Teneis la intención de guardarlas largo tiempo?

—No, señora; las lavaré al salir de la clase.

—Y vos, Julia, ¿qué teneis en la mano?

—Es mi mascada, señora.

—No os preguntaré para qué os sirve, puesto que vais á hacer uso de ella. Pañuelos, peines, cepillos de dientes, limpiadientes, limpia-oidos, esponjas, ¿sabeis el objeto de todos estos instrumentos?

Nuestros órganos son verdaderos instrumentos, útiles que nos sirven, los unos para tomar ó separar los objetos, los otros para andar, estos para oír, aquellos para ver, otros para respirar, para sentir; otros para cortar, triturar, despedazar los alimentos. Todos los instrumentos que corresponden á nuestras necesidades diversas, se les mantiene, se les limpia, y con tanta más frecuencia cuanto que están más expuestos al aire, ó al polvo y son de uso frecuente. ¿Cuál es el órgano del tacto?

—La mano.

—¿Es ella quien nos presta más servicios?

—Sí, señora; la mano sirve para todo.

—Como su nombre lo indica, ella toca, *maneja*

toda especie de objetos, y, con frecuencia se ensucia por estos contactos, se la limpia á cada instante. frecuentemente también se lava uno los piés, que están siempre en movimiento. Se lava uno también el cuerpo, porque el sudor, el frotamiento de la ropa, el polvo que pasa bajo los vestidos acaba por ensuciarlo.

Pero además del cuerpo, que está compuesto de órganos, ¿no tiene el hombre cerca de él, seres vivientes, que son como los complementos, los auxiliares de los órganos, y que hacen lo que él no podría hacer?

—Sí, señora, los animales domésticos.

—¡Y bien! estos animales, que dividen los trabajos del hombre, como el caballo, el buey, y algunos sus placeres, ¿el hombre no tiende á que ellos también estén limpios?

—Sí, señora.

—No se les presta los cuidados que ellos no podrían tomar por sí mismos?

—Sí, señora; se asea la caballeriza.

—Que es su casa.

—Se les da paja fresca para que se acuesten.

—Se les hace su cama.

—Se acepillan los arneses, collares, bridas.

—Estos son sus vestidos.

—Se les almohaza, se les restrega, se les lleva á bañar.

—Es decir que se hace su *toilette*.

Resumen de la lección.

—Desde en la mañana, por todas partes, en la ciudad, en el campo, se pone uno á hacer el aseo. El ama limpia su casa, los soldados su cuartel, los marinos su navío; se lava, se barre, se frota, se encera; todo se pone en movimiento. Además de las casas, de las ciudades, se barren las calles, las plazas, los mercados, se levantan los restos, la basura, las inmundicias.

—Pero en las casas no se contenta uno con limpiar el suelo, los pavimentos, los techos, los pisos, es decir, todo lo que los pies frotan y ensucian; se limpian también las mesas, las sillas, los armarios, las camas, en fin, todos los muebles; se limpia la batería de cocina, la vajilla, todos los utensilios, todo lo que sirve para un uso cualquiera; el obrero limpia sus útiles, el soldado sus armas, el alumno sus reglas, sus plumas.

—Pero hay objetos que se ensucian todavía más que las casas, los muebles y los útiles; son nuestros vestidos, sombreros, chaquetas, levitas, pantalones, botas, zapatos; es necesario acepillar todo, sacudirlo, limpiarlo, frotarlo. ¿Es esto todo? No, hay alguna cosa que nos toca más de cerca que los vestidos; es la ropa blanca; sábanas, camisas, medias, calzones, que es necesario lavarla, recoserla.

—Hemos aquí llegados al cuerpo, á la persona.

—¿La dejaremos sucia, cuando se limpian con

tanto cuidado los lugares que habita, los muebles y útiles de que se sirve, los vestidos con que se cubre? Sería un contra sentido. Puesto que es para ella por lo que se limpia todo lo que es de uso, con más razón es necesario limpiarla á ella misma.

—Desde luego se tienen los órganos en estado de limpieza y entre estos órganos sobre todo, los que son de uso continuo y que se ensucian por contactos de todo genero: las manos, los pies, los ojos, las orejas, los dientes. Se limpia también y con cuidado particular, los cabellos, esta pequeña selva que el desaseo puebla bien pronto de habitantes que conocéis, de nombre al menos; se limpia la cara que está expuesta sin cesar al viento, al polvo, y que siendo la parte más bella y más noble del cuerpo, tiene derecho á todos nuestros cuidados. En fin se limpia el cuerpo mismo que lo ensucia el sudor, el polvo y el frotamiento de los vestidos. De ahí instrumentos de toda especie, pequeños y grandes, esponjas, peines, cepillos de cabeza, de dientes, limpia oídos, limpia dientes, etc.

—Pero no es bastante para el hombre el que esté todo limpio sobre él y á su alrededor, ropa blanca, vestidos, útiles, muebles, casas; él quiere que los animales que se le aproximan y viven bajo su techo estén limpios también y les presta los cuidados que no pueden tomar por sí mismos. El les limpia sus alojamientos; las caballerizas, las perrerías, los nichos, las pajareras, etc.; él limpia los arneses de los que él unce ó monta, caballos, asnos, buyes; renue-

va de tiempo en tiempo sus lechos, los almohaza, los restrega y los lleva á bañar.

—¿De dónde viene pues al hombre este gusto por la limpieza, y por qué toma tanta pena para regenerarse por todas partes? Esto lo veremos otra vez.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Limpieza, salud.
2. No se ponen esencias preciosas en vasos sucios.
3. La limpieza es el lujo de la pobreza.
4. Una cabaña puede ser tan limpia como un palacio.
5. La limpieza atrae, el poco aseo repulsa.
6. Vale más comida frugal en mesa limpia, que comida suntuosa en mesa sucia.
7. La limpieza es el encanto de los ojos; ella embellece la fealdad misma.
8. Faltar á la limpieza es faltar al respeto á nosotros mismos y á los demás hombres.

DIÁLOGO 7º

EL TRABAJO.

PROGRAMA.—No perder el tiempo.—Obligación del trabajo para todos los hombres.—Nobleza del trabajo manual.

SUMARIO.—1. Es el trabajo una necesidad y un deber.—2. Dignifica la vida.—3. Es la virtud doméstica por excelencia.—4. Es condición del progreso.—5. Es fuente de felicidad.—6. Es auxiliar de la moralidad.—7. Es guardián de la salud física y moral.—8. Es el mejor remedio para nuestros males.—9. El trabajo manual tiene su nobleza.

—Decidme, amigo mío, ¿cuando se trata á alguno de perezoso, de holgazán, es un elogio el que se le hace?

—No, señor, al contrario.

—Y cuando se dice de un hombre que es activo, laborioso, ¿es una censura?

—No, señor, es un elogio.

—Entonces la actividad es considerada como una cualidad, una virtud, y la pereza como un defecto, como un vicio. Busquemos juntos de dónde viene esta opinión y si reposa sobre un sólido fundamento. Mientras que un niño es pequeño, su padre lo alimenta; pero llegado el momento, le enseña ó le hace aprender un oficio, una profesión; y una vez grande, el niño hace como su padre, gana su vida. Si los padres no se creen ya obligados á alimentar á sus hijos cuando éstos son bastante grandes

va de tiempo en tiempo sus lechos, los almohaza, los restrega y los lleva á bañar.

—¿De dónde viene pues al hombre este gusto por la limpieza, y por qué toma tanta pena para regenerarse por todas partes? Esto lo veremos otra vez.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Limpieza, salud.
2. No se ponen esencias preciosas en vasos sucios.
3. La limpieza es el lujo de la pobreza.
4. Una cabaña puede ser tan limpia como un palacio.
5. La limpieza atrae, el poco aseo repulsa.
6. Vale más comida frugal en mesa limpia, que comida suntuosa en mesa sucia.
7. La limpieza es el encanto de los ojos; ella embellece la fealdad misma.
8. Faltar á la limpieza es faltar al respeto á nosotros mismos y á los demás hombres.

DIÁLOGO 7º

EL TRABAJO.

PROGRAMA.—No perder el tiempo.—Obligación del trabajo para todos los hombres.—Nobleza del trabajo manual.

SUMARIO.—1. Es el trabajo una necesidad y un deber.—2. Dignifica la vida.—3. Es la virtud doméstica por excelencia.—4. Es condición del progreso.—5. Es fuente de felicidad.—6. Es auxiliar de la moralidad.—7. Es guardián de la salud física y moral.—8. Es el mejor remedio para nuestros males.—9. El trabajo manual tiene su nobleza.

—Decidme, amigo mío, ¿cuando se trata á alguno de perezoso, de holgazán, es un elogio el que se le hace?

—No, señor, al contrario.

—Y cuando se dice de un hombre que es activo, laborioso, ¿es una censura?

—No, señor, es un elogio.

—Entonces la actividad es considerada como una cualidad, una virtud, y la pereza como un defecto, como un vicio. Busquemos juntos de dónde viene esta opinión y si reposa sobre un sólido fundamento. Mientras que un niño es pequeño, su padre lo alimenta; pero llegado el momento, le enseña ó le hace aprender un oficio, una profesión; y una vez grande, el niño hace como su padre, gana su vida. Si los padres no se creen ya obligados á alimentar á sus hijos cuando éstos son bastante grandes

para trabajar por sí solos, ¿creeis que los parientes lejanos á las personas extrañas se creerán con el deber de tomarlos á su cargo?

—¡Oh! no, señor. A cada hombre toca ganarse su vida.....

—El trabajo es pues, antes que todo, una necesidad. Si es un deber para todos los hombres venir en auxilio de los desgraciados, de los lisiados, no puede ser un deber para ellos alimentar á los que pueden ganar su vida, y trabajar por los que no hacen nada. ¿Se tiene mucha estimación á las gentes que viven á expensas de los demás, ó como se dice familiarmente, á costa de otro?

—No, señor; no hay consideración para ellos.

—Y se les hace ver. Se les dan nombres poco lisonjeros: se les llama *parásitos*, *pica-platos*, etc. Un hombre verdaderamente digno de este título debe tener como honor, bastarse en primer lugar á sí mismo; es el primer punto. El que trabaja no tiene necesidad de nadie, es independiente. El trabajo hace pues la dignidad de la vida; nos vale la estimación de nuestros semejantes, y nos permite ayudarlos cuando llega la ocasión. Mas si el trabajo conviene á todo hombre que se respeta, aunque, permanezca soltero, ¿qué será si se casa?

—Entonces debe trabajar, no solamente para él, sino también para su familia.

—El trabajo es pues, doblemente obligatorio para los padres; es la virtud doméstica por excelencia; porque no es solo la fuente de las comodidades y de

la fortuna, sino también el mejor medio de educación. ¿Sabeis por qué?

—Porque los niños que ven trabajar á sus padres, toman la costumbre y el gusto por el trabajo.

—Bien; el ejemplo del trabajo es la más eficaz de las lecciones. Forma las buenas familias, las familias prósperas, las familias modelos. ¿Y no pasa con los pueblos lo que con las familias? ¿No es también por el trabajo por lo que los pueblos llegan á la riqueza? ¿por el trabajo que repara sus pérdidas, sus desastres?

—Sí, señor; como la Francia después de la guerra de 1870.

—¿Entre los pueblos no hay unos más ó menos avanzados en la vía de la civilización?

—Sí, señor.

—¿De qué proviene esta diferencia? ¿Depende solamente de sus aptitudes, más ó menos felices?

—Viene también de que los unos son más laboriosos que los otros.

—Eso es. Hay pueblos indolentes, blandos, perezosos, como los pueblos orientales en general; los hay también activos, enérgicos, como los americanos, los franceses, los ingleses y esta actividad industriosa es la que explica su rango y sus progresos. —Decidme, ¿qué produce la mejor tierra sin cultivo?

—No produce nada.

—Nada ó poca cosa. Y bien, pasa al hombre lo que á la tierra: si no cultiva sus facultades intelec-

tuales, si no desarrolla sus aptitudes físicas, permanece improductivo, inútil. El trabajo es pues *la condición de todo progreso* sea individual, sea nacional.

¿Los que trabajan son dignos de compasión?

—No, señor.

—No; al contrario. Ved, entre, vosotros, ¿cuáles son los más felices? ¿Son acaso los perezosos?

—No, señor.

—No; éstos están siempre descontentos de sí mismos, y nadie está contento de ellos. Al contrario, los niños laboriosos están de buen humor; tienen para ellos el testimonio de su conciencia; se hacen agradables á sus padres, á sus maestros, y la satisfacción que les dan contribuye á su propia felicidad. Muy lejos de ser una pena el trabajo, es un placer; él forma la alegría de la vida, como también el honor. Y cuando ve uno que aprovecha, que adelanta, que progresa, ¿no experimenta una verdadera satisfacción?

—Sí, señor.

—Se recoge entonces el fruto de sus esfuerzos y se toma gusto al trabajo, se aficiona uno á él, y está entonces agradecido á la felicidad que procura. ¿La suerte de las gentes ociosas es muy envidiable?

—No, señor; porque se aburren.

—*Compadezco al hombre agobiado por el peso de sus ocios*, ha dicho Voltaire; y tiene mucha razón. La ociosidad es un fardo; pero no es esto todo; es un peligro. ¿Comprendéis por qué?

—Porque cuando no se trabaja se suele uno ver tentado á hacer mal.

—Precisamente; el que trabaja está al abrigo de las tentaciones; el *trabajo es un preservativo*; quita los malos pensamientos; inspira los buenos sentimientos; da la costumbre del orden y de la regularidad; es la prenda y la condición de una buena conducta y el mejor auxiliar de la moralidad. Util al espíritu, útil al corazón, ¿creeis que sea inútil al cuerpo?

—No, señor.

—Un trabajo regular, proporcionado á nuestras fuerzas, en relación con nuestras aptitudes, es el *mejor guardián de la salud*. ¿Se ve á los hombres laboriosos abandonarse á la embriaguez, á la corrupción, á todos los vicios que arruinan la salud?

—No, señor; los hombres laboriosos son ordinariamente sobrios y temperantes.

—¿Las gentes que han pasado la noche bebiendo, se despiertan muy dispuestas para el trabajo?

—No, señor; no tienen las fuerzas necesarias para emprender sus tareas.

—Por eso cuando se ama el trabajo, se guarda uno de los excesos que le hacen imposible ó penoso. El que emplea bien sus días, duerme con un sueño benéfico y tranquilo; cuando el día llega, se levanta, fresco, dispuesto y alegre. Los días bien empleados hacen las noches apacibles, y éstas á su vez hacen á los primeros fructuosos. ¿El que no ha trabajado encuentra muy agradable el reposo?

—No, señor; cuando está uno fatigado es cuando se reposa con gusto.

—Ya veis que son muy injustos los que consideran al trabajo como un enemigo; es al contrario nuestro bienhechor, y no nos presta sino servicios. Si se tiene fastidio, algún pesar, algún dolor, ¿sabéis cuál es el mejor medio de soportarlo?

—Sí, señor: ponerse al trabajo.

—¿Por qué?

—Porque el trabajo ocupa el espíritu.

—Bien; el que trabaja no piensa en sus males.

El trabajo es pues un remedio, y este remedio no cuesta nada; al contrario, produce. ¿No hay muchos géneros de trabajos?

—Sí, señor, los hay para todos los gustos.....

—Y para todas las aptitudes; porque no todos los hombres son aptos para los mismos trabajos. ¿Pero no hay dos clases de trabajos principales?

—Sí, señor; el trabajo del espíritu y el trabajo del cuerpo.

—¿Creeis que hay algún trabajo físico en el cual no tome parte alguna el espíritu?

—Sí, señor, lo creo.....

—Reflexionad; ¿acaso la más humilde tarea no se puede desempeñar mal?

—Sí, señor, sin duda.

—Entonces ¿también puede estar bien hecha?

—Seguramente.

—Y si ella está bien hecha, no es porque se ha puesto allí más inteligencia, más destreza, más cuidado?

—Sí señor.

—Así, lavar la vajilla, barrer la casa, labrar piedras, y otras faenas seguramente fáciles, demandan sin embargo, cierta aplicación, cierta atención; por el modo con que están hechas, se juzga al punto si los que estaban encargados de hacerlas se han mostrado inteligentes y concienzudos. El trabajo manual no es pues por sí mismo humillante; todo depende de la manera de hacerlo. Por sencillo que sea se puede mostrar en él inteligencia; por humilde que parezca, su utilidad le eleva; por grosero que sea, la intención lo ennoblece. ¿Los trabajos más viles, los trabajos de limpieza, por ejemplo, y de salubridad no son los más útiles?

—Sí, señor, son necesarios.

—Bien; puesto que la salud pública depende de ellos, ¿cómo pues podríamos despreciar á los que desempeñan estos cargos? *No hay oficios necios, dice el proverbio, no hay sino gentes necias;* y los necios son los que se creen con derecho á desdeñar al hombre que gana honradamente su vida. Además, todo trabajo, cualquiera que sea, ¿no es siempre útil, primero para el que lo hace, en seguida para los otros?

—Sí, señor, puesto que se le retribuye.

—Todo trabajo merece y encuentra salario. No es pues el trabajo, cualquiera que sea, el que rebaja al hombre; es el hombre quien puede rebajarse si hace mal lo que se le ha confiado. Guardémonos, pues, de despreciar á los más humildes obreros. No estamos en el tiempo en que los trabajos manuales eran *serviles*, porque estaban desempeñados por los

esclavos ó por los siervos. En nuestros días no es el trabajo, es la ociosidad lo que envilece.

Resumen de la lección.

1. El trabajo es antes que todo una necesidad. Un padre alimenta á sus hijos mientras que no pueden ganarse su vida; pero una vez grandes, deben trabajar y bastarse á sí mismos. La caridad privada y pública vienen en auxilio de los desgraciados, de los lisiados; pero no de los holgazanes.
2. El trabajo hace la dignidad de la vida; nos asegura la independenciam, nos vale la estimación de nuestros semejantes, nos hace útiles y nos permite ser caritativos.
3. Es la *virtud doméstica* por excelencia, primero porque los padres deben subvenir á las necesidades de sus hijos; en seguida porque el mejor medio de educarlos bien, es darles el ejemplo del trabajo.
4. Sin él, el hombre permanece inculto; sus facultades intelectuales, sus aptitudes físicas permanecen estériles. El trabajo es la *condición del progreso*, y no solamente para los individuos, sino también para los pueblos mismos. Es él quien ha sacado á los hombres del estado salvaje y ha dado nacimiento á la civilización; por él ciertos pueblos se elevan sobre los otros, adquieren poder y reparan sus desastres.
5. No es solo una fuente de provecho, de riqueza y de poder, es la *fente de la verdadera felicidad*.

El hombre que trabaja está contento de sí mismo; se siente útil á sus semejantes y á sí propio; su conciencia le proporciona un testimonio de ello.

6. La ociosidad engendra el fastidio; y el fastidio es un peligro. El hombre que se fastidia busca distracciones en el juego, en los placeres, en el desorden. El que no hace nada está tentado de hacer mal. El trabajo quita los malos pensamientos; nos pone al abrigo de las tentaciones peligrosas; es el auxilio de la moralidad.

7. Cuando se tiene la costumbre y el gusto de trabajar, se huye de los excesos que comprometen la salud, se economizan las fuerzas, se consagran las noches al reposo, á fin de levantarse fresco, dispuesto y alegre. El trabajo es pues también el *guardián de la salud*.

8. Si tenemos alguna pena, si nos sucede alguna desgracia, el mejor medio de soportarla, es entregarnos al trabajo; él nos distrae y nos consuela, es el *mejor remedio contra nuestros males*.

9. No hay trabajo humillante porque todo trabajo es útil, primero al que lo hace y en seguida á los otros hombres; lo que es humillante, es permanecer en la ociosidad. No hay un trabajo por modesto que sea en que el espíritu no tome parte. La más humilde tarea puede ser hecha con inteligencia y conciencia. En otro tiempo los trabajos manuales estaban reservados á los esclavos y á los *siervos*; por esta razón se les llamaba trabajos *serviles*. Hoy que todos los hombres son libres, el tra-

bajo de las manos no tiene nada que envilezca; cualquiera que sea, la intención lo levanta, el deber lo ennoblece. No es el género de trabajo el que puede rebajar al hombre, es la manera con que se ejecuta; todo trabajo es honrado, si está bien y honestamente desempeñado.

Pensamientos, máximas y proverbios.

1. Al que nada hace, nadie le debe nada.
El que solo ve trabajar á los otros, los verá comer y no comerá.
2. Es una vergüenza pedir á los demás lo que se puede uno procurar por sí mismo.
La ociosidad degrada; el trabajo ennoblece.
3. El trabajo hace á las gentes honradas, á las familias prósperas y á los pueblos poderosos.
Educar á los niños, es darles las costumbres y el gusto por el trabajo.
4. El trabajo es bienhechor de la humanidad y padre de la civilización.
5. El trabajo acorta los días y acrece la vida.
(Diderot).
6. El que no hace nada no tarda en hacer mal.
La tierra inculta se cubre de hierbas nocivas.
7. Los días bien empleados hacen las noches apacibles.
El trabajo da reposo y salud.

8. No hay fastidio que el trabajo no disipe, no hay pena que no sepa dulcificar.

9. No hay oficios necios sino gentes necias.

Por humilde que sea un trabajo, fácilmente se percibe si ha sido hecho con inteligencia y conciencia.

DIÁLOGO 8º

LA IGNORANCIA Y LA PEREZA.

PROGRAMA—*Tened vergüenza de la ignorancia y de la pereza.*

—¿Qué diréis de un hombre que poseyendo bellas y buenas tierras las dejara sin cultivo.

—Diría yo que es negligente y perezoso....

—Y que no es digno de poseer bienes de que no saca ningún partido. Y bien, si todos los hombres no tienen bellas y buenas tierras, en cambio traen al venir al mundo un fondo de otra naturaleza y de un precio inestimable; este fondo está en ellos, y no depende sino de ellos el darle valor. ¿Comprendéis de qué os quiero hablar?

—Sí, señor: del espíritu.

—Eso mismo; todos tenemos facultades, inteligencia, razón, memoria; y si, por falta de cultura, dejamos estas facultades debilitarse y perderse, somos inexcusables, culpables, no merecemos llevar

bajo de las manos no tiene nada que envilezca; cualquiera que sea, la intención lo levanta, el deber lo ennoblece. No es el género de trabajo el que puede rebajar al hombre, es la manera con que se ejecuta; todo trabajo es honrado, si está bien y honestamente desempeñado.

Pensamientos, máximas y proverbios.

1. Al que nada hace, nadie le debe nada.
El que solo ve trabajar á los otros, los verá comer y no comerá.
2. Es una vergüenza pedir á los demás lo que se puede uno procurar por sí mismo.
La ociosidad degrada; el trabajo ennoblece.
3. El trabajo hace á las gentes honradas, á las familias prósperas y á los pueblos poderosos.
Educar á los niños, es darles las costumbres y el gusto por el trabajo.
4. El trabajo es bienhechor de la humanidad y padre de la civilización.
5. El trabajo acorta los días y acrece la vida.
(Diderot).
6. El que no hace nada no tarda en hacer mal.
La tierra inculta se cubre de hierbas nocivas.
7. Los días bien empleados hacen las noches apacibles.
El trabajo da reposo y salud.

8. No hay fastidio que el trabajo no disipe, no hay pena que no sepa dulcificar.

9. No hay oficios necios sino gentes necias.

Por humilde que sea un trabajo, fácilmente se percibe si ha sido hecho con inteligencia y conciencia.

DIÁLOGO 8º

LA IGNORANCIA Y LA PEREZA.

PROGRAMA—*Tened vergüenza de la ignorancia y de la pereza.*

—¿Qué diréis de un hombre que poseyendo bellas y buenas tierras las dejara sin cultivo.

—Diría yo que es negligente y perezoso....

—Y que no es digno de poseer bienes de que no saca ningún partido. Y bien, si todos los hombres no tienen bellas y buenas tierras, en cambio traen al venir al mundo un fondo de otra naturaleza y de un precio inestimable; este fondo está en ellos, y no depende sino de ellos el darle valor. ¿Comprendéis de qué os quiero hablar?

—Sí, señor: del espíritu.

—Eso mismo; todos tenemos facultades, inteligencia, razón, memoria; y si, por falta de cultura, dejamos estas facultades debilitarse y perderse, somos inexcusables, culpables, no merecemos llevar

el título de hombres; porque, en fin, ¿en qué es el hombre superior á los animales? ¿Acaso por la fuerza, por la agilidad, por la flexibilidad, en una palabra, por las cualidades del cuerpo?

—No, señor; hay muchos animales más fuertes, más ágiles, más flexibles que el hombre.

—Si pues estimamos nuestra dignidad de hombres, si queremos conservarla, es preciso desarrollar las facultades intelectuales y morales á las cuales debemos nuestro rango. Pero no solamente como cuestión de dignidad hacia nuestros semejantes, sino por que el hombre inculto, el ignorante permanece en el grado más inferior de la escala social; no puede elevarse; está condenado á vegetar triste y miserablemente, á ser objeto de compasión, de desdén y aún de desprecio. Y ¿sabéis por qué, hoy sobre todo, no se le perdona ya á un hombre quedarse en la ignorancia?

—Sí, señor; porque de él depende instruirse.

—Bien. La instrucción se le presenta bajo todas formas. En otro tiempo la ignorancia podía tener una excusa; era necesario ir algunas veces bien lejos á buscar los medios de instruirse; á veces también las escuelas y los maestros faltaban. Hoy cada municipalidad, cada aldea tiene su escuela; no tiene uno ya que cambiar de lugar, se encuentra la instrucción á su alcance, á la mano; es necesario verdaderamente no querer para no adquirirla. Hay más: ¿la instrucción es, como en otro tiempo, puramente facultativa?

—No, señor; se ha hecho obligatoria.

—Bien. De manera que, el que se encapricha en permanecer en la ignorancia, no solamente es culpable para consigo mismo, sino que lo es respecto á la sociedad que le hace de la instrucción un deber; se rebela contra las leyes de su país. ¿Por qué pues nuestros legisladores han hecho la instrucción obligatoria?

—Porque un hombre instruído es más útil á su país.

—Bien: á su país, á sus padres y á sí mismo. Hay pues un triple interés en que la instrucción se imponga á todo hombre, á todo ciudadano; el de la sociedad, el de la familia y el individual. Si se puede, en rigor, ejercer un oficio manual sin instrucción, sin ésta no se cumplirá con los deberes de ciudadano. El que tiene derecho de sufragio debe estar en estado de escribir su nombre en su cédula de voto; debe conocer las instituciones de su país; debe poder darse cuenta por medio de la lectura, del valor de los hombres que solicitan las funciones electivas, y de los intereses nacionales ó locales que los elegidos tienen por misión defender. El hombre que no sabe ni leer ni escribir, está á merced de los otros; no puede juzgar con conocimiento de causa; no puede formarse por sí solo una opinión; no sabe lo que se le dice, y no puede ni verificar ni probar la exactitud de los datos que se le dan. La instrucción es pues útil para el ejercicio de todos los oficios, de todas las profesiones, y necesaria para el ejercicio de

los derechos cívicos. ¿El hombre iletrado no es toda su vida como un niño? ¿no está constantemente obligado á tener que recurrir á los demás?

—Sí, señor; hasta para leer los rótulos de las tiendas, ó los números de las casas.

—¿No es humillante no poder, por decirlo así, ni dar un paso sin tener necesidad de pedir un servicio y de exponerse á las burlas ó la compasión de las gentes? ¿No es triste no poder bastarse á sí mismo y vivir bajo la dependencia de otro? ¿Acaso no es penoso no poder recibir cartas sin que otro las lea, ni escribirlas sin ayuda de una mano extraña? ¿No es vergonzoso, cuando se necesita firmar una acta civil, verse obligado á confesar en público que no se sabe escribir, y quedar reducido á trazar con mano vacilante una simple cruz en vez de firma?

—Sí, señor; es una vergüenza.

—¿Un obrero puede ejercer su oficio sin útiles?

—No, señor.

—De la misma manera, sin la lectura y la escritura no podría uno instruirse. La lectura y la escritura son los útiles indispensables para el que quiera saber. ¿Todos los hombres no tienen el deseo de saber?

—Sí, señor.

—¿Todos los niños no son curiosos?

—Oh! sí, señor.

—Quieren saberlo todo; agobian á sus padres con ¿por qué esto? ¿por qué aquello? ¿De dónde viene pues, que á pesar de su curiosidad natural, muchos niños se quedan en la ignorancia?

—Es que no trabajan.

—O, en otros términos, es que son perezosos. Ahora, bien, en este mundo, nada se tiene sin pena; y la instrucción es el fruto del trabajo. Los conocimientos útiles no entran por sí solos en el espíritu; es preciso esfuerzos para adquirirlos y retenerlos. El niño se debe pues sonrojar de la pereza, si no quiere sonrojarse algún día de su ignorancia.

Sin duda hay un género de curiosidad que es fácil de satisfacer; no se tiene necesidad de grandes esfuerzos de atención ni de voluntad para recoger los ruidos que corren, los dices, las nuevas del día, los chismes, los discursos maldicientes ó malévolos, que forman el objeto principal de las conversaciones ordinarias; pero esta curiosidad fútil y vana, ¿es instructiva?

—No, señor; no enseña nada.

—Nada más que *nadas*. ¿Qué es pues lo que debe uno esforzarse por aprender?

—Lo que se nos enseña.

—Es decir, lo que os es necesario saber para conducirnos bien en la vida, y lo que os es útil para ejercer convenientemente una profesión ó un oficio cualquiera. ¿No es verdad que en torno vuestro, todo contribuye á solicitar vuestra curiosidad natural? Sí; ya sea que mireis á vuestros pies, hacia adelante ó sobre vuestras cabezas, todo os invita á aprender; el suelo que hollais, el aire en que se verifican multitud de fenómenos admirables ó terribles, el cielo que abre á vuestra imaginación perspectivas infinitas.

tas. ¿Existe algo en la naturaleza que no se haya hecho objeto de una ciencia ó de un arte? ¿La ciencia á su vez no ha producido maravillas?

—Sí, señor: los buques de vapor, los caminos de hierro, los telégrafos, los teléfonos.

—¿Se puede ver pasar un tren á todo vapor, sin experimentar el deseo de saber cuál es la fuerza irresistible que lo arrastra y qué mecanismo lo dirige y lo arregla?

—No, señor; es imposible.

—¿Puede uno enviar un telegrama sin que desee comprender cómo se ha podido poner á nuestro servicio este invisible y misterioso agente llamado electricidad?

—No, señor.

—No, jamás, en ningún tiempo la curiosidad del espíritu humano ha sido provocada con más fuerza y atraída en más direcciones. Solamente la estupidez puede quedarse aún indiferente é ignorante.

Entre tantos objetos que se disputan la atención del hombre, hay uno que ofusca á todos los demás; ¿sabeis cuál es?

—No, señor.

—Pues es el hombre. No hay otra cosa más importante y más difícil de conocer. El hombre, su naturaleza, sus facultades, su destino, he ahí el conocimiento que todos debemos pretender adquirir. *Conócete á tí mismo*, ha dicho un sabio hace largo tiempo; ¿qué entendía él por eso?

—Que nos debemos aplicar para conocer nuestros defectos.

—Bien, á fin de corregirlos. Pues si es bueno conocer la naturaleza humana en general, es mucho mejor conocerse á sí propio; esta es la condición de toda mejora moral. ¿Podemos y debemos ver con indiferencia la historia de la humanidad?

—No, señor, puesto que formamos parte de ella.

—Pero ¿no hay todavía una parte de la humanidad que debe interesarnos mucho más?

—Sí, señor; la Patria.

—He aquí, entre muchos objetos, sobre cuáles debemos dirigir los esfuerzos de nuestro espíritu. Habiendo tantas cosas tan grandes y tan bellas que conocer, sería absurdo é indigno de nosotros dejar extraviada nuestra curiosidad natural sobre nada.

Resumen de la lección.

—Trabajad, aceptad tareas, que son los fondos que menos faltan, dice á sus hijos el labrador de La Fontaine, y con mucha razón; porque, á falta de fortuna, todos traemos al nacer un fondo de gran valor: nuestro espíritu, nuestras facultades. Si queremos que produzca, es necesario cultivarlo y la cultura del espíritu es la instrucción.

—Muchos animales nos son superiores en fuerza, en agilidad, en destreza; pero nosotros lo somos en inteligencia; solo nosotros tenemos la conciencia y la razón. Los animales siempre hacen todo de la misma manera, porque obran por instinto; solo nos-

otros podemos obrar mejor; en fin, somos capaces de progreso.... Pero ésta no se obtiene sino por medio del trabajo. Si queremos pues conservar nuestra dignidad de hombres, nuestro deber es desarrollar las facultades intelectuales y morales que forman nuestra superioridad.

—El hombre inculto apenas está arriba de las bestias, está abajo de los demás hombres, en el grado más inferior de la escala social; es con frecuencia menos útil á sus semejantes que ciertos animales.

—En otro tiempo la ignorancia podía tener excusa, porque no había bastantes escuelas, y era preciso pagar la instrucción primaria; hoy es inexcusable, pues las escuelas abundan y la instrucción se da. El que se queda en la ignorancia lo hace por su culpa; es imperdonable.

—Es culpable para consigo mismo, para con su familia y para con la sociedad; se rebela contra las leyes de su país que le hacen de la instrucción un deber.

—Si el legislador ha querido que la instrucción sea obligatoria, es porque ella pone al hombre en estado de servir mejor á su patria y de ser más útil á sí mismo y á los demás.

—Un hombre sin instrucción, no puede llenar convenientemente sus deberes de ciudadano; porque para estar al tanto de los negocios de su país, es necesario saber leer, y para ejercer el derecho de sufragio, es preciso poder escribir, con mano propia,

sobre una cédula de voto los nombres de los candidatos que se prefieren.

—El iletrado es toda su vida como un niño; no puede dar un paso sin verse obligado á pedir algún servicio; no puede leer sino con los ojos de otra persona, no puede escribir sin ayuda de una mano extraña. Sujeto á la dependencia de otro se engaña sin cesar; y es objeto de desdén y compasión.

—No solamente debemos instruirnos para asegurar nuestra independencia y para evitar humillaciones sin número, sino también para satisfacer las aspiraciones más nobles de nuestra naturaleza. Todos tenemos la necesidad innata de comprender y de aprender; esta curiosidad natural, es solicitada por todo lo que nos rodea; por la naturaleza y sus espectáculos, por la ciencia y sus maravillas, por el arte y sus obras maestras y por la sociedad y su organización. Para un hombre digno de este título, la ignorancia es un sufrimiento continuo; pesa sobre él como una noche tenebrosa; pero disipando estas tinieblas, apareciendo poco á poco la luz á su alrededor, la instrucción le dulcifica y embellece la vida, le proporciona mil goces y le preserva del fastidio.

—Pero entre todos los objetos dignos de nuestro estudio, el más importante es el hombre. “Conócete á tí mismo,” decía un sabio de la antigüedad; y en efecto, el conocimiento de sí mismo es la condición de todo progreso moral.

—Si debemos procurar conocernos, y conocer

nuestras facultades, nuestra naturaleza y nuestro destino, no podemos ser indiferentes á la historia de la humanidad y, en ésta, á la historia de nuestro país.

—Así es que, la naturaleza, la ciencia, el arte, el hombre, la historia, he ahí los grandes objetos hacia los cuales debemos dirigir nuestra actividad intelectual; no es uno hombre, cuando ignora todo lo que interesa á la humanidad; no es vivir, yacer en la ignorancia vergonzosa.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Dejad hablar á los tontos: el saber tiene su precio.—(*La Fontaine*. Lib. VIII, 19).
2. El espíritu es un patrimonio; dejarlo inculto es querer ser pobre.
3. Si entre los seres el hombre ocupa el primer lugar, lo debe á su inteligencia; la ignorancia es una abdicación.
4. Todo se pierde, salud, fortuna, honores; solo la instrucción no se puede perder.
5. La instrucción es una fuerza que nos eleva; la ignorancia es un peso que nos hace descender.
6. Hoy como siempre es necesario comprar el alimento del cuerpo; pero hoy el alimento del espíritu se da, y esa es la honra de nuestra época.

7. En otro tiempo se compadecía al ignorante; hoy se le censura y desprecia.

8. Instruirse es un triple deber: para con la sociedad, para con la familia y para con nosotros mismos.

9. Permanecer en la ignorancia, es renunciar al ejercicio de los derechos de ciudadano.

10. El ignorante camina á tientas, como un ciego; sus ojos están abiertos, pero no ven.

11. Cuando pasa un tren á través de las praderas, los bueyes levantan la cabeza y lo ven asombrados, inquietos: es la mirada de la ignorancia.

12. Ser hombre, es querer aprender y comprender.

13. Para el ignorante, todo es misterio; el sol ilumina sus ojos, pero su espíritu se queda en las tinieblas.

14. No saber nada del hombre y de la humanidad, es no ser hombre; no conocer la Francia, es no ser francés.

DIALOGO 9º

DIGNIDAD PERSONAL; RESPETO DE SI MISMO.

SUMARIO.—Lo que hace la dignidad del hombre.—Cómo se puede faltar á la dignidad: 1º en la persona; 2º en el lenguaje; 3º en la conducta—Defectos y vicios principales que envilecen al hombre y lo degradan.

—Julio, ¿no debes respetar á los demás?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Porque son nuestros semejantes.

—Es decir, porque son hombres. ¿No queremos también nosotros que los demás nos respeten?

—Sin duda, señor.

—Entonces es necesario comenzar por respetarnos; porque sería un absurdo exigir que los otros tuviesen más cuidados hacia nosotros, que los que tuviésemos para con nosotros mismos. No habeis oído decir jamás: “Es un hombre que no se respeta?”

—Sí, señor.

—¿Qué se quiere decir con eso?

—Que ese hombre hace cosas que no convienen.

—Que no convienen ¿á qué? ¿á su edad?

—Sí, señor.

—En efecto; si un hombre maduro juega á las canicas ó á las tres en raya, se dirá que son juegos

que no convienen á su edad. De la misma manera, si un magistrado canta canciones cómicas, ó toma parte en una mascarada, se dirá y no habrá error en decirlo, que esas son diversiones que no convienen á su carácter. Hay pues ciertas conveniencias á las cuales no se puede faltar sin exponerse á perder un poco del respeto de los demás. Pero además de estas conveniencias particulares, ¿no hay un conjunto de conveniencias comunes á todo hombre, quien quiera que sea? Por ejemplo la limpieza, ¿no conviene tanto á los niños como á los adultos, á las mujeres como á los hombres, al artesano como al magistrado?

—Sí, señor; conviene á todo el mundo.

—Por su naturaleza, por sus facultades, por su destino, el hombre está arriba de todos los otros seres: y queremos que todo en él, en su persona y en su conducta corresponda al rango que el Creador le ha dado entre las criaturas.

Veamos pues lo que conviene á un hombre, por el solo hecho de ser hombre, y cualesquiera que sean por otra parte, su edad, su sexo y su condición; en otros términos, veamos lo que constituye la dignidad humana y lo que forma la dignidad personal. La limpieza es la primera condición: pero no es sino un elemento material por decirlo así. La postura tiene algo de significativo, es una especie de lenguaje. ¿Cómo se puede faltar á la dignidad en la postura?

—Teniéndose mal, dejándose ir.

—Acostarse sobre la silla, extenderse, estirarse, alargar las piernas, poner los codos sobre la mesa; esto es á la vez faltar á la política y á la dignidad. Sin duda que no se exige al hombre que esté siempre derecho y recto; pero algunas posturas no son permitidas más que en la intimidad, y aun allí hay todavía una medida que guardar; ciertas actitudes no convienen de ninguna manera á nadie, ¿no sucede lo mismo con las costumbres?

—Sí, señor, cuando son groseras.

—Se puede faltar á la dignidad en toda su persona; en el modo de andar, en los gestos, en los movimientos de cabeza, en los ojos, en los labios; porque todo habla en el hombre. Un modo de andar saltando, ó arrastrándose, gestos familiares por ejemplo, aires divagados ó distraídos, ciertos fruncimientos de ojos, ó alzar los hombros, ciertas maneras de reirse ruidosas y burlistas, muecas, visajes, monerías, todo lo que es pantomima, farsa, bufonería, bufonada, demostración falsa de alegría ó hipocresía, todo esto disminuye el respeto de la persona. No es solamente en el modo de vestirse, en la postura, en el modo de obrar, en sus maneras, en todo su exterior en fin, en lo que el hombre puede faltar á la dignidad; es también y sobre todo en su lenguaje ¿sabéis cómo?

—Sí, señor, empleando palabras inconvenientes.

—O palabras indecentes, ordinarias; profiriendo injurias ó bajezas, chanzas groseras. Nada ofende más á la dignidad, que un lenguaje trivial; ¿comprendéis por qué?

—Porque se juzga de los sentimientos por el lenguaje.

—Bien, y se tiene razón; el alma y la palabra se parecen y la una se refleja en la otra; el hombre que tiene sentimientos elevados, tiene horror á los términos bajos y obscenos. Hay sin embargo, una cosa que importa más á nuestra dignidad que el lenguaje mismo: ¿adivináis lo que quiero decir?

—Sí, señor, la conducta.

—Sí; porque ella revela el fondo mismo de nuestra naturaleza. Se puede en rigor hablar groseramente y obrar bien; pero los actos no engañan, y es allí más que en ninguna otra cosa en donde se muestra la dignidad.

Decidme, ¿mendigar es una cosa noble?

—No, señor.

—Esto es tan verdadero que con frecuencia, los que mendigan no lo hacen más que en la sombra, ocultándose y como á hurtadillas, y para obtener un socorro, tienen necesidad de decir que no mendigan por costumbre, sino por necesidad. Sin duda un hombre honrado puede llegar á eso; pero se sonroja de ello ¿por qué?

—Porque los mendigos pasan por no hacer nada....

—Y por consiguiente viven á costa de otro; por otra parte nada hay más contrario á la dignidad humana que vivir en la afrenta y estar alimentado por los otros, cuando se podría ganar la vida trabajando. Un hombre digno del nombre de hombre, tiene

la satisfacción ú honra de no estar á cargo de nadie. ¿Se tiene mucho respeto á las gentes que quieren sin cesar pedir, solicitar puestos, excepciones y privilegios?

—No, señor, al contrario.

—En efecto estos son mendigos de otra especie. No tienden la mano para obtener dinero; pero suplican, lisonjean, intrigan para obtener favores. Además el hombre que tiene respeto de sí mismo, quiere elevarse por su propio mérito y no por el de protecciones. El hombre que frecuenta personas de mala vida, ¿no compromete su dignidad?

—Sí señor.

—¿Por qué?

—Porque se le cree semejante á los que frecuenta; los que se parecen se juntan, dice un proverbio.

—Hay también otro que tiene el mismo sentido.

—Dime con quién andas y te diré quién eres.

—El hombre que se arrebata, grita, vocifera, ¿inspira respeto?

—No, señor, porque no sabe en realidad lo que dice....

—Ni lo que hace. Además como la razón es propia del hombre, es la que lo hace superior á los otros seres, el que por arrebato, por debilidad de voluntad, deja turbar su razón, ese descende abajo de sí mismo. Poseerse, ser dueño de sí mismo, es la primera condición de la dignidad personal. La cólera oscurece la razón; ¿pero no hay aún otra cosa que la hace perder?

—Sí, señor, la embriaguez.

—La embriaguez es también una prueba de debilidad, porque si un hombre se embriaga, es porque no tiene fuerza para resistir á lo atractivo de la bebida; se deja ir, se abandona voluntariamente. La cólera puede tener alguna vez motivo doble que la excusa, la embriaguez no lo tiene. Además ella degrada al hombre, lo envilece; no es solamente el desprecio lo que ella inspira, sino repugnancia. Hay otros actos de debilidad que sin turbar la razón, rebajan al hombre y le hacen despreciable, ¿lo conocéis?

—Sí, señor, la cobardía.

—Bien. El que tiene miedo de todo, miedo de su sombra como se dice; el que cuando el honor lo exija, no sabe afrontar el peligro y no piensa más que en salvar su vida, ese pierde todo derecho al respeto. El valor es la salvaguardia de la dignidad. ¿Qué se dice de los que se dejan intimidar, espantar ó abatir? Se les dice "vamos, sed hombres," mientras que es verdad que el valor caracteriza al hombre, y á la dignidad humana. ¿Mentir es un acto de valor?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque si se miente es porque se tiene miedo de ser castigado....

—O censurado, eso es.

Yo quiero que sea uno hombre y que en todo caso el fondo de nuestro corazón se muestre en nuestros

discursos, dijo Molière, por boca de Alceste. Así el que no es franco, no es hombre, y la franqueza, con el valor, es la esencia misma de la dignidad humana.

No son tampoco hombres, los que gimen y se lamentan de todo, los que se dejan abatir por cualquiera cosa, que cambian de opinión, como se cambia vestidos, que giran ligeramente y se dejan llevar arrastrados por los demás. Un hombre debe tener su opinión y su voluntad.

Resumen de la lección.

—Si debemos respetar á los otros hombres porque son nuestros semejantes, debemos por consiguiente respetarnos á nosotros mismos.

—Por su naturaleza, por todas sus facultades, por su destino, el hombre es superior á los otros seres; no debe pues permitir nada que le haga decaer del rango en que le ha colocado el Creador. Respetarse á sí mismo, es obrar de una manera conforme á la dignidad humana.

—Se puede faltar á la dignidad en su exterior, en su lenguaje, y en su conducta. Tener la cara y las manos sucias, los vestidos destrozados, tenerse mal, extenderse, echarse sobre la silla, alargar las piernas, ponerse de codos sobre la mesa y otras actitudes semejantes; reirse ruidosamente, hacer gestos familiares, visajes, monerías, bufonerías, es faltar á la dignidad en su persona, en su postura, en sus maneras, en una palabra, en su exterior.

—Emplear palabras bajas ú ordinarias, proferir juramentos, chanzas groseras, es faltar á la dignidad en su lenguaje.

—Vivir á costa de otro, mendigar cuando se podría ganar la vida, solicitar favores, tratar de obtener por intriga, por lisonja ó bajezas, puestos y empleos que son debidos únicamente al mérito; frecuentar gentes de mala vida y lugares mal afamados; violentarse, vociferar, gritar desesperadamente, pegar con el puño, patear con furor;—comer con exceso y glotonería;—beber hasta perder la razón y no poder andar y sostenerse;—echar bravatas y fanfarronadas; asustarse por cualquiera cosa, tener miedo de todo, correr de todo peligro, abandonar su puesto;—mentir por cobardía, no tener valor de sus opiniones, ser siempre del parecer del último que habla, girar según los vientos, gemir y lamentarse de todo, es faltar á la dignidad en la conducta y el carácter.

—Todos los actos de debilidad conducen á los otros á faltarnos al respeto, á tratarnos sin respeto, ó con desdén; todos los actos de indecencia, de bajeza y cobardía engendran la vergüenza é inspiran desprecio.

—Si queremos conservar nuestra dignidad personal, guardémonos pues de hacer lo que, hecho por los otros, disminuye nuestra estimación, ó nos inspira desprecio hacia ellos.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Si queremos que se nos respete empecemos por respetarnos.
2. La dignidad personal es el respeto de sí mismo.
3. Respetarse es no hacer nada indigno de un ser libre y razonable.
4. Como el alma, el cuerpo tiene su dignidad; es necesario que haya acuerdo entre ellos, y que el exterior corresponda al interior.
5. Las palabras groseras manchan la boca.
6. El hombre de bien, el hombre de corazón, el hombre de palabra, el hombre honrado; he ahí, los que son respetables y respetados.
7. Los holgazanes, solicitadores, zalameros, bufones, cobardes, ebrios, mal hablados, mentirosos; he ahí las gentes miserables, despreciables y despreciadas.

DIALOGO 10º

LA MENTIRA.

SUMARIO.—Lo que nos hace decaer de nuestra estimación y de la de los demás.—La franqueza es la condición del progreso moral.—Todos los defectos y vicios conducen á la mentira.—Cómo se toma el hábito y gusto á la mentira.—Del arte de mentir; sus peligros.—Del engaño ó mentira en acción.

—Decidme León, cuando habeis cometido alguna falta, ¿no os veis tentados á decir que no la habeis cometido?

—Sí, señor, algunas veces.

—¿Por qué pues, estais tentado á mentir?

—Para no ser castigado.

—Entonces, es el temor del castigo el que os impulsa á mentir?

—Sí, señor.

—¿Es un sentimiento noble ese temor? ¿Estais muy contento y altivo de vos, cuando habeis mentido?

—No, señor, de ningún modo.

—Confesad que habeis perdido en vuestra estimación.

—Es verdad, señor.

—Y si la mentira se descubre, lo que no es raro, ¿creeis que habeis ganado mucho en la estimación de aquellos á quienes les habeis mentido?

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Si queremos que se nos respete empecemos por respetarnos.
2. La dignidad personal es el respeto de sí mismo.
3. Respetarse es no hacer nada indigno de un ser libre y razonable.
4. Como el alma, el cuerpo tiene su dignidad; es necesario que haya acuerdo entre ellos, y que el exterior corresponda al interior.
5. Las palabras groseras manchan la boca.
6. El hombre de bien, el hombre de corazón, el hombre de palabra, el hombre honrado; he ahí, los que son respetables y respetados.
7. Los holgazanes, solicitadores, zalameros, bufones, cobardes, ebrios, mal hablados, mentirosos; he ahí las gentes miserables, despreciables y despreciadas.

DIALOGO 10º

LA MENTIRA.

SUMARIO.—*Lo que nos hace decaer de nuestra estimación y de la de los demás.—La franqueza es la condición del progreso moral.—Todos los defectos y vicios conducen á la mentira.—Cómo se toma el hábito y gusto á la mentira.—Del arte de mentir; sus peligros.—Del engaño ó mentira en acción.*

—Decidme León, cuando habeis cometido alguna falta, ¿no os veis tentados á decir que no la habeis cometido?

—Sí, señor, algunas veces.

—¿Por qué pues, estais tentado á mentir?

—Para no ser castigado.

—Entonces, es el temor del castigo el que os impulsa á mentir?

—Sí, señor.

—¿Es un sentimiento noble ese temor? ¿Estais muy contento y altivo de vos, cuando habeis mentido?

—No, señor, de ningún modo.

—Confesad que habeis perdido en vuestra estimación.

—Es verdad, señor.

—Y si la mentira se descubre, lo que no es raro, ¿creeis que habeis ganado mucho en la estimación de aquellos á quienes les habeis mentido?

—No, señor, al contrario.

—Si las buenas acciones merecen elogios y aún recompensas, ¿no es justo que las faltas sean censuradas y aún castigadas?

—Sí, señor, es justo.

—Es justo y es útil, porque las recompensas dan valor para el bien, y los castigos alejan del mal. Puesto que aceptáis las unas cuando las habeis merecido, es necesario pues, aceptar también los otros cuando desmereis; esto es de justicia. Si habiendo cometido una falta, la confesais francamente, ¿no estais contento de vos mismo?

—Sí, señor.

—¿Por qué? Porque teneis el valor de ir al encuentro del castigo.

—Sí, señor, así lo creo.

—Yo también lo creo; pero hay aún otra cosa. Veamos, ¿no se tiene vergüenza de confesar haber hecho alguna cosa mala?

—Sí, señor, sin duda.

—¿Es porque no se quiere dar de sí una idea desfavorable confesando la falta?

—Sí, señor.

—Cuesta pues confesarla. Y bien, este esfuerzo mismo es lo que es meritorio; y es por haber hecho este esfuerzo, por lo que estais contentos de vosotros. La confesión es ya una expiación de la falta, y una expiación que tiene el gran mérito de ser voluntaria: es un acto de valor moral que nos eleva y ennoblece mientras que la mentira nos rebaja y nos en-

vilece. Por otra parte, lo que podeis haber perdido en la opinión por la falta misma, ¿creeis que la confesión no os lo hace recuperar?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Es tal vez porque la confesión es una prueba de franqueza.

—Sin duda, ¿pero la confesión no prueba otra cosa?

—Prueba que me arrepiento de la falta.

—Eso; además el que se arrepiente de una falta, ¿no tiene la intención, el deseo de evitarla en el porvenir?

—Ciertamente, señor.

—La confesión es pues una prueba de valor moral y una prenda de mejoramiento. He ahí por qué la franqueza tiene tanto precio á nuestros ojos, y por qué cuando un niño confiesa francamente sus faltas, se concibe de él una opinión favorable y se inclina á perdonarle. El que trate de ocultar por la mentira la primera falta, ¿no estará tentado de cometer otras?

—Sí, señor, es probable.

—Podeis decir; ciertamente. Habiendo tratado de ocultar, se lisonjeará en engañar aún, y en esta esperanza se dejará conducir á nuevas faltas. Así una falta no confesada conduce á otras, y una mentira feliz arrastra á nuevas faltas. Así es por lo que poco á poco se toma el hábito de hacer mal y de mentir, y se acaba por hacerse un niño vicioso y un

mentiroso incorregible. Decídme, ¿un niño cuya conducta es irreprochable se ve conducido á mentir?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque no tiene nada que ocultar.

—Un aturdido pierde sus libros; en lugar de confesar que los ha perdido, dice que se los han tomado, ¿cuál es la causa de su mentira?

—Su aturdimiento.

—Un glotón se roba unos pasteles: se le sospecha, se le pregunta, él niega. ¿Qué es lo que le hace mentir?

—Su glotonería.

—Un perezoso no ha hecho su tema: cuando el maestro le pregunta: "Lo he perdido" le dice. ¿Qué es lo que le conduce á mentir?

—Su pereza.

—Un vanidoso se vanagloria de haber hecho correr á un lobo; la verdad es que él es el que ha corrido, y á todo correr.

¿Por qué ha mentido?

—Por vanidad.

—Al pobre anciano que le pide caridad, un egoísta responde que no tiene nada, esto es falso: tiene algunos sueldos en su bolsa.

—¿Por qué miente?

—Por egoísmo.

—Podemos así también pasar la revista de todos los defectos y de todos los vicios: vereis que todos sin excepción, sugieren la mentira. La mentira es

su auxiliar, su compañía, su abogado: de suerte que el más seguro medio de preservarse de la mentira, es conducirse bien y corregirse de los otros defectos.

Algunas veces un niño cree excusable mentir por faltas ligeras; pero que ponga cuidado, la pendiente es resbaladiza; después de haber mentido por frioleras, se llega á mentir en faltas más graves. Poco á poco los escrúpulos se disipan, la conciencia se embota y se acaba por mentir con seguridad y sin remordimientos. Hay más: á fuerza de mentir no solamente se contrae hábito, sino se toma gusto, se ejerce, se perfecciona, se adquiere el arte de mentir, y cuando se posee, se siente uno materialmente llevado á sacarle provecho.

El arte de mentir es una excitación continua al mal. Se había comenzado por ocultar, por tener secretas faltas, una vez cometidas; la mentira no venía sino después; he ahí que pasa adelante. Entonces se preparan, se combinan fábulas al acaso; artificios para cubrir las faltas que se propone cometer. Así es que el arte peligroso de mentir puede convertir al hombre en falso, pérfido y malvado; se hace á la larga el consejero, el instigador de las acciones más malas, y aún de los crímenes. Hay en efecto dos especies de criminales: los que se dejan arrastrar por movimientos de pasiones peligrosas y violentas, y los que meditan durante tiempo y friamente sus crímenes; pues éstos son casi todos, mentirosos intrépidos.

Pero si el arte de mentir no conduce siempre al

crimen; la mentira conduce al engaño, porque le ayuda á engañar. ¿Sabeis en qué consiste la estafa?

—Consiste en procurarse dinero por medio de mentiras, falsas promesas, juramentos falsos.

—Sí, y con intención de no cumplirlos; es pues el robo por mentira.

¿Creeis que no se puede engañar más que con palabras?

—No, señor, se puede engañar de otra manera.

—En efecto, por la vista, por los gestos, la postura, en toda la persona.

¿Qué es un hipócrita?

—El que parece ser lo que no es.

—Bien, así el que parece ser piadoso y no lo es, como el Tartufo de Molière, ese es un hipócrita. Ese no miente una vez por casualidad, ni aún sucesivamente: miente sin cesar: toda su persona, toda su conducta, no son sino una mentira: es la mentira personificada. ¿Y por qué el hipócrita engaña? ¿acaso por diversión?

—No, señor, por interés.

—Es decir, porque le den dinero, tierras, casas, en fin, todo lo que desea: así, además de la mentira en palabras, la que consiste sobre todo en ocultar las faltas que se han cometido, existe pues la mentira en acción, que consiste en procurarse por el engaño, dinero ó bienes de otro.

Este medio es peor que el otro y desgraciadamente no es menos frecuente.

El comerciante que vende con pesos falsos, ¿comete mentira en palabras?

—No, señor, en acción.

—Son sus pesos y su balanza, los mentirosos. Pesos falsos, falsa moneda, falsos billetes, falsas mercancías, falsos licores, falsas telas, falsas pedrerías, falsos títulos de nobleza, firma falsa: son mentiras en acción, es decir, engaños. De todas estas mentiras, el interés es el principio, el robo es el fin.

Si es censurable mentir por ocultar una falta, es más culpable mentir para apropiarse el dinero de otro. No es eso solamente una falta, es un delito, algunas veces un crimen. Pero no lo olvidéis: el engaño es vecino de la mentira: están colocados en el mismo sitio; la mentira es la primera estación, el engaño es la segunda y del uno al otro no hay distancia.

Resumen de la lección.

—Cuando habeis cometido una falta, el temor de ser castigados os impulsa á mentir; pero el temor de un sentimiento bajo y la mentira os hace perder algo de vuestra estimación, y si es descubierta, os hace perder más aún en la estimación de los otros.

—Así con frecuencia es menos el temor de ser castigados, que el temor de dar de vosotros una idea desfavorable, lo que os conduce á negar vuestras faltas. ¡Bien! desengañaos, la confesión no puede sino levantaros en la opinión de los otros: primero porque es difícil hacerla, en seguida porque es una prueba de arrepentimiento y una prenda de mejoramiento.

to moral. Es una expiación voluntaria que no puede menos que acrecentar la estimación y el afecto de vuestros padres y maestros; darles la esperanza y la confianza en vos é inclinarlos á la indulgencia y al perdón.

—Al contrario el que niega su falta y logra ser creído, ese es conducido naturalmente á cometer nuevas faltas y para cubrirlas á decir nuevas mentiras. Así es como toma la costumbre de mentir, y en lugar de corregirse de sus faltas se hace más y más vicioso.

—Todos los defectos, todos los vicios conducen á la mentira, porque nos impulsan á obrar mal, y por consiguiente, á ocultar lo que hemos hecho mal. El mejor medio de preservarse de la mentira, es pues corregirse de los defectos y de los vicios.

—Los niños creen fácilmente excusable mentir por una falta ligera; pero que tengan cuidado, están sobre pendiente resbaladiza: después de haber mentido por nada, se llega insensiblemente á mentir por faltas graves: se toma la costumbre, después el gusto: se adquiere el arte de mentir. Entonces la mentira no sirve solamente para cubrir las faltas cometidas; se hace un medio de cometerlas. Si se está tentado á dar un mal paso, se preparan de antemano las mentiras, y artificios para desvanecer las sospechas.

—La mentira de palabra conduce á la mentira en acción, es decir, al engaño. El engaño es el medio de apropiarse el bien de otro. Vender géneros

falsos, licores falsos, telas falsas, falsa pedrería, servirse de pesos falsos, pagar con falsa moneda, billetes falsos, engañar con firmas, falsas escrituras; otros tantos engaños y mentiras en acción. La mentira que consiste en negar una falta es censurable; el engaño es culpable, es un delito, á veces un crimen; pero siempre el primero conduce al otro.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. La franqueza ennoblece, la mentira envilece.
2. La falsedad es un vicio de esclavo: es indigna de un hombre libre.
3. La confesión de nuestras faltas es un prueba de arrepentimiento y una prenda de mejoramiento.
4. Francés y franco es una misma palabra: debe ser una sola cosa.
5. La mentira es la agradable sirvienta de los defectos y los vicios.
6. El que se conduce bien no tiene el deseo, ni la necesidad, ni la ocasión de mentir.
7. En nuestra lengua todos los términos que sirven para designar la mentira y los mentirosos son términos de desprecio.
8. Las pequeñas mentiras conducen á las grandes.
9. El engaño es una mentira en acción.

10. La mentira es á la vez un arma defensiva y ofensiva: no sirve solamente para ocultar, sino para cometer acciones malas y crímenes.

11. Quien sabe ser sincero es hombre de honor.

12. No dirijas á nadie palabras que no salgan del corazón.

DIALOGO 11º

ECONOMÍA — EVITAR LAS DEUDAS.

SUMARIO.—*Como se gana el dinero.—Lo que se debe gastar.—Deudas; medio de evitarlas.—Economía; como se debe economizar.*

—Julio, cuando se tiene necesidad de ropa blanca, de vestidos, de utensilios, ¿qué hace uno?

—Señor, los compra.

—Bueno; pero para comprarlos ¿qué es necesario.

—Es necesario el dinero.

—Y para comprar bueyes, caballos, tierras, una casa, ¿no es necesario también el dinero?

—Sí, señor; se necesita mucho más.

—Conoce vd. comerciantes que den sus mercancías por nada?

—No, señor, se arruinarían.

—No se tiene pues nada sin dinero; ¿qué infiere usted de eso?

—Que el dinero es indispensable.

—Bien; ¿no hay varios medios de procurarlo?

—Sí, señor.

—¿Se puede por ejemplo tomarlo diestramente de la bolsa del vecino?

—Pero, señor, eso no es un medio honesto.

—En buena hora; no se debe robar el dinero, se debe ganar. ¿Y cómo se gana el dinero?

—Se gana trabajando.

—Es verdad; ¿sin embargo no se puede tener dinero sin poseerlo, ni haberlo robado, ni ganado?

—Sí, señor, cuando se hereda.

—Bien; pero todo el mundo no hereda, mientras que todo el mundo puede y debe trabajar.

Y puesto que el dinero que se hereda aún cuando se posea legítimamente no vale lo que el dinero que se ha ganado uno mismo, cuando decimos de alguno que es el artesano de su fortuna, ¿qué entendemos por eso?

—Que no debe su fortuna sino á sí mismo.

—Eso es; que ella es el fruto de su trabajo. Decir de un hombre que es el artesano de su fortuna, ¿no es un elogio?

—Sí, señor.

—Y decir de un hombre que es rico porque ha heredado, ¿es un elogio también?

—No, señor.

—La diferencia es grande; no hay ningún mérito en heredar, es un cambio feliz, he ahí todo; pero hay mérito en llegar por el trabajo á tener una

10. La mentira es á la vez un arma defensiva y ofensiva: no sirve solamente para ocultar, sino para cometer acciones malas y crímenes.

11. Quien sabe ser sincero es hombre de honor.

12. No dirijas á nadie palabras que no salgan del corazón.

DIALOGO 11º

ECONOMÍA — EVITAR LAS DEUDAS.

SUMARIO.—*Como se gana el dinero.—Lo que se debe gastar.—Deudas; medio de evitarlas.—Economía; como se debe economizar.*

—Julio, cuando se tiene necesidad de ropa blanca, de vestidos, de utensilios, ¿qué hace uno?

—Señor, los compra.

—Bueno; pero para comprarlos ¿qué es necesario.

—Es necesario el dinero.

—Y para comprar bueyes, caballos, tierras, una casa, ¿no es necesario también el dinero?

—Sí, señor; se necesita mucho más.

—Conoce vd. comerciantes que den sus mercancías por nada?

—No, señor, se arruinarían.

—No se tiene pues nada sin dinero; ¿qué infiere usted de eso?

—Que el dinero es indispensable.

—Bien; ¿no hay varios medios de procurarlo?

—Sí, señor.

—¿Se puede por ejemplo tomarlo diestramente de la bolsa del vecino?

—Pero, señor, eso no es un medio honesto.

—En buena hora; no se debe robar el dinero, se debe ganar. ¿Y cómo se gana el dinero?

—Se gana trabajando.

—Es verdad; ¿sin embargo no se puede tener dinero sin poseerlo, ni haberlo robado, ni ganado?

—Sí, señor, cuando se hereda.

—Bien; pero todo el mundo no hereda, mientras que todo el mundo puede y debe trabajar.

Y puesto que el dinero que se hereda aún cuando se posea legítimamente no vale lo que el dinero que se ha ganado uno mismo, cuando decimos de alguno que es el artesano de su fortuna, ¿qué entendemos por eso?

—Que no debe su fortuna sino á sí mismo.

—Eso es; que ella es el fruto de su trabajo. Decir de un hombre que es el artesano de su fortuna, ¿no es un elogio?

—Sí, señor.

—Y decir de un hombre que es rico porque ha heredado, ¿es un elogio también?

—No, señor.

—La diferencia es grande; no hay ningún mérito en heredar, es un cambio feliz, he ahí todo; pero hay mérito en llegar por el trabajo á tener una

fortuna, ó á la felicidad simplemente de ganar su vida. Así, pues, el dinero es necesario y el mejor medio de procurárselo es el trabajo. Franklin decía: El tiempo es dinero: "Time is money;" esto equivale á decir: El trabajo es dinero, porque el trabajo es el tiempo bien empleado. Decidme, Enrique, cuando se tiene poco dinero, ¿se debe gastar mucho?

—No, señor.

—Se debe arreglar un gasto conforme á los recursos. Sin embargo no faltan gentes que gastan más de lo que ganan, ¿cómo hacen eso?

—Se endrogan.

—¿Pero no tienen el derecho de pedir prestado?

—Sí, señor, si se encuentran prestamistas.

—No es suficiente; parece que basta así poder pedir prestado para tener el derecho de ello. Veamos; el que contrae deudas y que no las paga, ¿no es culpable?

—Sin duda, señor.

—Gastar el dinero de otro sin devolvérselo, bien visto no es más que un robo.

¿Qué hace uno, pues, para tener el derecho de pedir prestado?

—Es necesario que se esté seguro de poder pagar sus deudas.

—Bien; lo mejor es no pedir prestado; pero cuando se ve uno reducido á ello, no se debe pedir prestado más que cuando se puede devolver. No es eso todo: ¿se debe pedir prestado para sus placeres?

—No, señor; para sus necesidades.

—Tiene vd. razón; el que tiene lo necesario debe saber abstenerse de lo superfluo. Sólo la necesidad excusa las deudas; sólo es excusable pedir prestado para lo estrictamente necesario, y se debe devolver tan pronto como se pueda. ¿El dinero se presta gratuitamente?

—No, señor, se presta con interés.

—¿Qué les sucede á los que se tardan en pagar sus deudas?

—Que pagan muchos intereses.

—O si no pagan, los intereses acumulados se añaden al capital y sus deudas van creciendo siempre. Si no es censurable pedir prestado una vez por necesidad, ¿no lo es pedir prestado frecuentemente?

—Sí, señor.

—Sin duda; los que piden prestado con frecuencia acaban por tomar la costumbre, viven en las deudas; el endrogamiento para ellos es un estado normal, no se inquietan en devolverlo; no piensan más que en encontrar nuevos prestamistas, y finalmente viven á espensas de otro á menos que cansados de esperar en vano, sus acreedores lo llevan ante la justicia. Así, primero: no pedir prestado sino por necesidad y para lo necesario; segundo, no pedir prestado sino lo que se sabe poder pagar; en fin pagar sus deudas tan pronto como se pueda, tal es el deber de un hombre honrado.

¿Pero, decidme, Julio, cuando se gana más de lo necesario es preciso gastar todo lo que se gana?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque se debe pensar en el porvenir.

—Es decir que es necesario prever lo que se llama gastos imprevistos. ¿Por qué llamarlos imprevistos puesto que se les debe prever?

—Tal vez porque no se sabe en qué momento se tendrá necesidad de hacerlos.

—Justamente; pero lo que se sabe y no se debe olvidar, es que siempre se tiene necesidad de eso. Porque no se pasan muchos años sin que el día de fiesta, las malas cosechas, las enfermedades, los accidentes ú otras causas vengán á ocasionar algún aumento de gasto. Entonces si hemos faltado á la precaución, si no hemos sabido apartar de nuestros salarios, nuestros sueldos ó rentas la parte de lo imprevisto; en una palabra, si no hemos hecho economías, entonces caeremos en la confusión, en el tormento; será necesario pedir prestado, tal vez á grandes intereses; tal vez no se encuentren prestamistas y entonces es la peor de las cosas, es la miseria con sufrimientos y humillaciones, es la mendicidad. He ahí á lo que puede conducir la falta de precaución y el gusto de gastar; no habréis dejado de encontrar de esos ejemplos; las grandes ciudades, están llenas de gentes que por su culpa se han dejado reducir á esta triste y vergonzosa extremidad. Ciertas miserias inmerecidas son dignas de simpatía; hay de esas miserias, pero no son las más numerosas. Un hombre de corazón debe hacer todo para bastarse á sí mismo, y para alimentar y educar á su familia, de-

be tener como una honra no solamente el no servir de carga á sus semejantes, sino poder ayudar á los que tienen necesidad. Así, cuando no se tiene una gran fortuna la economía es obligatoria; sólo con el trabajo se puede uno preservar del tormento y de la miseria, asegurar el porvenir, salvar nuestra dignidad y nos permite ennoblecernos por la caridad. Es necesario, pues, economizar para nosotros, para los nuestros, para los desgraciados.

¿Sabe usted, Pablo, cuál es el mejor medio de ahorrar?

—Sí, señor: poner algo en la caja de ahorros.

—Entiendo, ¿pero es necesario esperar á tener una gran suma para llevarla á la caja de ahorros?

—No, señor; no es necesario.

—No solamente no es necesario, sino imprudente. Cuando se ve el dinero á la mano se ve uno tentado á gastarlo. Lo mejor, lo más prudente, es, tan pronto como se ha reunido una pequeña suma, ir á depositar al momento. Nada es más fácil hoy.

—Sí, señor; no hay más que dirigirse á una oficina postal.

—No se tiene, pues, la excusa de la molestia y de la dificultad. Y puesta una vez en la caja de ahorros, toda suma comienza á producir; de suerte que se pierde de todas maneras con esperar. ¿Conoce usted el proverbio: El apetito viene comiendo?

—Sí señor.

—Pues bien, puede aplicarse á la economía; el gusto de ahorrar viene ahorrando. Desde que se ha

puesto una pequeña suma se quiere aumentarla y se la aumenta; ese es uno de los felices efectos de la economía; se aumenta por la práctica. Lo importante, lo difícil, es comenzar. Comenzad pues á buena hora, comenzad lo más pronto posible, comenzad desde luego. Vosotros, hijos míos, no ganais todavía vuestra vida; pero sucede que os recompensan por vuestros esfuerzos, os dan dinero para vuestros placeres; y bien, de este dinero apartad algunos sueldos, algunos francos si es posible, y desde hoy llegareis á capitalistas; esto os quitará el deseo de maldecir del capital.

Resumen de la lección.

—Los alimentos, los vestidos, los muebles, las casas, las tierras y todo aquello de que se tiene necesidad, se compra y no se da; no se puede, pues, vivir sin dinero; ¿pero cómo procurárselo? Trabajando. El dinero, es verdad, se puede obtener heredándolo; pero no todo el mundo hereda, mientras que todo el mundo puede y debe trabajar.

—Es necesario arreglar los gastos conforme á los recursos y no gastar más de lo que se gana. Si por desgracia se encuentra uno obligado á pedir prestado no se debe pedir prestado más que lo que se pueda devolver, sin lo cual el empréstito no es sino un robo disfrazado.

—Es excusable pedir prestado por necesidad, pero no para placeres; también es excusable pedir

prestado una vez por necesidad; pero no vivir de préstamos.

—Cuando se ha contraído una deuda no se debe tener descanso ni reposo, hasta que no se haya pagado, porque la deuda se aumenta por los intereses; una deuda conduce á otra y acaba uno por hacerse insolvente.

—El único medio de evitar las deudas es hacer economías. Es necesario prever los gastos imprevistos, porque los hay siempre. El labrador debe temer las malas cosechas; el obrero, el día de fiesta; nadie está al abrigo de las enfermedades, de los accidentes, de los siniestros. Si falta previsión, si no se ha sabido constituir un ahorro, se está en riesgo de caer en la mayor confusión, en el tormento, en la miseria.

—La economía es la tranquilidad en el presente, la seguridad del porvenir; porque si se gana poco se puede siempre apartar algo de lo ganado, del día, ó de la semana ó del mes. Lo que se ha apartado se debe llevar sin tardanza á la caja de ahorros, porque allí se reciben las menores sumas y al depositarlas ganan interés. Se toma así el gusto de ahorrar, se ve crecer á la vista su pequeño capital y se pone en estado de hacer frente á los gastos imprevistos, de no tener necesidad de los otros y de poder ver llegada la ocasión, de ayudar á los desgraciados. He allí cual debe ser la ambición de un hombre honrado.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. El trabajo es dinero.
2. Gastar más de lo que se tiene es gastar el dinero de otro.
3. Es necesario no pedir prestado más de lo que se pueda pagar.
4. Se puede pedir prestado por necesidad; no se puede pedir prestado por gusto.
5. Quien paga sus deudas se enriquece.
6. No se debe gastar más de lo que se gana ni aún todo lo que se gana.
7. La economía es la previsión.
8. Lo que la hormiga hace por instinto hagámoslo por razón, y durante el estío, pensemos en el invierno.
9. No hay pequeñas economías.
10. Los arroyitos hacen los grandes ríos.
11. Todo préstamo es una pérdida, todo ahorro es una ganancia.
12. No dejes el ahorro para mañana si lo podeis hacer hoy.

DIÁLOGO 12º

Deberes para con los demás.

Deberes de justicia. — Respeto á la vida humana.

SUMARIO. — Principio y fórmula de justicia. — Por qué el homicidio es el mayor de los crímenes — Su carácter, sus efectos, sus causas. — Per qué nadie debe ser juez en su propia causa. — Lo que sería la sociedad, si cada uno tuviera el derecho de hacerze justicia.

— “No hagais á otro lo que no quisiérais que se os hiciese.” ¿Ustedes saben, hijos míos, quién ha formulado este precepto?

— El Evangelio.

— Se encontraba ya en el Tratado de deberes, de Cicerón, que es el código de la moral pagana; es un precepto de moral universal. ¿Querría vd. que se le hiciese mal?

— No, señor.

— Y bien, es justo que vd. no lo haga á otro. ¿Cuál es el mal más grande que se puede hacer á un hombre? ¿No es el de quitarle su libertad, hacerlo un esclavo?

— Sí, señor.

— Es un mal muy grande sin duda; pero no es irreparable, porque un esclavo puede recobrar su libertad. ¿Será quitarle su fortuna?

— No, señor, porque puede rehacerla.

—¿Sería quitarle su reputación?

—No, señor, porque podía restablecerla probando su inocencia.

—Así mientras que un hombre conserva la vida puede reparar el mal que ha sufrido. ¿Cuál es pues el mal más grande que se nos puede hacer? ¿No es el que sea irreparable?

—Sí, señor; eso es.

—¿Puede uno devolver la vida á los que están muertos?

—No, señor.

—El mal más grande posible es pues la pérdida de la vida, puesto que ese mal es irreparable, y, por consecuencia, el mayor de los crímenes es *el homicidio*. Si la muerte es el mayor de los males ¿cuál es pues el más precioso de los bienes?

—La vida.

—¿Por qué?

—Porque sin ella no se puede gozar ningún placer.

—En efecto; pero el hombre no está hecho solamente para gozar; no vive únicamente, como el animal, para beber y comer: tiene un destino más elevado. Nace libre, dotado de razón, tiene deberes que llenar: es un ser moral. El que le quita la vida no le priva pues solamente del goce de los bienes materiales, sino del poder de cumplir su destino moral y llenar sus deberes para consigo y para con los otros. Pero hay más aún. ¿Matando á un hombre nada más á él se le hace mal?

—Sí, señor.

—Reflexionad. ¿Un hombre está solo en el mundo? ¿No tiene padre, madre, hermanos, hermanas, mujeres, hijos, y parientes?

—Sí, señor, tiene una familia.

—Una familia que lo ama y á la cual es útil y con frecuencia necesario; de suerte, que el homicida no hiere solamente á su víctima; sino que á la vez mata á los que le están unidos por la sangre; los mata en su afección, en sus intereses, hiere á la familia entera, la sumerge en el duelo, hace viudas, huérfanos, desgraciados. Aun no es eso todo: ¿el matador mismo no tiene una familia?

—Sin duda, señor.

—¿Y esta familia, no resiente también el crimen cometido por el matador?

—Sí, señor; el crimen que comete cae sobre los suyos.

—Los mata no solamente en sus afecciones y en sus intereses sino en su honor. La familia del homicida se siente deshonrada, y eso es tan cierto que con frecuencia pide cambiar su nombre deshonrado y á veces se le autoriza á tomar otro, á fin de que los inocentes no paguen por el culpable. Así el homicidio es funesto no solamente para la víctima, sino para su familia y para la del matador. Sin embargo, los efectos del crimen pueden ir más lejos. Cuando la víctima es un hombre de gran talento, de gran mérito, ¿nada más su familia sufre con su muerte?

—No, señor; su muerte daña á todos aquellos para quienes su vida era útil.

—Y el número puede ser considerable; una muerte tal, es pues una pérdida para la sociedad. Prosigamos. Si la víctima es uno de esos hombres que honran la patria por sus virtudes ó que la ilustran por el brillo de su genio; un gran poeta, un gran orador, un gran sabio, ¿los efectos del crimen no se extienden más lejos aún?

—Sí, señor; toda la patria lo resiente.

—La pérdida de tal hombre es un duelo nacional; ¿qué digo? más que nacional. ¿Los descubrimientos de un sabio, la cura de la rabia por ejemplo, ó la invención del telégrafo aprovecha solo á los ciudadanos de un pueblo?

—No, señor; á todos los hombres.

—¿Nada más los franceses leen las obras de Corneille ó Molière?

—No, señor; se leen por todas partes.

—La pérdida de tales hombres es pues un daño no solamente para su patria sino para la humanidad entera. Y si la mano del matador viene á herir á uno de los que gobiernan un país que reina sobre un pueblo, ¿este crimen no puede atraer las más grandes desgracias?

—Sí, señor; puede atraer revoluciones.

—Puede poner un país á dos dedos de su pérdida. ¿El asesino que hundió su puñal en el pecho de Enrique IV, ¿no mató el corazón de la Francia?

—Sí, señor.

—Privó á la patria de todo el bien que ese gran rey quería y podía aún hacer.

Reasumamos. El homicidio de un hombre, cualquiera que sea, es una violación del principio fundamental de la justicia; es el mayor de los crímenes porque causa un mal irreparable, porque quita al hombre el más precioso de todos los bienes, ese sin el cual no puede gozar ningún otro ni cumplir su destino; porque no mata solamente á la víctima sino también á su familia y aún á la del culpable; porque puede también, perjudicar á un gran número de hombres, á la patria misma y algunas veces á la humanidad entera.

He ahí los efectos funestos del homicidio. Observémosle ahora desde otro punto de vista. ¿Por qué mata un hombre á otro?

—Para robarlo.

—El robo es en efecto una de las causas ordinarias del homicidio. ¿El robo mismo no es un crimen?

—Sí, señor.

—De suerte que el que mata para robar comete un crimen para cometer otro. El homicidio para robar es un doble crimen. ¿Pero el homicida no es con frecuencia impulsado por otros móviles?

—Sí, señor; por el odio.

—Mata por venganza. ¿En qué consiste la venganza?

—En volver mal por mal.

—El que se venga, ¿no es excusable?

—Sí, señor; hasta cierto punto, puesto que se le ha hecho mal.

—¿Pero quitándole la vida á su enemigo no hace un mal mayor del que había recibido.

—Ciertamente, señor.

—Es pues culpable solo por eso; pero lo es aun de otra manera. ¿No se ha constituido juez en su propia causa? ¿No ha juzgado, condenado y ejecutado á su enemigo?

—Sí, señor.

—¿Tenía derecho para hacerlo?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Vd. nos lo ha dicho ya, señor: nadie es juez en su propia causa.

—Sin duda; ¿pero la razón?

—Que no sería buen juez.

—¿Qué es pues necesario para ser buen juez?

—Es necesario ser justo.

—¿Un hombre que está poseído por el odio y la cólera puede ser justo?

—No, señor; no sabe dominarse.

—Es verdad; cuando está uno bajo el imperio de una pasión, no es uno dueño de sí; no ve las cosas como son. Cuando alguno nos ha herido ú ofendido ¿no somos naturalmente llevados á exagerar sus errores?

—Sí, señor.

—Así, cuando examinamos nuestra causa, somos malos jueces porque todo nos impulsa á la se-

veridad, á la injusticia; primero por nuestra tendencia natural á la exageración de los errores de otro; en seguida por la pasión que nos violenta y nos ciega. He ahí por qué todas las sociedades humanas han establecido tribunales á los que está exclusivamente reservado el derecho de juzgar las querellas particulares. Pero por fuertes que sean esas razones hay otra aún más poderosa. En efecto, si cada uno se creyese con derecho de castigar él mismo y de desembarazarse de sus enemigos por el hierro ó por el veneno ¿á que se llegaría?

—Los deudos del muerto se creerían con derecho para hacer lo mismo con el matador y se cometería un gran número de homicidios.

—Sí, no habría seguridad para nadie; se viviría en inquietud continua. Sería una guerra de todos los instantes y se recaería en la barbarie. Para que la sociedad puede subsistir es necesario pues, 1º que se respete la vida humana y 2º que solo el Estado juzgue todas las querellas.

Resumen de la lección.

No hagais á otro lo que no queríais que se os hiciese: tal es el principio de la justicia. Los otros no tienen el derecho de hacer mal, y tampoco teneis vos el derecho de hacerlo; en otros términos, todos los hombres tienen el deber de respetarse los unos á los otros.

—El mayor mal que se puede hacer á otro es

quitarle la vida porque es un mal irreparable. Se puede recobrar la libertad perdida, la fortuna, restablecer la reputación; pero una vez quitada la vida no puede devolverse.

—La vida es el más precioso de los bienes puesto que sin ella no puede uno ni gozar de los otros bienes, ni llenar su destino moral.

—El homicida no hiere solamente á la víctima, hiere también en su afección y en sus intereses á todos los miembros de su familia; hace viudas, huerfanos, desgraciados; hiere asimismo á su propia familia pues la deshonor y la sumerge tal vez en la miseria y la desesperación.

—Los efectos del homicidio pueden extenderse más lejos todavía, si la víctima es un hombre de talento, de mérito; su muerte es un daño para todos aquellos á quienes su vida era útil. Si la víctima era un hombre de genio, un gran poeta, un gran sabio, un gran orador, su pérdida es un duelo para la patria, y hasta para la humanidad entera.

—Si la víctima es un jefe de Estado, el presidente de una República, un rey, un emperador, su muerte puede ser funesta ó al menos nociva al Estado. Pensad en el bien que Enrique IV hubiera podido hacer sin el puñal de Ravallac.

—En resumen, el homicidio es el más grande de los crímenes porque viola la justicia en su principio fundamental; porque es un mal irreparable, porque quita al hombre el más precioso de los bienes, porque no mata solamente á la víctima, sino á

su familia y á la del culpable; porque aun puede dañar á otros, á una parte de la sociedad, á la patria y aún á la humanidad. Tales son sus caracteres y sus efectos.

—El homicidio tiene por causas ordinarias el robo, ó el odio y la venganza; el que mata para despojar á su víctima comete un doble crimen: el homicidio primero; el robo después; no tiene excusa alguna. El que se venga por el homicidio hace un mal mayor que el que ha recibido y se constituye juez en su propia causa. Ahora bien, nadie debe ser juez en su propia causa, primero porque el hombre está naturalmente inclinado á exagerar los errores de los otros para con él, en seguida porque el odio, la cólera, el resentimiento, turban la razón é impulsan á la injusticia. Para ser justo es necesario estar exento de pasión. He ahí por qué todos los pueblos siempre han encomendado á tribunales el cuidado de juzgar las diferencias y querellas. Por otra parte, si cada uno tuviese el derecho de hacerse justicia y de matar impunemente, los homicidios se multiplicarían hasta el infinito; nadie estaría seguro; la vida se haría insostenible y la sociedad no tardaría en disolverse.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. No hagáis á otro lo que no queráis que se os haga.
2. Puesto que la vida es el primero de los bienes, el homicidio es el mayor de los crímenes.
3. Todas las otras pérdidas pueden repararse, la de la vida es irreparable.
4. El homicidio no es solamente la muerte de un hombre, es un duelo y una ruína para su familia; una desgracia para sus amigos; un daño para todos aquellos á quienes era útil; una deshonra para la familia del homicida; tal vez una pérdida para la patria y para la humanidad.
5. Nadie es buen juez en su propia causa.
6. Si cada uno tuviera el derecho de hacerse justicia no habría bien pronto justicia; viviríamos todos en estado de guerra y la sociedad recaería en la barbarie.

DIÁLOGO 13º

DEBERES DE JUSTICIA.

SUMARIO.—No atacar la reputación de otro.—De la calumnia.—De la maledicencia.—De la buena reputación y de las ventajas que nos procura.—De la mala reputación y del mal que nos hace.

—Decidme, Juan, fuera de la vida, la libertad, la propiedad, no hay aun otros bienes preciosos?

—Yo creo que no, señor.

—Reflexionad. ¿No se puede dañar á otro, sin matarlo, maltratarlo ó robarlo; sin tocar á su persona y á sus bienes?

—No sé como.

—Estaríais muy contento de que os hiciesen pasar por un ladrón, cuando no hubieseis cometido ningún robo?

—No, señor, con toda seguridad.

—¿El que extendiera estos rumores sobre vuestra cuenta no os haría ningún mal?

—Sí, señor.

—Sin embargo el no os había ni matado, ni maltratado, ni robado. ¿En qué pues os habría atacado?

—En mi reputación.

—Eso es: en vuestra reputación. ¿Deseais tener una buena reputación?

—Sí, señor.

—¿Es pues un gran bien tener una buena reputación?

—Ciertamente, señor.

—¿Por qué? Examinemos juntos. ¿Se busca con tenacidad á los que tienen una mala reputación?

—No, señor; al contrario se les evita.

—Se les huye, se les tiene á distancia, nadie tiene deseo de entrar en relaciones con ellos, ni de recibirlos en su familia, ¿por qué?

—Porque ellos dan mal ejemplo?

—Bien, y porque desconfía uno de ellos. ¿Iréis á casa de un comerciante que pasa por vender con falsas pesas?

—Me guardaría bien.

—¿Emprenderíais un negocio con un hombre que pasa por pícaro?

—No, señor; temería ser engañado.

—¿Prestaríais con gusto dinero al que tiene la reputación de no pagar jamás sus deudas?

—¿Con gusto? No, señor.

—Así cuando un hombre tiene una mala reputación, se le desprecia, se huye de su intimidad, de su comercio; no se quiere con él ninguna relación, ni de sociedad ni de intereses. Es pues un bien precioso tener una buena reputación, puesto que perdiéndola, se pierde á la vez la estimación y la confianza de sus semejantes; pero el que nos quita la reputación nos hace perder más aún. ¿Creís en efecto, que se pueda amar mucho á las personas que se desprecian?

y mejorarnos; ellas son para nosotros estímulos de progreso moral. Por otra parte el que nos hace perder la reputación, nos quita al mismo tiempo múltiples pruebas de estimación; porque no se puede ni aprobar, ni alabar, ni animar á los que pasan por hacer mal. Veis pues, como la reputación es cosa preciosa, necesaria, y como son culpables los que no temen atentar contra ella.

Pensamientos, máximas y proverbios.

1. Buen renombre vale más que cinturón dorado.
2. La estimación es tan necesaria á la felicidad, como el aire puro á la salud.
3. El honor del hombre vale más que la plata.
4. Decir mal es hacer mal.
5. Las malas palabras son malas acciones.

DIALOGO 14º

DEBERES DE JUSTICIA.

SUMARIO.—*Modos de dañar la reputación de otro.—La calumnia y la maledicencia.—Sus caracteres, sus causas, y sus efectos.*

—Vosotros conocéis el precio de una buena reputación; ahora decidme ¿cómo se la puede menoscabar?

—Hablando mal de otro.

—Así hablar mal de otro es hacerle mal. No hay nada más peligroso que una mala lengua. ¿Pero el mal que se dice de otro no puede ser ya verdadero, ya falso?

—Sin duda, señor.

—¿Quién es más culpable, el que acusa falsamente á su prójimo ó el que dice lo malo que de él sabe?

—El primero.

—Ciertamente y mucho; aquel es un calumniador: el otro es un murmurador, un maldiciente: el calumniador, inventa, miente; el murmurador dice la verdad, pero dice lo que debiera callar por caridad á su prójimo. ¿Qué es lo que conduce á alguno á calumniar?

—El odio, señor.

—El odio, la envidia, la maldad; todos los senti-

mientos bajos y viles. ¿Qué conduce á hablar mal?

—La malevolencia.

—Bien, es una falta de caridad, porque no deben revelarse los defectos, las debilidades ó las faltas de los que uno ama. Es también vanidad porque se cree, y es un grave error, que rebajando á los otros se hace uno valer más; es también ligereza porque no se reflexiona en el mal que se puede hacer. La calumnia es una imputación odiosa, páfida, funesta; es un crimen contra la justicia: la murmuración es una divulgación nociva; es una falta grave contra la caridad. ¿Se calumnia á las gentes delante de ellas?

—No, señor, porque pueden desmentir ó vengarse.

—El calumniador habla detrás de las gentes, en su ausencia y sin saberlo su víctima. ¿Es eso franqueza?

—No, señor, hipocresía.

—¿Muestra valor?

—No, señor, cobardía.

—Así es que el calumniador es á la vez malvado, hipócrita y cobarde. Me direis tal vez que el hombre calumniado debe defenderse y probar su inocencia. Debe sin duda; pero ¿puede siempre? ¿No somos desgraciadamente inclinados á creer el mal que se nos dice de otros?

—Es verdad, señor.

—Creemos difícilmente lo bueno y fácilmente lo malo: "Si se me acusa de haber robado las to-

rres de Nuestra Señora, empezaré por huir," decía un magistrado. . . . un magistrado, ¿oís bien? ¿Y creéis que una calumnia sea lenta en esparcirse?

—No, señor, va aprisa.

—No anda, corre, vuela de boca en boca; hoy más que nunca ¿por qué?

—Yo no sé, señor.

—Veamos: ¿No puede propagarse una calumnia por la pluma tan bien como por la palabra.

—Sí, señor; por los periódicos.

—Sin duda, no tarda en dar la vuelta por toda la prensa. Va pues como el vapor: más aprisa aún. Cuando por ejemplo en el momento de una elección se quiere perder á uno de los concurrentes, ¿no se puede lanzar una calumnia por el telégrafo?

—Sí, señor.

—Veis que la calumnia puede ir ahora más aprisa que el vapor; va como la electricidad, como el rayo. ¿Y creéis que sea fácil para el hombre calumniado hacer llegar su defensa á todas partes donde la acusación haya llegado?

—No, señor.

—No: lo que un periódico dice, otro ó todos lo repiten, y la calumnia así repercutida, de eco en eco va al fin del mundo. ¿Cómo podrá responder el calumniado á todas estas voces? Con toda su fortuna y todo su tiempo no llegará al fin. Por otra parte aún donde su respuesta llega, encuentra los espíritus mal prevenidos; no encuentra con frecuencia más que incredulidad. "Calumniad, dice un prover-

bio, y quedará siempre de la calumnia alguna cosa." La víctima no llegará á quitarse esa mancha y á recobrar su reputación. Ahora, si en lugar de estar escrita é impresa la calumnia, se esparce por la palabra, en las conversaciones, ¿será más fácil confundirlas?

—No, señor.

—Menos aún. ¿Cómo quereis que se extinga, que se detenga el ruido que circula, que corre, y cuyo autor se ignora?

—Es imposible, señor.

—Veis qué odiosa y perniciosa es la calumnia; sea oral ó escrita, hace un mal casi irreparable: es verdaderamente un homicidio moral. La maledicencia si no es tan criminal, es culpable. Primero mancha á aquel cuyas faltas se divulgan, después lo hace perder la estimación general. ¿Pero no mancha también al maldiciente mismo? ¿Lo hace mejor?

—No, señor, al contrario.

—¿El que dice el mal, no está tentado á decir más de lo que oye?

—Es verdad, sí, señor.

—La maledicencia lleva como por inclinación natural á la calumnia. No es eso todo. ¿Aquellos que escuchan la maledicencia no le toman gusto?

—Sí, lo vemos con frecuencia.

—¿No sienten deseo de repetir lo que han oído?

—Sí, señor.

—La maledicencia es pues triplemente nociva; lo es primero para aquel de quien se murmura, pa-

ra el maldiciente mismo, y en fin, para el que lo escucha. Velad pues sobre vuestra lengua: cuando se hable del prójimo que falta, seguid el sabio consejo de voltearla siete veces en la boca antes de hablar. Verdad ó mentira guardaos de decir el mal de los demás; pero no es eso bastante; guardaos de repetir el mal que habeis oído decir.

Resumen de la lección.

—Hay dos medios de perjudicar la reputación de otro; la *calumnia* y la *maledicencia*. El calumniador dice lo que es falso, inventa, miente; el maldiciente dice lo que es verdad; pero lo que debería callar por caridad á su prójimo. La calumnia es una imputación falsa; la maledicencia es una divulgación nociva.

—El calumniador es arrastrado por el odio, por la envidia, por la maldad; sentimientos bajos y odiosos; no habla delante de las personas, sino cuando están ausentes; es hipócrita y cobarde. El maldiciente murmura por malevolencia, porque si amase á su prójimo no revelaría ni sus faltas ni sus defectos; murmura también por vanidad, creyendo elevarse él mismo al rebajar á los otros; también puede murmurar por ligereza no pensando en el mal que pueda ocasionar. El primero comete un crimen; el segundo una falta grave.

—La calumnia puede esparcirse, sea por la palabra en las conversaciones, sea por la prensa, los libros

y sobre todo los periódicos. En estos dos casos es casi imposible para el calumniado limpiarse de las imputaciones de que es objeto. Si la calumnia es oral, ¿cómo extinguir y detener el murmullo que corre y cuyo autor se ignora? Si es escrita é impresa, ¿cómo hacer ir la defensa á todas partes donde la acusación ha llegado? Hoy en día sobre todo, la calumnia se propaga con una rapidez terrible. En pocas horas el vapor la lleva á todos los rincones del país; en pocos minutos la electricidad la envía al fin del mundo; la calumnia va como el rayo y causa un mal irreparable.

—La maledicencia no es criminal; es sin embargo culpable; oscurece primero á aquel cuyas faltas divulga, en seguida al maldiciente mismo, porque aumenta la falta y va insensiblemente á la calumnia; porque cuando se dice lo malo de otro se está naturalmente inclinado á llevarlo más allá de la verdad; se exagera primero y se acaba por inventar. En fin, la maledicencia es mala aún para los que escuchan, porque se ven tentados á repetir lo que han oído. Es pues triplemente maléfica.

—Detened pues la lengua; cuando se habla de la reputación de otro es sobre todo cuando debeis seguir el sabio consejo de voltear la lengua en la boca siete veces antes de hablar.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. La lengua es lo mejor ó lo peor del mundo; todo depende del uso que de ella se haga (Esopo).
2. Mala lengua, mal corazón.
3. La calumnia es un robo, puesto que nos quita los bienes más preciosos entre todos; la estimación, la confianza y el afecto de nuestros semejantes.
4. La calumnia es cobarde y pérfida; hiere por detrás.
5. El que presta oído al maldiciente, no tardará también en murmurar.

DIÁLOGO 15º

Deberes de caridad, bondad y fraternidad.

SUMARIO.—*De la justicia comparada con la caridad. — Lo que sería la sociedad sin la caridad. — De la divisa republicana. — De los deberes de caridad. — Actos de abnegación. — Emancipación de los esclavos y de siervos. — Protección de las personas y de los bienes. — Deberes que tenemos para con los pobres, los lisiados y los desgraciados. — De la verdadera caridad.*

—¿No tienen todos los hombres el derecho de vivir, de ser libres y de poseer lo que les pertenece?

—Sí, señor.

—¿Cómo llamais el respeto de estos derechos fundamentales?

—Justicia.

—Y bien: ¿La justicia no es un deber?

—Sí, señor.

—¿No es el primero de los deberes?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Ya lo hemos visto: porque, sin la justicia, es decir, sin el respeto de la vida, de la libertad y del bien de otro no habría sociedad posible.

—La justicia es pues el deber social por excelencia; pero ¿es este nuestro solo deber?

—No, señor; yo creo que no.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. La lengua es lo mejor ó lo peor del mundo; todo depende del uso que de ella se haga (Esopo).
2. Mala lengua, mal corazón.
3. La calumnia es un robo, puesto que nos quita los bienes más preciosos entre todos; la estimación, la confianza y el afecto de nuestros semejantes.
4. La calumnia es cobarde y pérfida; hiere por detrás.
5. El que presta oído al maldiciente, no tardará también en murmurar.

DIÁLOGO 15º

Deberes de caridad, bondad y fraternidad.

SUMARIO.—De la justicia comparada con la caridad.—Lo que sería la sociedad sin la caridad.—De la divisa republicana.—De los deberes de caridad.—Actos de abnegación.—Emancipación de los esclavos y de siervos.—Protección de las personas y de los bienes.—Deberes que tenemos para con los pobres, los lisiados y los desgraciados.—De la verdadera caridad.

—¿No tienen todos los hombres el derecho de vivir, de ser libres y de poseer lo que les pertenece?

—Sí, señor.

—¿Cómo llamais el respeto de estos derechos fundamentales?

—Justicia.

—Y bien: ¿La justicia no es un deber?

—Sí, señor.

—¿No es el primero de los deberes?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Ya lo hemos visto: porque, sin la justicia, es decir, sin el respeto de la vida, de la libertad y del bien de otro no habría sociedad posible.

—La justicia es pues el deber social por excelencia; pero ¿es este nuestro solo deber?

—No, señor; yo creo que no.

—Teneis razón; abstenerse de hacer mal á otro, es alguna cosa sin duda, pero es poco; no es bastante. ¿Y hay un gran mérito en no cometer un robo ó un asesinato.

—No, señor.

—Decir de un hombre que no es ni ladrón, ni asesino ¿es hacerle un gran elogio?

—¡Oh! no, señor, seguramente no.

—Si los hombres se limitaran á no hacerse ningún mal ¿serían muy útiles los unos á los otros? ¿te-
drían una gran ventaja de vivir en sociedad?

—No, señor.

—Permanecerían como extraños los unos á los otros; estarían reunidos pero no unidos. Es necesario pues entre ellos un lazo que los una, porque la justicia no les basta. ¿Los parientes se limitan á no hacerse ningún mal entre sí; á no matarse?

—¡Oh! no, señor: procuran ayudarse.

—¿Y por qué se ayudan?

—Porque se aman.

—El amor es pues un lazo que une á los miembros de una familia entre sí. ¿Pero todos los hombres no tienen el mismo origen? ¿No tienen todos una conciencia, una razón? ¿Su destino no es el mismo? ¿No se llaman semejantes, y por consecuencia no son miembros de una misma y grande familia, la humanidad?

—Sí, señor.

—¿Conoceis la divisa republicana?

—Sí, señor, está grabada en grandes letras sobre los edificios públicos.

—Se tiene razón de grabarla allí; pero no es solamente donde debe estar impresa, sino en nuestros corazones principalmente. ¿Y cuál es esta divisa?

—Libertad, igualdad, fraternidad.

—¿Qué significa esta palabra *fraternidad*?

—Que los hombres deben vivir fraternalmente.

—Es decir, amarse y tratarse como hermanos.

¿No es esto lo que dice también el Evangelio?

—Sí, señor; “Amaos los unos á los otros.”

—Dice más aún: “Amad á vuestro prójimo como á vos mismo.” ¿Cuando se ama á alguna persona debe uno contentarse con no hacerle mal?

—No, señor; se le debe hacer bien.

—La justicia nos dice también: “No hagais á otro lo que no querríais que se os hiciese;” y el amor (*la caridad*, porque es el sentido de esta palabra), el amor agrega: “Haced á los demás lo que querais que os hagan á vos mismo.” Hay pues deberes de *caridad* como los hay de justicia, y para conocer estos deberes no hay más que consultarse, que interrogarse á sí mismo, ó ponerse en el lugar de los demás.

¿Cuál es el mayor de los males que se puede hacer á alguna persona?

—Ya lo hemos visto, es quitarle la vida.

—¿Cuál es por consecuencia el mayor bien que se puede hacer á alguno?

—Salvarle la vida.

—Si estuviéseis en peligro de perder la vida ¿qué desearíais?

—Que viniesen en mi ayuda.

— Es pues un deber nuestro socorrer á los que están en peligro de perder la vida. Después de la vida, ¿cuál es el mayor de los bienes?

— El de la libertad.

— En efecto, la vida no es más que una cadena de sufrimientos para los que están en poder de otro.

¿Hay todavía esclavos en Francia?

— No, señor; ni los ha habido jamás.

— ¿Hay siervos aún?

— No, señor; los últimos han sido rescatados por la Revolución francesa.

— Y el servilismo abolido. ¿Y en otros países hay todavía esclavos?

— Sí, señor; en Africa sobre todo, donde se les trata como negros.

— ¿Qué las naciones civilizadas no combaten la trata de los negros?

— Sí, señor; la Francia y la Inglaterra sobre todo.

— La Bélgica también. En gran parte el estado libre del Congo se debe á estas naciones. Y no son solamente los Estados, sino los particulares, los obispos, como el cardenal Lavignerie, quienes trabajaron en destruir esta plaga.

Vosotros no tendreis probablemente la ocasión de cumplir con este deber; pero debeis estar de acuerdo con los que lo llenan y, si podeis, contribuir con vuestros dones y secundar sus esfuerzos. Si entre nosotros no se reduce ya á nuestros semejantes, ni á la esclavitud, ni al servilismo, desgraciadamente

no es raro ver á un hombre arrojarse sobre otro y maltratarlo sea por cólera, sea por alguna otra razón.

Si os llegase á suceder una cosa semejante, y no tuviéseis bastante fuerza para rechazar á vuestro agresor, ¿no querríais que vinieran en vuestro socorro?

— Sí, señor.

— Debeis pues, llegado el caso, esforzaros por sustraer á vuestros semejantes á las violencias de que sean objeto. Y si alguno tratara de despojarnos sea por la fuerza, sea por la astucia, de vuestros bienes, ¿no seríais feliz con que se os ayudara á protegerlos?

— Sin duda, señor.

— Debeis pues, en su caso, volver el mismo servicio á vuestros semejantes. El Estado vela, es verdad, sobre nuestras personas y nuestros bienes; hay agentes numerosos encargados de este cuidado. Pero estos agentes no pueden estar por todas partes, y no es en su presencia donde se cometen las violencias, los robos y los crímenes. El Estado tiene sobre todo por misión, perseguir á los culpables y entregarlos á la justicia; le es más fácil castigar los crímenes que prevenirlos. Es pues un deber para todos los hombres venir en ayuda de sus semejantes, cuando éstos saben ó ven que están amenazados en su persona ó en sus bienes. Este deber, ¿no es la naturaleza misma quien nos lo ha impuesto? ¿A la vista de un acto violento permanecemos indiferentes?

—No, señor.

—¿Podemos ver á un hombre en peligro, sin sentirnos impulsados á socorrerlo?

—No, señor.

—Eso es tan verdadero que no hay día en que hombres de corazón no se arrojen á las olas ó á las llamas para salvar á sus semejantes, Los que sin vacilar siguen el impulso de la naturaleza, estos son los mejores. A los que el temor hace vacilar deben triunfar de su egoísmo por el sentimiento del deber y hacer por los demás lo que quisieran que se hiciese por ellos mismos. Pero muy raras veces sucede que tengamos que exponer nuestra vida para salvar la de nuestros semejantes; mientras que sí tenemos continuamente ocasión de prestarles servicios necesarios, menos peligrosos.

Hay en el mundo muchos pobres y desgraciados; y todos tienen necesidad de socorros, de apoyo, de cuidados ó de consuelo. Los pobres tienen necesidad de limosnas; los huerfanos de apoyo; los enfermos, los lisiados, de cuidados; y todos los que sufren de consuelo. ¿Pensais que es necesario socorrer á los pobres de la misma manera, es decir, dándoles dinero, alimentos ó vestidos?

—Sí señor.

—Sin embargo, ¿entre los que están en la miseria, no hay algunos en estado de trabajar?

—Sí, señor.

—¿Cuál es la mejor manera de ayudarlos?

—Procurarles medios de trabajar.

—Perfectamente, todo hombre capaz debe tener como un honor ganarse cuando menos su vida: su deber lo exige, así como su dignidad, porque es una vergüenza estar por su falta á cargo de otro. Sin duda, si un hombre, útil todavía, sufre á causa del hambre, es necesario comenzar por darle con que reparar sus fuerzas; pero después de esto se debe procurarle trabajo. ¿A quiénes pues debemos hacerles caridad?

—A los que están imposibilitados de ganar su pan cotidiano.

—Eso es: á los pobres niños, que no pueden todavía ganarse su vida; á los pobres ancianos, que no lo pueden hacer ya; á todos los que las enfermedades, la debilidad, los accidentes han puesto en la imposibilidad de subvenir á sus necesidades propias. Cuando estamos en presencia de estos desgraciados, nos decimos: "yo mismo podré caer en la miseria; podría perder la salud, la vista, el uso de los brazos ó de las piernas.

Mi buena fortuna es la única hasta aquí que ha podido preservarme de estas desgracias.

¿Qué desearía yo, si estuviese en lugar de esos infortunados? Son hombres como yo, son mis hermanos; yo debo socorrerlos. Y vuestro corazón se enternecerá; y por poco que tengáis, hallareis el medio de auxiliarlos, y al darles, vuestra bondad os inspirará palabras de compasión que duplican el precio de la limosna; porque los desgraciados no tienen solamente necesidad de limosnas, tienen necesidad de

consuelos, y el más dulce de los consuelos, es un testimonio de piedad tierna y sincera. La verdadera caridad viene del corazón. Es cruel sufrir, es penoso pedir: así cuando podais, queridos niños, no debeis esperar á que los desgraciados os tiendan la mano; debeis economizarles este sufrimiento moral que acrece los otros, la humillación de pedir.

Resumen de la lección.

—La justicia, es decir, el respeto de la persona y de los bienes de otro, es el primero de nuestros deberes, porque sin la justicia no habría sociedad posible; pero es al mismo tiempo el menor de nuestros deberes, pues que no hay gran mérito en no ser ni asesino, ni ladrón, ni calumniador.

—Si los hombres se limitaran solo á no hacerse mal los unos á los otros, no tendrían gran ventaja el vivir en sociedad; estarían reunidos sin estar unidos. La justicia es un preservativo, pero no un vínculo. Es el amor (la caridad) lo que liga á los hombres entre sí, lo que los hace sociables y forma de ellos una verdadera *sociedad*.

La justicia dice: *No hagais ningún mal á vuestros semejantes*; la caridad agrega: *Hacedles bien*: haced con ellos lo que quisiérais que os hicieran á vos mismo. Hay pues deberes de caridad, como hay deberes de justicia.

—El mayor mal que se puede hacer á otro es quitarle la vida; el mayor bien es salvársela. Así los

que exponen su propia vida para arrebatár á sus semejantes de la muerte, estos son los mejores hombres. Después de la vida, lo que tenemos más precioso, es la libertad, la salud, la propiedad; así cuando nuestros semejantes están amenazados en su persona ó en sus bienes, debemos volar en su auxilio.

—He aquí grandes deberes que rara vez tenemos la ocasión de llenarlos; pero hay otros por el contrario cuya práctica es más frecuente y más fácil. No hay en efecto un solo día, que un pobre no venga á llamar á nuestra puerta, ó nos tienda la mano en la calle. A los que están aptos para el trabajo, se les debe proporcionar aunque sea con esfuerzos; á los que no puedan trabajar porque sean viejos ó lisiados, ó que no puedan trabajar aún porque sean demasiado jóvenes, es preciso auxiliarlos por los medios posibles. Por poco que se tenga, se puede siempre dar alguna cosa.

—Cuando estos desgraciados vengan, á nosotros, debemos socorrerlos; y más aún; cuando permanezcan distantes, debemos ir á ellos. Hay infortunados orgullosos y discretos; infortunados ocultos; tratemos de conocerlos, porque no son menos dignos de nuestra compasión.

—Es un deber nuestro el darles; el que da hace una buena obra; pero hay una manera de dar que duplica el precio de la menor limosna. Los desgraciados tienen necesidad de consuelos tanto como de socorros.

—Cuando se muestra uno conmovido con sus

desgracias, cuando se interesa por su suerte, cuando se les habla con bondad, se endulzan sus sufrimientos. Algunas palabras venidas del corazón son como un baño sobre sus heridas. Nosotros también, no lo olvidemos, podemos caer en la desgracia. "Amarás á tu prójimo como á tí mismo," dice el Evangelio. Los desgraciados son nuestros semejantes, son nuestros hermanos. De las tres palabras de la gran divisa republicana, libertad, igualdad, fraternidad, la última es la más bella. Ella sola contiene las otras dos; porque el que trata á su prójimo como hermano lo trata como su igual, y se muestra verdaderamente digno de la libertad.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Haced á otro lo que queráis que os hagan.
2. Amaos los unos á los otros.
3. Amad á vuestro prójimo como á vos mismo.
4. Sin la bondad, la sociedad no sería más que una reunión sin unión.
5. La divisa republicana está grabada sobre la fachada de los edificios públicos, pero es sobre todo en nuestros corazones donde es necesario grabarla profundamente.
6. Sin la fraternidad, la igualdad no es más que una vana palabra.

7. No hacer mal, es poco; hacer bien es todo.
8. La verdadera caridad va más lejos que la justicia.
9. Dar, es bueno; dar consolando es mejor.

DIALOGO 16º

Deberes de los camaradas entre sí.

—Julio ¿en el colegio todos los niños son de la misma edad?

—No, señor; los hay de toda edad, de seis á doce ó trece años.

—Ultimamente, en la calle, yo vi caer un muchacho grande, que podía bien tener trece años; cayendo él se hizo tanto mal que no pudo ya moverse. Entonces otro muchacho, mucho más pequeño, que le había visto caer, se puso á correr á toda prisa, y con todas sus fuerzas, y le ayudó á levantarse; ¿qué pensáis de este niño?

—Que tiene buen corazón.

—Pero si hubiese sucedido lo contrario, si el pequeño hubiese caído, y si el grande no lo hubiera levantado ¿qué habíais dicho?

—Que el grande se conducía mal.

—Sin duda; porque si llegado el caso, aún los

desgracias, cuando se interesa por su suerte, cuando se les habla con bondad, se endulzan sus sufrimientos. Algunas palabras venidas del corazón son como un baño sobre sus heridas. Nosotros también, no lo olvidemos, podemos caer en la desgracia. "Amarás á tu prójimo como á tí mismo," dice el Evangelio. Los desgraciados son nuestros semejantes, son nuestros hermanos. De las tres palabras de la gran divisa republicana, libertad, igualdad, fraternidad, la última es la más bella. Ella sola contiene las otras dos; porque el que trata á su prójimo como hermano lo trata como su igual, y se muestra verdaderamente digno de la libertad.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Haced á otro lo que queráis que os hagan.
2. Amaos los unos á los otros.
3. Amad á vuestro prójimo como á vos mismo.
4. Sin la bondad, la sociedad no sería más que una reunión sin unión.
5. La divisa republicana está grabada sobre la fachada de los edificios públicos, pero es sobre todo en nuestros corazones donde es necesario grabarla profundamente.
6. Sin la fraternidad, la igualdad no es más que una vana palabra.

7. No hacer mal, es poco; hacer bien es todo.
8. La verdadera caridad va más lejos que la justicia.
9. Dar, es bueno; dar consolando es mejor.

DIALOGO 16º

Deberes de los camaradas entre sí.

—Julio ¿en el colegio todos los niños son de la misma edad?

—No, señor; los hay de toda edad, de seis á doce ó trece años.

—Ultimamente, en la calle, yo vi caer un muchacho grande, que podía bien tener trece años; cayendo él se hizo tanto mal que no pudo ya moverse. Entonces otro muchacho, mucho más pequeño, que le había visto caer, se puso á correr á toda prisa, y con todas sus fuerzas, y le ayudó á levantarse; ¿qué pensáis de este niño?

—Que tiene buen corazón.

—Pero si hubiese sucedido lo contrario, si el pequeño hubiese caído, y si el grande no lo hubiera levantado ¿qué habíais dicho?

—Que el grande se conducía mal.

—Sin duda; porque si llegado el caso, aún los

más jóvenes deben venir en auxilio de los más grandes, con mucha más razón los más grandes deben socorrer á los más jóvenes. "Es necesario ayudarse, entre sí;" es la ley de la naturaleza, puesto que la naturaleza nos conduce; es también la ley moral, porque la conciencia nos lo ordena. Pero si todos, pequeños, como grandes, debemos ayudarnos entre sí, es sobre todo á los que pueden hacerlo mejor, porque son más grandes y más fuertes, á quienes toca ayudar, proteger y defender á los más pequeños y los más débiles. Es su deber estricto y debe ser para ellos un placer. Se dice con frecuencia: Nobleza obliga; es un proverbio; y se dice también con verdad: La fuerza obliga. Toda superioridad obliga, y si nosotros tenemos una ventaja debemos tener á felicidad el hacerla aprovechar á los otros. Decidme, ¿todos los hombres son iguales?

—Sí, señor, ante la ley.

—Delante de la ley y ante Dios. Pero si son civilmente y humanamente iguales, ¿lo son bajo otro punto de vista? ¿tienen todos la misma salud, la misma fuerza, la misma fortuna, la misma inteligencia?

—No, señor.

—Y bien, hay niños como hombres; los unos poseen ciertas ventajas que faltan á los otros, ó que los otros no tienen en el mismo grado. ¿Los que han sido favorecidos por la suerte deberán humillar á los otros y hacerles sentir su inferioridad?

—Oh! no señor.

—¿Si hay entre vosotros niños menos bien dotados con relación á la fortuna; es esa su culpa?

—No, señor.

—Sería, pues, injusto hacerles expiar su pobreza; es ya demasiado que tengan que sufrirla.

Y, si los hay que sean raquíticos, enfermizos ó que, de nacimiento ó por accidente, sean sordos ó ciegos, ó tuertos ó mudos, ó cojos ó jorobados ¿es culpa suya? ¿no son ya bastante desgraciados?

—Oh! sí, señor.

—Sería, pues, no solamente injusto sino cruel el herirlos con alusiones mal intencionadas ó con burlas. Es necesario tratarlos como quisiéramos ser tratados si tal desgracia nos llegara á suceder. Entre vosotros también, hijos míos, hay unos que tienen espíritu menos abierto que sus camaradas, la memoria más lenta, que tienen gran trabajo para comprender y aprender; ¿es culpa suya?

—No, señor.

—No; porque menos bien dotados que los otros, trabajan, con frecuencia más que ellos; se dan más pena y obtienen menos éxito, bien que tengan algunas veces más mérito. Sería, pues, injusto y duro á la vez hacerles sentir su inferioridad. Puesto que no podemos ser iguales ni por la fortuna, ni por el cuerpo, ni por el espíritu, y que sin embargo somos todos de la misma familia, es necesario hacer de suerte que los menos bien dotados sufran lo menos posible esta desigualdad de los bienes y de las ventajas. La ley puede dar la igualdad civil y política, pero no puede suprimir las otras desigualdades; sólo, ¿entendeis? sólo la bondad las puede atea-

nuar ó endulzar; sed pues buenos los unos para los otros; es el primer deber de los niños como de los hombres. — No teneis ni podeis tener la misma salud, ni la misma fortuna, ni las mismas aptitudes, ¿teneis al menos el mismo carácter?

—No, señor.

—No, de ningún modo. Yo no quiero directa ni indirectamente designar ninguno entre vosotros; pero sabeis bien que en vuestro modo de andar, vuestros estudios, vuestros juegos, vuestra relación con vuestros padres, vuestros maestros y vuestros camaradas se muestran en vosotros cualidades ó defectos diferentes; limpieza ó desaseo, orden ó negligencia, atención ó ligereza, trabajo ó pereza, docilidad ó indocilidad, gusto ó disgusto, política ó impolítica, valor ó cobardía, franqueza ó disimulo, buen ó mal humor; todas estas cualidades y todos estos defectos, y otros muchos, están desigualmente repartidos entre vosotros. Felizmente los que tienen defectos pueden corregirse, y las cualidades que les faltan las pueden adquirir. Suponiendo que uno de vuestros camaradas os choque ú os fastidie por sus defectos, ¿qué debeis hacer? ¿Reprochárselos?

—No, sino soportárselos.

—Vosotros debeis pensar que vosotros mismos no careceis de defectos y que si vuestro camarada os desagrada por los suyos, vos le desagradareis por los vuestros. Este pensamiento os hará ser indulgente para él, y vuestra indulgencia os merecerá la suya de la que teneis necesidad. ¿Los más severos para los otros son los más irreprochables?

—No, señor, no siempre.

—Al contrario, los mejores son los más sufridos y la indulgencia es una cualidad que se encuentra unida á la verdadera bondad, como la modestia al verdadero mérito. Sed pues indulgentes los unos para los otros, porque sin indulgencia mutua, la sociedad no es más que un cambio de críticas y de reproches, una sucesión de disputas y algunas veces de querellas. En el colegio vivís en conjunto; todo os es común, juegos y trabajos; para que vuestros juegos sean agradables, no seais mal encarados, ni burlistas, ni contradictores, ni pendencieros, ni rencorosos; nada de palabras groseras que manchen los labios de la infancia; nada de sobrenombres injuriosos que hieren el amor propio y que agrian el carácter; nada de fraudes sobre todo; es necesario ser honrados y legales en todas vuestras diversiones como en vuestros estudios. ¿No se ha dado el caso algunas veces de que un alumno se permita copiar el tema de su camarada ó de ayudarse con un libro en las composiciones?

—Sí, señor.

—Este tema tiene la firma del que lo copió, ¿es eso bueno?

—No, señor; puesto que este tema no es de él.

—Su firma, es pues, una mentira por escrito. La copia firmada la remite al maestro como si fuese la suya, ¿está bien hecho esto?

—No, señor; puesto que engaña al maestro.

—O trata de engañarlo. Y si con ayuda de este

tema arrebatado ó copiado obtiene elogios, una recompensa ó un buen lugar, ¿qué direis de él?

—Que no los ha merecido.

—Decid, pues, que los ha robado; porque es un robo verdadero de esos elogios, de esa recompensa, á que tiene derecho el autor del tema. Este lugar es usurpado, pertenece á otro, se lo ha arrebatado, se ha apropiado del bien de otro. Estas especies de faltas los colegiales están inclinados á excusarlas; en lo cual cometen un gran error, porque hay mentira, engaño, y perjuicio. El niño que comete una falta de este género falta á la vez á la lealtad y delicadeza, y si la vuelve á cometer pierde sus derechos á la estimación y á la confianza. Lo que es nuestro es nuestro; lo que es de otro es de otro. Por insignificante que sea el tema de un escolar, es de él, como el cuadro y la estatua, del pintor ó escultor que los han hecho. Sed pues honrados hasta el escrúpulo, y que sea para vosotros punto de honor que nada se os atribuya de lo que es de otro ni intelectual ó materialmente. Niños, si luchais entre vosotros concurrís juntos; estas luchas escolares, estas composiciones, estos concursos, son el preludio de lo que se os aguarda en la vida, que no es más que un largo y gran concurso. En las ciencias, en las artes, en el comercio, en la industria, en las profesiones, como en los oficios mismos; cada uno busca el modo de hacerse elogiar mejor que los otros. Esta ambición no es vituperable; ella estimula las inteligencias y las voluntades; es la condición del pro-

greso. Pero es necesario que la lucha sea leal, y esto desde la escuela, porque la escuela es á la vez la imagen y el aprendizaje de la vida; es necesario también que sea noble, es decir animada menos por el deseo de sobrepujar á los otros, que por la voluntad de sobrepujarse á sí mismo y hacerse más útil á sus semejantes. He ahí la verdadera, la buena emulación, exenta de amargura y de envidia. Si la emulación intelectual es buena, la emulación moral es preferible: si no depende de vosotros igualar á los más inteligentes, podeis igualar á los mejores, y eso es lo esencial. Desgraciadamente, no es siempre sobre ellos sobre los que tomáis el modelo. Estais inclinados á la imitación; desconfiad de ella; y juzgad antes de imitar. Los malos buscan á quien arrastrar á la maldad: resistidles. Si censuran vuestros escrúpulos, como tienen costumbre, desdeñad sus burlas, y no vayais, por un necio respeto humano, á obrar contra vuestra conciencia. Siguiendo á los que hacen mal, se les enardece á hacer mal. Tened el valor de vuestra opinión; censuradlos, disuadidlos; pero el mejor servicio que podais hacerles es no imitarlos; los actos valen más que las palabras y el ejemplo es la mejor de las lecciones. En cuanto á señalarles sus faltas, denunciarlos; guardaos bien de hacerlo; es un feo papel y un mal medio. No se corrige á un compañero haciéndolo castigar; se atrae uno su odio y se arriesga el endurecerlo. Limitaos pues á dar buen ejemplo, evitad los malos sujetos; no los tomeis por amigos; conoceis el proverbio; cada oveja con su pareja.

Resumen de la lección.

—Es necesario ayudarse entre sí; es la ley de la naturaleza: todos los niños deben pues ayudarse los unos á los otros, pero sobre todo á los más grandes y á los más fuertes es á quienes toca defender á los más pequeños y á los más débiles.

—No sois ni podeis ser todos iguales, ni por la fortuna, ni por el cuerpo, ni por el espíritu; pero si hay entre vosotros algunos más pobres, de menor calidad, menos felizmente dotados que los otros, enfermizos, deformes, no es su culpa; son dignos de lástima y sería injusto y cruel hacerles sentir su inferioridad y su desgracia. Sed pues, buenos los unos para con los otros; sólo la bondad puede atenuar y dulcificar las desigualdades naturales.

—Os diferenciáis también por el carácter; cada uno tiene sus defectos. Soportad, pues los de vuestros camaradas para que ellos soporten los vuestros; sin indulgencia mutua no se puede vivir feliz en sociedad.

—En vuestros juegos no seáis ni mal encarados, ni pendencieros, ni rencorosos; nada de palabras groseras, nada de giros injuriosos; sobre todo nada de trampas; es necesario ser legal en todo, en vuestras diversiones como en vuestros estudios. Copiar el tema de un camarada, ayudarse con un libro para las composiciones, es faltar á la legalidad y delicadeza; sed honrados hasta el escrúpulo.

—La verdadera emulación consiste, más que en sobrepujar á los otros, en sobrepujarse á si mismo. Es en la conducta, más aún que en los estudios, necesaria la emulación; si no podeis igualar á los más inteligentes depende de vosotros igualar á los mejores.

—Vosotros estais inclinados á la imitación; y antes de hacer lo que los demás, preguntad primero si ellos hacen bien. Sólo el buen ejemplo es necesario seguirlo, y sólo buen ejemplo es necesario dar. Si alguno de vosotros comete alguna falta, una acción deshonesta, amonestadlo, pero no lo denunciéis; hacer castigar á un camarada es un vil papel y un mal medio; os querrá mal y no se corregirá. Conducíos bien, huid de su compañía; es la mejor lección que podeis darle.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Desiguales en todo, depende de nosotros ser iguales en virtud.
2. Superioridad obliga.
3. Sin indulgencia mutua no hay sociedad.
4. Severidad bien ordenada, comienza por uno mismo.
5. El buen ejemplo es la mejor de las lecciones.
6. Copiar, es plagiar.

7. Una buena conducta, vale más que un buen lugar.

8. Conducirnos bien, es un deber para con nosotros mismos y con los demás.

DIALOGO 17º

DEBERES PARA CON LOS CRIADOS.

—Juan, ¿tienes criados en tu casa?

—Sí, señor: tenemos uno que se llama Pedro.

—¿Qué edad tiene, poco más ó menos?

—Yo creo que tiene cerca de diez y siete años.

—¿Es de nuestra aldea?

—No, señor; es de una aldea vecina.

—¿Por qué, pues, se ha puesto á servir?

—Porque su madre es viuda y sin fortuna.

—¿Entonces, para alimentar á su madre se ha hecho criado?

—Sí, señor.

—Está muy bien hecho: eso es digno de un buen hijo; merece toda vuestra estimación ese bravo muchacho. ¿No habríais hecho como él, si hubiese sido preciso, en favor de tus padres?

—Sí, señor.

—Es muy penoso abandonar así tan joven aún,

su país, su familia, sus amigos; es muy digno de compasión vuestro Pedro.

—Sí, señor; por eso todos los domingos en la tarde, se le da permiso para ir á ver á su madre.

—Reconozco en eso á tus buenos padres; estoy también muy seguro de que Pedro les tiene reconocimiento. ¿Y tú, Víctor, no tienes también un criado en tu casa?

—Sí, señor.

—Estoy casi seguro de haberlo visto; no es joven ¿no es verdad?

—No, señor; hace algún tiempo que está á nuestro servicio; debe tener sesenta años.

—Es duro estar aún en esa condición á tal edad: los trabajos de los campos son rudos para un anciano, y la dependencia debe ser muy penosa.

—¡Oh! señor, él no hace sino lo que puede hacer; mis padres no le mandan nada, por decirlo así; es casi de la familia.

—¿Por qué pues ha permanecido tanto tiempo en servicio?

—Mi padre me ha dicho que él era huérfano cuando entró á la casa. Como se le trataba con dulzura, se ligó á la familia, y no ha pensado ya en abandonarnos.

—He allí lo que hace su elogio y el de tus padres. Sería de desearse que por todas partes los criados fuesen tratados con la misma dulzura y bondad. Hay desgraciadamente amos que regañan á los criados y los disgustan en el servicio; en lo cual se

muestran á la vez imprudentes y censurables: imprudentes porque están mal servidos y no pueden conservar largo tiempo á sus criados; censurables porque abusan de su poder y desconocen sus deberes. Porque, en fin, los criados ¿no son hombres como los otros hombres? ¿no tienen un corazón, una conciencia, una razón? ¿No son, tanto ó más que otros, útiles á sus semejantes? Iguales á sus amos delante de Dios, ¿no se han hecho sus iguales de otra manera? ¿En nuestra ley hay alguna diferencia entre los amos y los criados?

—No, señor; todos los ciudadanos son iguales ante la ley.

—¿No tienen también sus derechos políticos?

—Sí, señor; son electores y elegibles.

—Ahora más que antes, los amos son inexcusables de tratar á sus criados con dureza y altivez. Las únicas diferencias que existen entre ellos son las diferencias de fortuna y algunas veces de educación. Pero si los criados son menos favorecidos por la fortuna, ¿es eso motivo para faltarles á la consideración debida?

—No, señor; al contrario.

—Bien; y, en cuanto á la educación y á la instrucción, sucede á veces que los criados tienen tanta y aún más que los amos, porque son los reveses de fortuna ú otras desgracias las que los reducen al servicio. ¿Creeis que es muy agradable, cuando se tiene la edad de un hombre, renunciar á su libertad y reconocer en otro el derecho de mandarnos?

—Los niños sobre todo deben miramiento á los criados, porque éstos son más viejos que ellos y les prestan toda especie de servicios; evitarán pues con cuidado todo lo que pudiera herirlos en su amor propio y hacerles la vida más penosa.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Los buenos amos hacen á los buenos criados.
2. Buen criado vale más que mal amo.
3. Mandar es propio del amo; el niño no debe sino pedir.

TOLERANCIA.

RESPECTO A LAS CREENCIAS DE LOS DEMAS.

SUMARIO.—*De las diversas formas de la intolerancia: burla, contradicción, violencia, intimidación, vejaciones, persecuciones. — La dificultad de entenderse aun sobre las cosas más importantes hace de la tolerancia una necesidad. — La libertad de pensar, hablar y escribir está inscrita en nuestras leyes; pero la tolerancia está muy lejos de haber entrado por completo en nuestras costumbres. — Cual es el único medio legítimo que deba emplearse para obrar sobre el espíritu.*

—Pedro, ¿sois siempre del parecer de los demás?

—No, señor; no siempre.

—Teneis vuestra manera particular de ver; vuestra opinión propia y os ateneis á ella ¿no es verdad?

—Sí, señor; generalmente.

—Acaso los demás no se adhieren también á la suya?

—¡Oh!, sí señor, se agregan á ella, á veces, con necesidad.

—¿Por qué pues, vos y los demás y todos nosotros, nos adherimos tanto á nuestra opinión?

—Es porque la creemos buena.

—No solo la creemos buena, sino que la creemos

la mejor. ¿Y de dónde viene esa alta idea que tenemos de nuestra opinión?

—Tal vez sea porque es nuestra.

—Y porque en cuanto al juicio y á la razón no queremos creernos inferiores á nadie en el mundo, ¿no es verdad?

—Sí, señor; es cierto.

—En el fondo es una cuestión de amor propio y de igualdad. Hacemos mal seguramente en creernos iguales en juicio á todos los demás hombres; pero al menos no olvidemos que cada uno piensa de sí lo que nosotros pensamos de nosotros mismos, y las consideraciones que exigimos de los otros, guardémoslas bien de rehusárselas porque sería faltar á la justicia. Cuando expresais un parecer ¿os agrada que los demás se burlen de él, ó se encojan de hombros?

—No, señor; seguramente no.

—Esas muestras de desprecio os hieren en el sentimiento de vuestra dignidad. Y bien, no hagais á los demás lo que no quereis que os hagan á vosotros; cuando ellos hablen no tomeis airecillos de altivez ó de desdén. ¿No hay gentes que tienen la manía de contradecir á los demás?

—Sí señor.

—Al punto que oyen emitir una opinión, se aprestan á sostener la contraria, encuentran tanto encanto en contradecir á los otros que para procurarse ese placer no temen ponerse en contradicción con ellos mismos, y si os decidís á abandonar vues-

TOLERANCIA.

RESPECTO A LAS CREENCIAS DE LOS DEMAS.

SUMARIO.—*De las diversas formas de la intolerancia: burla, contradicción, violencia, intimidación, vejaciones, persecuciones. — La dificultad de entenderse aun sobre las cosas más importantes hace de la tolerancia una necesidad. — La libertad de pensar, hablar y escribir está inscrita en nuestras leyes; pero la tolerancia está muy lejos de haber entrado por completo en nuestras costumbres. — Cual es el único medio legítimo que deba emplearse para obrar sobre el espíritu.*

—Pedro, ¿sois siempre del parecer de los demás?

—No, señor; no siempre.

—Teneis vuestra manera particular de ver; vuestra opinión propia y os ateneis á ella ¿no es verdad?

—Sí, señor; generalmente.

—Acaso los demás no se adhieren también á la suya?

—¡Oh!, sí señor, se agregan á ella, á veces, con necesidad.

—¿Por qué pues, vos y los demás y todos nosotros, nos adherimos tanto á nuestra opinión?

—Es porque la creemos buena.

—No solo la creemos buena, sino que la creemos

la mejor. ¿Y de dónde viene esa alta idea que tenemos de nuestra opinión?

—Tal vez sea porque es nuestra.

—Y porque en cuanto al juicio y á la razón no queremos creernos inferiores á nadie en el mundo, ¿no es verdad?

—Sí, señor; es cierto.

—En el fondo es una cuestión de amor propio y de igualdad. Hacemos mal seguramente en creernos iguales en juicio á todos los demás hombres; pero al menos no olvidemos que cada uno piensa de sí lo que nosotros pensamos de nosotros mismos, y las consideraciones que exigimos de los otros, guardémoslas bien de rehusárselas porque sería faltar á la justicia. Cuando expresais un parecer ¿os agrada que los demás se burlen de él, ó se encojan de hombros?

—No, señor; seguramente no.

—Esas muestras de desprecio os hieren en el sentimiento de vuestra dignidad. Y bien, no hagais á los demás lo que no quereis que os hagan á vosotros; cuando ellos hablen no tomeis airecillos de altivez ó de desdén. ¿No hay gentes que tienen la manía de contradecir á los demás?

—Sí señor.

—Al punto que oyen emitir una opinión, se aprestan á sostener la contraria, encuentran tanto encanto en contradecir á los otros que para procurarse ese placer no temen ponerse en contradicción con ellos mismos, y si os decidís á abandonar vues-

tra opinión ellos abandonan al punto la suya para no estar de acuerdo con vosotros. ¿Muestra eso un buen carácter?

—No, señor; esas gentes hacen perder la paciencia.

—Son las plagas de la conversación. Lo mejor no es responderles sino evitarlos. Otros sin tener la rabia de la contradicción, hieren sin embargo á sus interlocutores por la sequedad ó la rudeza de sus respuestas. “No es cierto,” dicen; “os equivocáis completamente;” ó bien “Soy de un parecer diametralmente opuesto.” Se diría que se complacen en desagradar, en lastimar y humillar. Decidme, Pedro, ¿no es agradable encontrarse de acuerdo con los demás?

—Ciertamente, señor.

—Y si sucede que se encuentre uno á veces en desacuerdo, habrá motivo para regocijarse de ello?

—No, señor; al contrario.

—¿No se puede en ese caso, hacer comprender que se lamenta ese desacuerdo y que se desearía verlo cesar?

—Eso vale más, sin duda.

—Entonces en lugar de arrojar al rostro de las gentes: “Eso no es cierto;” “No hemos nacido para entendernos” y otras amenidades de ese género, ¿no sería más cortés suavizar las formas de la contradicción y decir por ejemplo: “Veo con pena, que no estamos de acuerdo sobre ese punto, pero creo que acabaremos por entendernos? Después de todo, ¿lo

que debemos procurar ¿no es atraer á los otros á la opinión que creemos verdadera?

—Sí, señor.

—Y el medio de lograrlo ¿será acaso picarlos, lastimarlos, herirlos?

—Al contrario.

—Así, la mofa, el desdén, la burla, el desprecio, la rudeza, la brutalidad, no solo son procedimientos descorteses en la conversación, sino procedimientos absurdos puesto que nos alejan del objeto al que debíamos tender y que es el acuerdo en sentimientos y pensamientos, entre nosotros y nuestros semejantes. ¿Cuál es el verdadero medio de atraer á los demás á nuestro parecer?

—Probarles que tenemos razón.

—Justamente; pero la burla, el desdén, no son pruebas; son ofensas. Cuando hemos probado ó creemos haber probado que nuestra opinión es la verdadera ¿qué debemos hacer si nuestro interlocutor insiste en guardar la suya? ¿debemos dejarnos arrebatar por el despecho, la impaciencia ó la cólera?

—No, señor, porque si la burla ó el desprecio no son pruebas, tampoco lo son el malhumor, la acritud y la violencia?

—Será preciso, como sucede con demasiada frecuencia, que la discusión se torne en querrela; llegar á las injurias, á las provocaciones, á los arrebatos?

—¡Oh! no, señor; los golpes tampoco son razones.

—Son pues razones lo que se necesita y nada

más que razones; porque en materia de opiniones, si el razonamiento no puede alcanzar nada, todos los otros medios lograrán menos todavía. ¿Por qué será eso? ¿Habeis reflexionado en ello?

—No mucho, señor.

—Y bien, busquemos juntos. Si alguno quisiera haceros reconocer que dos y dos hacen cinco, creéis que alcanzaría fácilmente su objeto?

—No, señor; no lo alcanzaría.

—Quiero creerlo; pero, ¿por qué no lo alcanzaría?

—Porque dos y dos no hacen cinco.

—En otros términos, porque eso no es cierto y vuestra razón se rehusa á admitir una falsedad. Pero si una persona que os sea querida os suplicara que creyeseis por amor á ella, que dos y dos hacen cinco ¿qué le responderíais?

—Que sería yo dichoso en serle agradable, pero que lo que me pide no depende de mí.

—Bien y si en lugar de emplear la súplica se recurriese á la autoridad; si se os ordenase creer que dos y dos hacen cinco, ¿obedeceríais?

—Respondería también que no depende de mí tener por *verdadero* lo que me parece *falso*.

—Así para hacernos cambiar de opinión, no se debe apelar á nuestra *voluntad* sino á nuestra *razón*, porque la razón es independiente de la voluntad. En otros términos, si se nos cree en el error bastará colocar la verdad al lado del error y la razón pasará por sí misma del uno á la otra. Pero acaso todos

los errores son tan evidentes como el que acabamos de señalar.

—No, señor.

—Seguramente que no. Si todas las verdades se parecieran á esta: $2 + 2 = 4$, ¿habría largas discusiones entre los hombres?

—No, señor; tal vez no habría ninguna.

—En efecto; á menos de haber perdido la razón, no se discute contra la evidencia. Por desgracia no todas las verdades tienen como los axiomas el carácter de evidencia ni aun son siempre rigurosamente demostrables como lo son las verdades matemáticas. En muchas cosas, que son sin embargo para nosotros de la primera importancia, nos cuesta trabajo el alcanzar la verdad; no hacemos sino aproximarnos á ella unos más otros menos: por eso nos es muy difícil entendernos y ponernos de acuerdo. ¿Qué hay por ejemplo, más importante para nosotros que vivimos en sociedad, que saber cuál es la mejor forma de gobierno? Y sin embargo, no solamente de un país á otro sino en el mismo país, ¿acaso todo el mundo se entiende en ese punto?

—No, señor.

—Sin estar aun mezclados en la política, lo que no es propio de vuestra edad, sabeis al menos por el estudio de la historia que en este siglo y en nuestra patria la forma de gobierno ha cambiado muchas veces y que si al fin la forma republicana ha acabado por dominar, quedan aún en Francia bastantes franceses que prefieren las formas que han desaparecido y aun las extrañan.

—Sí, señor; hay monarquistas, imperialistas, etc.

—Y bien, si entre nuestros compatriotas hay algunos que no comparten nuestras opiniones políticas, ¿deberemos quererlos mal por eso y tratarlos como extranjeros ó enemigos?

—No, señor; son franceses como nosotros.

—¿No tienen el derecho de profesar una opinión diferente de la nuestra?

—Sí, señor, seguramente.

—¿Estamos aun en los tiempos en que no se podía, sin ser tratado como rebelde y perseguido como tal, profesar una opinión contraria á la del jefe del Estado?

—No, señor; todo el mundo puede decir libremente lo que piensa.

—Y aun es propio del gobierno republicano el reconocer á cada ciudadano el derecho de pensar, hablar y escribir y garantizarle el ejercicio de estos derechos. Así cuando conversemos con hombres que no tienen nuestras convicciones políticas, ¿cuál es nuestro deber?

—Respetar su modo de pensar.

—Eso es. Podemos intentar demostrarles que se equivocan, pero eso es todo; persuadir, convencer, he ahí los únicos medios que se puedan y deban emplear para cambiar los espíritus.

Resumen de la lección.

—Cada uno de nosotros tiene su manera de pensar y se adhiere á ella porque la cree buena y en materia de juicio no se estima inferior á nadie. Seguramente que no todos los hombres son iguales en razón; pero pretenden serlo y quieren que en todo se respeten sus opiniones. Deben pues respetar las de los demás que tienen los mismos derechos que ellos y, por eso, la tolerancia debe ser mutua.

—Es faltar á las consideraciones debidas á los demás el mostrar desdén ó desprecio por sus opiniones ó hacer de ellas objeto de mofa ó de burla; es faltar á la tolerancia el no poder sufrir que se expresen opiniones contrarias á las nuestras ó tener placer en contradecir las de otros; es faltar á la simple urbanidad el dar mentís y decir seca y rudamente á alguno: "Eso no es cierto," ó "eso es falso," ú otra cosa por el estilo.

—Siendo nuestro objeto atraer á los demás á las opiniones que creemos verdaderas, debemos evitar cuidadosamente desagradarles, chocar con ellos, picarles su amor propio, humillarlos y con mayor razón herirlos profundamente. En cuanto á emplear amenazas, golpes, violencias, no solo es muy censurable sino que es trabajo perdido porque la razón no cede sino á la razón; se le puede ilustrar, pero no se le puede forzar. Así pues, cuando un hombre nos

parece estar en un error, el único medio de sacarlo de él es mostrarle la verdad.

—Es preciso habituarnos á la diversidad de opiniones porque, con excepción de las verdades evidentes y de las científicamente demostradas, en todos los otros asuntos aun los más importantes, los hombres no han logrado ponerse de acuerdo. Así por ejemplo en todo lo que toca al gobierno de las sociedades, es decir en política, los espíritus están divididos no solo de un país á otro sino en el seno del mismo pueblo.

—

Pensamientos, máximas y proverbios.

1. Nuestras opiniones casi constituyen nuestra personalidad; el que nos hiere en ellas nos hiere en nuestro amor propio y en nuestra dignidad.
2. La intolerancia es una de las formas de la injusticia. En efecto la justicia es el respeto de los derechos del hombre; pero la libertad de pensar es uno de esos derechos y por eso todo impedimento, todo obstáculo, toda traba que se oponga al ejercicio de ese derecho; es decir, todo acto de intolerancia, es un acto de injusticia.
3. Si queremos que se respeten nuestras opiniones comencemos por respetar las de los demás.
4. La tolerancia está inscrita en nuestras leyes, pero no ha entrado aun en nuestras costumbres.

5. Sin la tolerancia no puede haber paz, pues los hombres profesan opiniones diferentes y aun contrarias sobre casi todo lo que les interesa.

—

DIÁLOGO 19º

—

DE LA TOLERANCIA.

—No es solamente en las cosas de política en lo que los hombres están divididos; lo están en materias que para ellos tienen aún mayor importancia. ¿Hay algo en efecto, que nos sea más necesario que saber lo que debemos pensar de Dios, del hombre, del mundo, de su origen, de su naturaleza y de su destino, de la vida presente y la futura, y no es evidente que nuestra conducta depende de nuestras creencias religiosas ó filosóficas?

—Sí, señor; son estas creencias las que nos trazan una regla de conducta.

—Y bien, sin hablar de otras naciones, ¿qué os enseña la historia de Francia con relación á este asunto?

—Que los habitantes de la Francia no han tenido siempre, todos, las mismas creencias religiosas.

—Bien; unas eran las creencias de los Galos; otras las de los Romanos, otras las de los Francos.

Y cuando la Galia se convirtió al catolicismo, ¿todos los habitantes de nuestro país eran católicos?

—No, señor; había paganos.

—Y judíos. ¿Y más tarde no hubo herejes?

—Sí, señor; los albigenses.

—Y otros además. Después, ¿en el siglo XVI, no se vió formarse una nueva religión?

—Sí, señor; el protestantismo.

—¿Y, cómo vivían juntas estas religiones diferentes?

—Estaban en guerra continua.

—¿La religión dominante se contentaba con persuadir á las otras?

—No, señor; empleaban la fuerza.

—De allí las persecuciones, las guerras religiosas que desolaron nuestro país. En fin ¿no se ha llegado á comprender que no es por el fuego, ni por el hierro, ni por los suplicios, ni por los asesinatos, por lo que se llega á una creencia, y que lo mejor es dejar á cada uno libre de creer lo que le parezca verdadero?

—Sí, señor, esto comprendía Enrique IV.

—Y por el edicto de Nantes se estableció la tolerancia religiosa y se llegó á la paz. Desgraciadamente, ¿este edicto no fué revocado más tarde?

—Sí, señor; por Luis XIV, en 1685.

—¿Qué ordenó Luis XIV?

—Obligó á los protestantes á hacerse católicos ó dejar la Francia.

—¿Qué sucedió entonces?

—Que la mayor parte abandonaron su patria.

—¿Dónde se han ido?

—A Alemania.

—¿Y qué se han hecho?

—Nuestros enemigos.

—Sí, en 1890, invadieron su antigua patria y la tomaron á fuego y sangre.

—Esto es pues lo que se gana queriendo obligar las conciencias. ¿Y los que permanecieron en Francia después de la revocación del edicto de Nantes, se han hecho católicos?

—No, señor.

—Han permanecido protestantes de corazón y de alma.

Si algunos se han convertido, ¿es su conversión sincera?

—No, señor, pues que han cedido por el temor.

—Así, cuando se quiere violentar el espíritu, de dos cosas la una: ó se hacen víctimas, ó se hacen hipócritas. Ya lo veis, nos ha sido necesario mucho tiempo para llegar á comprender que la fuerza es impotente para persuadir al espíritu, que la libertad de pensamiento y de creencia es un derecho sagrado, y que el solo medio eficaz, lícito y posible de obligar á un hombre á cambiar de opinión, es demostrarle que está en el error. Ahora pues, el derecho de pensar forma parte de la declaración de los derechos del hombre, y el principio de la tolerancia está inscrito en nuestras leyes. Pero, esta tolerancia, tan preciosa, tan necesaria á la paz civil, ¿creéis que existe realmente?

—Yo no sé, señor.

—El Estado no persigue ya; pero, ¿creeis que los particulares no cometen con frecuencia actos de intolerancia política ó religiosa?

—Es posible, señor.

—Cuando un particular evita servirse de la casa de éste ó de aquel comerciante, dirigirse á tal ó cual médico, ó abogado, ó notario, porque sus opiniones son contrarias á las suyas, ¿no les hace un perjuicio? ¿No les hace expiar sus opiniones como faltas? ¿No es esta una falta de tolerancia?

—Sí, señor.

—Cuando, por ejemplo, un patrón da á entender que si sus obreros votan por éste ó aquel, los arrojará ¿respeto su libertad política? ¿No los impulsa á votar contra su conciencia?

—Sí, señor.

—Cuando, antes de interesarse por alguno, y ayudarlo, se comienza por informarse si es de éste ó de aquel partido; cuando se muestra indiferencia ó no se tiene compasión de los desgraciados que son de un partido contrario; ¿no se les impulsa á la hipocresía, no se les trata como culpables? mientras que ellos no hacen sino uso de un derecho que tenemos nosotros mismos y del que estamos haciendo uso.

—Sí, señor; sin duda.

—Así, sin recurrir á la fuerza, al tormento, á la violencia, como se hacía en otro tiempo, hay sin embargo muchas maneras de practicar la intolerancia;

son primero todas las formas de la contradicción desdeñosa, burlona, chancista, despreciable, ofensiva ó seca, ruda, desapacible, colérica, arrebatada, injuriosa; además todos los medios de fastidiar á alguno, de exponerlo á la pérdida de su dignidad, colocándolo en alternativas de renunciar á sus opiniones, ó de sufrir en sus intereses, perder su propia estimación ó perder la simpatía y el apoyo de que tiene necesidad.

Tolerancia

Resumen de la lección.

—Hoy aún en todo lo que se refiere á Dios y al universo, al origen del hombre y á su naturaleza, á su destino, á la vida presente y á la vida futura; es decir, en materia de religión y filosofía, las creencias y las convicciones están muy lejos de ser las mismas.

—En otro tiempo se perseguía, se desterraba á los que no participaban de las creencias reinantes; se ha acabado por comprender que la violencia y la fuerza no son sino medios tan impotentes como culpables, y que solo la persuasión y el razonamiento son eficaces y legítimos. Así el principio de la tolerancia ha sido reconocido, adoptado, y en 1789, en la declaración de los derechos del hombre, se ha inscrito el derecho de pensar libremente. Cada uno puede ahora tener, expresar, profesar y extender las opiniones que él crea verdaderas, y es un deber nuestro no hacer imposible, difícil ó penoso á nuestros

semejantes el ejercicio de su derecho, es decir, que debemos ser *tolerantes*.

—Si no se puede apelar á la fuerza para convertir á un hombre, se tiene muchas maneras aún de practicar la intolerancia: se puede primero, como lo hemos visto, mostrarse desdeñoso, altivo, despreciando sus opiniones; se le puede poner en ridículo, se puede gozar contradiciéndolo; pero lo que es más grave y que no es raro, es que se puede hacer expiar á un hombre sus convicciones políticas y religiosas, sea separándolo del trabajo, sea privándolo del ascenso al cual tiene derecho, sea rehusándole todo auxilio, sea rompiendo toda relación con él; en una palabra, se le puede colocar entre su conciencia y sus intereses, y se puede impulsarlo á obrar contra sí mismo. La intolerancia en las palabras es irritante; pero la intolerancia en acciones es odiosa.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. No podemos disputar á los demás el derecho de tener su opinión propia, pero les tenemos á veces mala voluntad porque no piensan como nosotros; nos ponemos de mal humor, les mostramos despecho, impaciencia, y aún rencor; algunos llegan hasta la venganza, persiguen con malevolencia á aquellos cuyas opiniones políticas ó religiosas les desagradan;

tratan de molestarlos en su reputación y en sus intereses. El humor intolerante es censurable; la intolerancia aborrecible y la venganza es odiosa.

2. El único medio eficaz y legítimo que podemos emplear con los que no son de nuestras opiniones es probarles que están en el error.

3. La contradicción irrita, la burla hiere, las amenazas sublevan, los malos procederes exasperan; en fin, la intolerancia en palabras y en acción no hace sino afirmar á los hombres en sus opiniones antiguas; solo la dulzura y la persuasión pueden cambiar los espíritus.

4. La razón no cede sino á la razón.

5. Para juzgar á los hombres, miremos su conducta más bien que sus opiniones; se puede uno equivocarse sobre el valor de una opinión, pero no se equivoca uno nunca sobre el valor de una acción.

DE LA PATRIA.

— Amigos míos, sois muy jóvenes aún, y no obstante, cuando se pronuncia ante vosotros la palabra *patria*, sentís latir vuestros corazones. ¿De qué depende, pues el poder de esta palabra mágica? ¿Qué es la patria? ¿Esta palabra no os recuerda otras que se le parezcan?

— Sí, señor; las palabras *paternal*, *patrimonio*.

— En efecto, la patria es la tierra paternal y el patrimonio común. Es en ella donde han vivido nuestros padres, los padres de nuestros padres, y los abuelos de sus abuelos; en ella también, desde hace siglos y siglos, han sufrido juntos, han trabajado para fecundizar el suelo, han combatido para extenderla y para defenderla; á sus trabajos, á sus sudores, á su sangre debemos este grande y bello patrimonio de que gozamos; de suerte que la palabra patria remonta nuestro espíritu hasta el pasado más lejano y nos hace abarcar en el pensamiento una larga sucesión de siglos que han pasado. Pero, ¿en qué consiste, pues, que el recuerdo de tantas generaciones de hombres nos es querido, que su historia nos interesa y nos conmueve? ¿Qué tienen de común con nosotros? ¿Qué lazo nos liga con ellos?

— Es que eran franceses, así como nosotros lo somos.

— Es decir que no solo habitaban el país que habitamos, sino que eran de la misma raza. Y ¿en qué se reconoce que los hombres son de la misma raza?

— En que se parecen entre sí.

— ¿Hay, pues, alguna semejanza entre los hombres de una misma raza, así como la hay entre los miembros de una misma familia?

— Sí, señor.

— Pero, ¿es solamente por las facciones, por la estatura, por el temperamento por lo que se parecen los hombres de la misma raza? En una palabra, ¿esta semejanza es puramente física?

— No, señor; se parecen también por el espíritu...

— Y por el carácter; es decir, que su semejanza es á la vez física, intelectual y moral. Y cosa extraordinaria, esta semejanza dura aun después de millares de años: y nosotros, franceses del siglo XIX, podemos reconocernos aun en el retrato que César ha trazado de los Galos nuestros antecesores: porque somos galos de raza, y Clodoveo es quien, habiendo sometido á casi toda la Galia, nos ha dado este nombre de francos, franceses, que después ha llegado á sernos tan caro por nuestras victorias y por nuestras glorias de toda especie.¹

Además del país y de la raza, ¿existe algún otro lazo común entre los hombres de una misma patria? ¿En qué reconocéis á un extranjero?

— En que no habla como nosotros.

1. El maestro encontrará este retrato en casi todas las historias de Francia; veremos, después, los principales rasgos del carácter francés.

—Y ¿en qué reconoceis á un francés?

—En que habla la lengua francesa.

—La lengua es, pues, una muestra de unión, un signo de alianza entre los habitantes de un mismo país; por este medio, se comprenden, se entienden, se conciertan; por la lengua también pueden pensar, sentir y obrar de común acuerdo. ¿Cómo le llamamos á esta lengua? Así como decimos la tierra paterna: decimos igualmente la lengua paterna?

—No, señor; la lengua *materna*.

—¿Por qué, pues? ¿no es también la de nuestros padres?

—Sí, señor; pero la madre es quien la enseña á sus hijos.

—Sí, la madre sobre todo; ella es la que al mismo tiempo que vela por su alimento, que le lleva en sus brazos, que lo abraza, que lo viste, que lo acuesta, que lo mece en su cuna, le habla, le habla sin cesar, y le da las primeras y más dulces lecciones. Pero ¿se sirve uno de una lengua nada más para hablar?

—No, señor; se sirve uno de ella también para escribir.

—Bien; y por la escritura podemos establecer una correspondencia á lo lejos, ya sea con nuestros padres, nuestros amigos, nuestros conocidos; gracias también á la escritura ayudada de la imprenta, nuestros antecesores han podido dejarnos sus pensamientos, sus invenciones, sus descubrimientos, y nosotros podremos dejar los nuestros, á nuestros pósteros.

Así se forma y se aumenta el tesoro de la literatura nacional, que no es la parte menos bella de nuestro patrimonio nacional. Todo nuestro pasado revive en esta larga sucesión de obras maestras, donde encontramos impresos en cada página los rasgos característicos del genio francés. Esa es la prueba evidente é indestructible de la profunda unidad de nuestra raza; sin embargo, hay todavía otros lazos que nos ligan los unos á los otros. ¿No habeis oído hablar de los druidas?

—Sí, señor; eran los sacerdotes de los galos.

—Los galos tenían, pues, creencias comunes sobre la divinidad, sobre el mundo, sobre el alma, sobre la vida presente y la futura; tenían la misma religión. Y más tarde, ¿no se han convertido á una religión mejor?

—Sí, señor; á la religión cristiana.

—Durante quince siglos el cristianismo ha sido como el alma de la Francia, y ha tenido estrechamente unidos los espíritus y los corazones. Hoy todavía es un lazo poderoso de la sociedad francesa. Si la religión no ha conservado todo su imperio, es á consecuencia de otras fuerzas que se han desarrollado, y que han fortificado la unidad nacional. Durante largo tiempo las leyes cambiaban de una provincia á otra; ¿sucede ahora lo mismo?

—No, señor; son las mismas leyes para todos los franceses.

—Y todos son iguales ante ella; ¿tienen también los mismos derechos?

—Sí, señor; los derechos civiles y políticos.

—¡Y bien! he ahí las ventajas comunes que deben inspirarnos más amor por nuestra patria y aumentar la unión entre todos los franceses.

Así es que somos de la misma raza, habitamos el mismo país, hablamos la misma lengua, tenemos en gran parte idénticas creencias, obedecemos á las mismas leyes, gozamos de los mismos derechos; ¿qué añadir aún á tantos lazos y tan diversos?

¿Nuestro pasado no es rico en gloriosos recuerdos?

—Sí, señor.

—Nuestros ejércitos, nuestras obras maestras literarias y artísticas, nuestros descubrimientos científicos, nuestro comercio y nuestra industria, ¿no han llevado á nuestro país á un rango elevado entre las naciones?

—Sí, señor.

—¿Acaso no estamos todos y con justicia orgullosos de la historia de nuestra gran patria?

—Sí, señor.

—Estamos, pues, unidos aun entre sí por la comunidad de los recuerdos. Pero no es esto todo. Si nuestra patria es feliz y próspera, ¿no participamos de su felicidad y su prosperidad?

—Sí, señor.

—Y si es desgraciada, si sufre, si llega á ser invadida, devastada, mutilada, ¿no sentimos todas las consecuencias de sus desgracias, de sus sufrimientos y de sus humillaciones?

—¡Oh! sí, señor, absolutamente todos.

—Todos, ¿no es verdad? todos, hombres y niños. Todos también, grandes y pequeños, aspiramos á devolverle lo que puede haber perdido de su grandeza pasada; todos igualmente, estamos prestos á darles pruebas de nuestra abnegación; y si hay algo noble y sagrado que haga latir nuestros corazones, es la comunidad de las esperanzas, la fe en el porvenir.

Resumen de la lección.

—La idea de patria es la más vasta y la más compleja de todas: abraza el pasado, el presente y el porvenir; encierra la vida individual, la vida de la familia, la vida nacional; evoca innumerables imágenes, despierta numerosos recuerdos; he ahí el por qué, de su potencia verdaderamente mágica, y de su resonancia hasta el fondo de las entrañas.

Ella comprende ante todo la idea del suelo natal, patrimonio común, herencia gloriosa, adquirida á costa de mil peligros, fecundizada gracias á infinitos sudores, muchísimas veces regada con la sangre de sus ávidos invasores, y consagrada con la de sus heroicos defensores. Viene en seguida la idea de una raza que se distingue de las otras por ciertos rasgos de la fisonomía, por ciertas aptitudes físicas, por el espíritu, por la manera de sentir, por los gustos comunes, por las cualidades que les son propias, cualidades morales é intelectuales, gracias á las cuales los individuos que las componen se parecen, se

reconocen, se buscan, les es muy grato encontrarse juntos y formar parte de los miembros de una familia inmensa; después la comunidad de la lengua que les permite entenderse y comprenderse, cambiar sus pensamientos y sus sentimientos por medio de la palabra y de la escritura, conocerse sin verse y estrechar de ese modo á través de la distancia, los lazos naturales que los unen; de esta lengua que se llama materna, porque el niño la aprende de los labios de su madre en medio de besos, esta lengua tan dulce que llega al corazón del desterrado cuando la oye resonar en tierra extraña; la comunidad de la religión que une á los hombres por el sentimiento doloroso de su destino presente y por sus esperanzas de otro mejor; la comunidad de gobierno que da á las fuerzas esparcidas de un pueblo la unidad y la cohesión necesarias, y que las dirige hacia la prosperidad, hacia la defensa y hacia el progreso del país; la comunidad de las leyes, que á todos asegura las mismas ventajas, y que imparte á todos la misma protección; la comunidad de los intereses que hace que cada uno aproveche con la prosperidad pública, ó sufra con los males del país; la comunidad de las glorias de todo género, literaria, científica, artística, militar, que han llevado á la patria á un rango elevado entre las naciones; la comunidad de los recuerdos consoladores ó amargos, de los peligros actuales, de las aspiraciones legítimas, de los temores y de las esperanzas. La patria es un gran cuerpo, que tiene sus momentos de malestar, de debilidad, sus

enfermedades, y aun sus achaques, pero cuya poderosa vitalidad tiene inagotables recursos y no conoce la vejez; la patria, es una grande alma que anima innumerables seres, los hace vivir con la misma vida, sufrir los mismos sufrimientos, gozar los mismos placeres y enorgullecerse con el mismo orgullo.

Así el suelo, la raza, la lengua, la religión, las leyes, el gobierno, los intereses, los recuerdos gloriosos, los peligros presentes, los temores, las esperanzas y las ambiciones, tales son los elementos principales comprendidos en la idea de patria; tales son igualmente los lazos que forman estos grandes haces de hombres que se llaman pueblos, tales son en fin, las causas que hacen vivir de una vida común á los habitantes de un mismo país y latir sus corazones al unísono.

La idea de patria reasume todo lo mejor que hay en el carácter, en el espíritu, en el alma de la nación, todo lo más bello y más grande de su historia, y forma así para todos los ciudadanos un ideal de gloria, de honor y de virtud.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. ¡Cuán cara es la patria para todos los corazones bien formados! (Voltaire.)
2. La idea de patria abraza el presente, el pasado y el porvenir.

3. El suelo, el clima, la raza, la lengua, el carácter, el espíritu, las costumbres, las creencias, las leyes, los intereses, los recuerdos, los peligros, las esperanzas; he ahí los poderosos lazos que unen entre sí á los hombres de una misma patria.

4. Para amar bien á su país es preciso conocerlo: la geografía y la historia son escuelas de patriotismo.

5. No basta amar á su patria; es necesario hacerla amable.

6. El patrimonio es un deber y debe ser una pasión.

7. El patriotismo falso consiste en palabras; el verdadero, sobre todo en acciones.

8. Para juzgar del patriotismo, miremos la conducta. Es patriota cualquiera que honre á su país con su carácter, con su mérito, y cuando llegue la hora del peligro, con su valor.

DIÁLOGO 21º

La Patria. — Sus grandezas. — Sus desgracias.

SUMARIO. — *La Francia. — Su forma. — Su situación. — Sus aguas. — Su suelo. — Sus productos. — Su clima. — Su belleza. — Su historia. — Su antigüedad. — Sus reyes, sus ministros, sus héroes, sus grandes capitanes. — Su potencia colonial. — Servicios que ella ha prestado á los otros pueblos, á la humanidad, á la civilización. — Sus escritores, sus artistas, su hospitalidad, sus desgracias, su levantamiento. — Deberes presentes.*

— Mis queridos niños, tenéis por patria uno de los más bellos países que hay en el mundo; tal vez el más bello. Mirad esa carta, que está allí desplegada ante vuestros ojos; abarcad la Francia de un golpe de vista: ¿no os hace el efecto de un cuerpo vigoroso, bien constituido, bien proporcionado? Comparadla á otros países, á la Italia por ejemplo, que toda es larga; á la Prusia, á la Austria, que tiene algo de macizo é informe, y ved de qué lado está la ventaja. Los pies sobre los Pirineos, apoyada sobre los Alpes, el Jura, los Vosges, su vista se extiende sobre tres mares: el Mediterráneo, que le abre el Africa y el Asia; la Mancha que le muestra la Inglaterra y le da alcances á los países Escandinavos; el Atlántico, que la lleva á las dos Américas.

Ningún país está colocado mejor para entrar en relaciones con el resto del mundo. ¿No está también admirablemente regado?

3. El suelo, el clima, la raza, la lengua, el carácter, el espíritu, las costumbres, las creencias, las leyes, los intereses, los recuerdos, los peligros, las esperanzas; he ahí los poderosos lazos que unen entre sí á los hombres de una misma patria.

4. Para amar bien á su país es preciso conocerlo: la geografía y la historia son escuelas de patriotismo.

5. No basta amar á su patria; es necesario hacerla amable.

6. El patrimonio es un deber y debe ser una pasión.

7. El patriotismo falso consiste en palabras; el verdadero, sobre todo en acciones.

8. Para juzgar del patriotismo, miremos la conducta. Es patriota cualquiera que honre á su país con su carácter, con su mérito, y cuando llegue la hora del peligro, con su valor.

DIÁLOGO 21º

La Patria. — Sus grandezas. — Sus desgracias.

SUMARIO. — *La Francia. — Su forma. — Su situación. — Sus aguas. — Su suelo. — Sus productos. — Su clima. — Su belleza. — Su historia. — Su antigüedad. — Sus reyes, sus ministros, sus héroes, sus grandes capitanes. — Su potencia colonial. — Servicios que ella ha prestado á los otros pueblos, á la humanidad, á la civilización. — Sus escritores, sus artistas, su hospitalidad, sus desgracias, su levantamiento. — Deberes presentes.*

— Mis queridos niños, tenéis por patria uno de los más bellos países que hay en el mundo; tal vez el más bello. Mirad esa carta, que está allí desplegada ante vuestros ojos; abarcad la Francia de un golpe de vista: ¿no os hace el efecto de un cuerpo vigoroso, bien constituido, bien proporcionado? Comparadla á otros países, á la Italia por ejemplo, que toda es larga; á la Prusia, á la Austria, que tiene algo de macizo é informe, y ved de qué lado está la ventaja. Los pies sobre los Pirineos, apoyada sobre los Alpes, el Jura, los Vosges, su vista se extiende sobre tres mares: el Mediterráneo, que le abre el Africa y el Asia; la Mancha que le muestra la Inglaterra y le da alcances á los países Escandinavos; el Atlántico, que la lleva á las dos Américas.

Ningún país está colocado mejor para entrar en relaciones con el resto del mundo. ¿No está también admirablemente regado?

—Sí, señor; por grandes ríos.

—E innumerables arroyos. ¿Estos ríos corren en el mismo sentido?

—No, señor; el Ródano desciende hacia el Mediterráneo, el Garona y el Loire, van á arrojar en el Atlántico, y el Sena en la Mancha.

—¿Estos ríos están próximos los unos de los otros?

—No, señor; se diría que han sido colocados de tal manera, que dividan la Francia en cuatro regiones casi iguales, y regadas igualmente por todas partes.

—Y este suelo tan bien regado ¿no es fértil?

—Sí, señor; produce trigo, avena, cebada, centeno, maíz.

—Todos los cereales, todas las legumbres, y casi todos los frutos; ¿es esto todo?

—Da también vinos.

—Vinos excelentes, vinos de toda especie, que forman parte de su riqueza. Esta increíble variedad de productos ¿no depende más que de la fertilidad del suelo?

—Depende también del clima.

—¿Es ardiente ó riguroso?

—No, señor; es templado.

—Y tan agradable y sano para los habitantes como para su cultura.

Y este país tan bien hecho, tan bien colocado, tan bien regado, de un suelo tan fértil, de una cultura tan variada y de un clima tan dulce, ¿es de aspecto agradable?

—Sí, señor; es bello.

—Se encuentran ahí todos los géneros de belleza, desde las más imponentes hasta las más graciosas: altas montañas, anchos valles, frescos vallecitos, vastas llanuras, colinas risueñas, sitios agrés-tes y pintorescos pastos, ricas selvas; todo lo que puede encantar, alegrar, arrebatarse los ojos, la naturaleza le ha prodigado á nuestra querida Francia. No es solamente la belleza de nuestra patria, la que nos debe hacer amarla; son sus grandezas y también sus desgracias.

En primer lugar ¿hay un pueblo en Europa, cuya historia sea más gloriosa, y abraee una sucesión más larga de siglos? Sin hablar de los Galos nuestros antecesores, que su aventurera intrepidez ha arrastrado al través de la Europa, y hasta el Asia, si tomamos por punto de partida la constitución del reino francés, ¿cuántos siglos comprende nuestra historia?

—Catorce siglos, desde Clodoveo hasta nuestros días.

—Y en este largo espacio de tiempo, ¿cuántas conquistas gloriosas, cuántas victorias, cuántos grandes hechos, cuántos hombres ilustres!

Acordémonos, repasando algunos nombres gloriosos; citadlos vosotros mismos ¿Entre los reyes ó emperadores?

—Carlo Magno, San Luis, Enrique IV, Luis XIV.

—¿Entre sus ministros?

- Sully, Colbert, Louvois, Turgot.
 —Entre los héroes y heroínas?
 —Vercingetorix, Duguesclin, Juana de Arco, Juana Hachette, Bayardo, la Tour de Auvergne....
 —¿Entre los grandes capitanes?
 —Conde, Turenne, Hoche, Marceau, Napoleón.
 —Y otros. ¿A qué objeto tendían todos nuestros reyes, nuestros hombres de Estado y de guerra?
 —A elevar su país.
 —Primero á constituirlo, á defenderlo contra los invasores; luego á extenderlo hasta sus límites naturales; después á acrecentar su potencia, sus recursos, su prestigio, su acción, en fin, su grandeza. ¿Toda la Francia está contenida entre los Alpes, los Pirineos, la Mancha y el Atlántico?
 —No, señor; está también en sus colonias.
 —Ciudadlas.
 —La Argelia, el Senegal, la Costa de Oro, el Congo, las Islas de la Reunión, de Mayotte y de Nossi-Bé.
 —Y el protectorado de Túnez y de Madagascar; eso es en Africa, y ¿en Asia?
 —La Cochinchina, el Tonkin; cinco ciudades de la India.
 —Y el protectorado de Annam, y del Cambodge; eso en Asia, ¿y en América?
 —La Guayana, Guadalupe y la Martinica, San Pedro y Miquelon.
 —¿Y en Oceanía?

- La Nueva Caledonia, Taití.
 —¿No hemos poseído otras colonias?
 —Sí, señor; el Canadá.
 —Que nos queda aún ligado al corazón y donde se habla la lengua francesa.
 —¿Y la India?.....
 —Los Ingleses nos la han tomado. Tal cual es, nuestro imperio colonial es vasto aún, y se extiende cada día. Hay pocos países en el mundo, en donde no haya aparecido la bandera francesa, y donde no hayan penetrado nuestros atrevidos exploradores. ¿Pero no hemos hecho jamás la guerra, más que por nosotros mismos y por nuestro propio interés?
 —No, señor; en la Edad Media, la Francia ha hecho las Cruzadas.....
 —Por interés de la Religión, por la libertad de los Santos Lugares. ¿Y al fin del Siglo XVIII?
 —Hemos ayudado á los Estados Unidos de América á conquistar su independencia.
 —¿Y en 1827?
 —Hemos ayudado á los Griegos á sacudir el yugo de los Turcos.
 —Algunos años más tarde, en 1832, por la toma de Amberes, hemos contribuido á libertar la Bélgica. No es esto todo; en 1859 ¿no hemos combatido por un noble vecino?
 —Sí, señor; en Palestro, en Magenta, en Solferino, por la Italia.
 —Por tanto, la Francia no es una nación egoísta; es sensible á las desgracias de los oprimidos, y

varias veces ha derramado su sangre para socorrerlas. ¿Pero ha sido útil á los otros pueblos nada más que por sus armas? ¿No ha servido de otra manera á la causa de la humanidad y de la civilización?

—Sí, señor; por sus ideas.

—Bien. Los principios de libertad, de igualdad, de fraternidad que ella ha hecho prevalecer en sus instituciones y sus leyes, se han extendido poco á poco, más ó menos, alrededor de ella, y han contribuido á mejorar la condición y bienestar de los pueblos. Sabéis que en 1848, sin sacar la espada, por la sola virtud del ejemplo, ha conducido á casi todos los soberanos absolutos á conceder á sus súbditos instituciones más liberales. Por grandes que sean, no son estos solamente sus títulos de gloria. Sin hablar de su comercio y de su industria, las letras, las ciencias y las artes, han proyectado más brillo.

—¿Cuántos poetas! Veamos, citad algunos grandes nombres.

—La Fontaine, Corneille, Racine, Molière, Víctor Hugo, Lamartine.

—¿Cuántos oradores de cátedra ó de púlpito! Bossuet, Fénelon, Bourdaloue, Massillon. ¿Cuántos oradores políticos! ¿Los conocéis?

—Mirabeau, Barnave, Vergniaud, Gambetta.

—¿Cuántos historiadores desde Joinville á nuestros días! Citadlos.

—Voltaire, Thiers, Guizot, Augustin Thierry, Mignet, Michelet.

—Cuántos novelistas, cuántos filósofos, cuántos

sabios ilustres! Y nuestros grandes pintores, nuestros grandes escultores, nuestros grandes arquitectos, nuestros grandes músicos! Sería necesario horas enteras para hacer solamente su enumeración. Si añadiese que nuestra lengua francesa es aprendida, hablada, gustada en todos los países civilizados, os daría al menos una idea de la grandeza intelectual de nuestro país.

Aunque somos objeto de odio y de envidia para ciertos pueblos, ¿creéis que los extranjeros no vienen voluntariamente á Francia?

—Sí, señor; vienen en gran número.

—Sí, el encanto de nuestro país, la belleza de nuestras ciudades, de nuestra capital, el brillo de nuestra civilización, lo alegre de nuestro carácter, la dulzura de nuestras relaciones, los atraen y detienen.

Su presencia entre nosotros es un homenaje involuntario, pero también inapreciable. En estos últimos tiempos ¿la Francia no ha sufrido grandes reveses?

—Sí, señor; en 1870.

—¿No ha perdido dos de sus provincias más queridas?

—Sí señor: la Alsacia y Lorena.

—El recuerdo de esta guerra funesta, imprudentemente declarada, mal preparada, mal conducida, no debe borrarse de vuestras memorias. Por desgraciada que haya sido para nuestros ejércitos, no ha sido sin honor. ¿No hemos luchado largo tiempo contra un enemigo superior en fuerza?

—Sí, señor; París ha sostenido un largo sitio.

—Ha resistido hasta el día en que el hambre le hizo caer las armas de las manos. No es el valor el que ha faltado á nuestras viejas tropas, ni á los ejércitos improvisados; los combates dados bajo los muros de Metz, sobre los bordes del Loire y al norte, son testigos; y los nombres de Gravelotte, Coulmiers, San Quintín, Châteaudum son nombres gloriosos. ¿La Francia ha permanecido abatida por sus derrotas?

—No, señor; se ha levantado.

—Ella ha reorganizado y acrecentado su ejército, establecido el servicio obligatorio, extendido su imperio colonial, reparado sus finanzas, y probado por sus exposiciones, la de 1889 sobre todo, que sus desgracias no han podido ni abatirla, ni disminuir su actividad, ni retardar su marcha en la vía del progreso. Ella ha probado su fuerza, su vitalidad; ha vuelto á tomar confianza en sí misma, é inspirado confianza á un poderoso Imperio que se ha hecho su aliado. Ahora tranquila, fuerte y respetada, espera sin temor el momento que debe cumplir los deberes que le impone su honor, la justicia y la piedad.

Resumen de la lección.

—Mis queridos amigos, mirad la Francia que esta carta os representa. Apoyada sobre los Pirineos, con las espaldas en los Alpes, el Jura y los

Vosges; ve delante de sí extenderse tres mares: el Mediterráneo, el Atlántico y la Mancha; uno que pone á su alcance el Africa y el Asia, el otro que le abre camino á las dos Américas, el tercero que le une con sus vecinos del Norte. No hay país que esté mejor colocado para entrar en relaciones con el resto del mundo. No hay ninguno que esté mejor constituido. La Francia no es ni alargada como la Italia ó la Suecia, ni cortada como la Grecia, ni informe como la Prusia ó la Austria. Es un cuerpo vigoroso, bien edificado, bien proporcionado.

Cuatro grandes ríos alimentados por numerosas afluentes, corriendo en direcciones diferentes, lejanos los unos de los otros, la dividen en cuatro grandes regiones casi iguales entre sí, y fértiles.

Su suelo, de una fecundidad maravillosa, produce toda especie de granos, legumbres, frutos y vinos. Un clima templado la hace morada agradable y sana, los sitios son variados: altas montañas, anchos valles, costas risueñas, vastas llanuras, abundantes pastos, ricas selvas, todo aquí encanta los ojos. Pero no es solamente la belleza de nuestra patria, la que nos la debe hacer querida, sino su grandeza y también sus desgracias. Tenemos el derecho de decir que nuestros males no son más que una larga y brillante cadena de hechos de mil ejércitos gloriosos, que la bravura contemporánea enriquece con nuevos eslabones.

No hay tierra en el mundo en donde no se encuentren las huellas de nuestra mansión ó de nues-

tro paso: donde nuestra intrepidez, algunas veces venturosa, casi siempre caballeresca, no haya dejado indelebles impresiones é imperecederos recuerdos.

Las grandes épocas de nuestra historia no son sino irresistibles movimientos de nuestra bondad natural: ninguna nación acaso ha producido héroes más nobles y más puros; un deseo de nuestro corazón es el que nos ha arrastrado para libertar los Santos Lugares; no podemos permanecer sordos á la voz de los oprimidos que nos llaman, de los desgraciados que nos imploran; varios pueblos, los Estados Unidos, la Italia, la Grecia, nos han visto acudir para romper sus cadenas, y la ingratitud y la indiferencia no han podido sanar nuestro incurable y admirable ardor.

Nuestros enemigos mismos prestan á nuestro carácter un involuntario homenaje, porque su envidia y su odio no les impide venir á calentarse al dulce y vivificante calor de nuestra hospitalidad, y viajar además entre nosotros, y la Francia es el "para servir á vd." de todo el mundo.

Ninguna gloria nos falta, ni nos ha faltado; en ninguna parte del mundo entero, las letras, las ciencias, las artes, han brillado con un brillo más vivo y más duradero: ningún pueblo de la vieja Europa, puede presentar como este á la admiración del mundo, cuatro grandes siglos de obras maestras, como los nuestros: el diez y seis, diez y siete, diez y ocho y diez y nueve.

En nuestros últimos desastres no es el valor el que nos ha hecho falta: nosotros hemos luchado allí en donde otros hubiesen arrojado las armas; hemos esperado contra toda esperanza, y desde esos días funestos nuestra raza ha probado y prueba ahora, que aún la vieja sangre francesa hierve todavía en sus venas, y que la Francia no ha perdido nada de su genio y vitalidad.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Para todos los corazones bien nacidos ¡cuán cara es la patria!—*Voltaire.*
2. La patria nos da mil placeres habituales, que no conocemos bien sino después de haberlos perdido.—*Mme. de Staël.*
3. El desterrado está solo por todas partes.—*Lamennais.*
4. El que defiende á su patria defiende á sus padres, á sus amigos, sus bienes y á sí mismo.
5. ¡Qué amaré el que no ama á su patria?
6. ¡Ah! maravillosa tierra ¡ah! bello país de Francia Cuyo nombre dice; Franqueza; y su historia; Esperanza!
—*Eugène Manuel.*

* LA OBEDIENCIA.

SUMARIO.—*Fundamentos de la obediencia á los padres, maestros y á los que hacen sus veces. — La obediencia á las autoridades y á las leyes.*

—*Amor, respeto y gratitud debidos á los buenos padres y maestros.*

—Dime, Antonio, cuando tus padres te mandan hacer alguna cosa, ¿crees que lo hacen simplemente por mostrar autoridad ó con el propósito de molestarte?

—No, señor; yo creo que lo hacen por mi bien.

—En bien tuyo ó en provecho de toda la familia. Por supuesto que al dirigirme á tí lo he hecho porque conozco á tus padres y sé que no son ni unos necios presuntuosos ni unos locos para darte órdenes solo por el gusto de ostentar autoridad. Pero ¿en qué te fundas para juzgar que tus padres no te dan órdenes con el propósito exclusivo de molestarte?

—En que me quieren mucho.

—Muy bien; pero no podría suceder que sus órdenes, aunque bien intencionadas, no fueran buenas en sus resultados? ¿Tu no te engañas con frecuencia y no mandas algunas veces á tus hermanos menores, cosas que pueden ser inconvenientes ó peligrosas?

—Sí, pero mis padres tienen experiencia y saben lo que mejor me conviene.

—Eso es, tienen experiencia y te quieren mucho por consiguiente lo que te manden, no puede en

general, serte perjudicial. Pero de aquí debemos sacar alguna consecuencia. Veamos, quién es el que la saca.

—Que debemos hacer lo que nuestros padres nos mandan.

—Justamente. La obediencia es una de la primeras cualidades de un niño bien educado; tal vez la más necesaria de todas, porque á todas le puede servir de origen y fundamento. Ahora que empiezan vdes. á razonar y que van á aprender metódicamente la moral, saben ya, por ejemplo por qué es mala la mentira y por qué debe evitarse á toda costa; pero antes de saberlo la mayor parte de vdes., — quisiera creer que todos, — se abstendrían de mentir. ¿Por qué pues obraban de ese modo?

—Porque nuestros padres nos habían prohibido mentir y nos habían dicho que la mentira era mala.

—Y en otras ocasiones los padres de vdes. les han evitado á cada uno muchísimos riesgos y perjuicios, prohibiéndoles, por ejemplo, que manejaran fósforos.

—Porque nos podríamos quemar.

—Que se subieran á alguna azotea ó á alguna escalera.

—Porque nos podríamos caer.

—Que se acercaran á algún pozo ó estanque profundo.

—Porque nos podríamos ahogar.

—Que se reunieran con niños perversos ó de mala educación.

—Porque nos enseñarían á ser malos como ellos.

—Bien, y ¿sólo á sus padres tiene uno que obedecer?

—No, también á sus hermanos mayores.

—¿Por qué razón?

—Porque también nos quieren y tienen más experiencia que nosotros.

—Cuando la diferencia de edad no es muy notable, no hay que fiar mucho de esa experiencia. En general, debemos obedecer á los que tienen autoridad sobre nosotros, porque la hayan recibido de la naturaleza, como es el caso respecto de los padres ó los que hagan sus veces, como los parientes ó tutores que tienen á su cargo á los niños huérfanos, ó bien porque los mismos padres ó las personas que hagan sus veces, les hayan transmitido temporalmente su autoridad. ¿Conocen vdes. á algunos que estén en ese último caso.

—Sí, señor; los maestros.

—Eso es: los maestros, los ayos y en general las personas á quienes se encarga el cuidado y la educación de los niños. Y ¿por qué esas personas deben tener autoridad sobre los niños y ser obedecidos como los padres?

—Porque los padres les han pasado esa autoridad.

—Es decir que les han delegado temporalmente sus derechos. Pero hay aun otras razones.....

—Si no tuvieran autoridad no podrían cuidar, corregir y educar á los niños.

—Es verdad: y ¿no habrá además otra razón análoga á la que funda la obediencia que se debe á los padres?

—Sí, señor; la de que los maestros y encargados de los niños, tienen más experiencia que éstos.

—Y como saben más que ellos y generalmente les tienen cariño, pueden dirigirlos mejor. ¿Y no se debe también obediencia á otras personas extrañas?

—Sí, señor: al Presidente de la República.

—Al Presidente y á todas las autoridades establecidas y que dan órdenes ó leyes con arreglo á sus facultades y para bien general. A veces también se debe obediencia á las personas respetables que sin ser nuestros padres ni maestros, y en ausencia de éstos, nos ordenan algo para evitarnos algún peligro. Y decidme ¿sólo obediencia debemos á nuestros padres y maestros?

—No, señor; también les debemos respeto.

—Y cariño y gratitud, sobre todo á los padres, que aman tanto á sus hijos; que no sólo les dan la vida, el alimento, el vestido y la habitación, sino que los educan ó pagan su educación, los asisten cuando se enferman, se desvelan y se preocupan con su felicidad y son capaces por ellos de todos los sacrificios, hasta el de la propia existencia. Los buenos padres son la imagen de Dios sobre la tierra. ¡Desgraciado el hijo que no los ama, venera y obedece!

Resumen de la lección.

— Los mandatos de los padres se dirigen ordinariamente á procurar el bienestar de sus hijos. No pueden quererles causar un mal supuesto que los aman y en general es probable que acierten en sus propósitos en favor de los hijos, ya que tienen más experiencia que ellos.

— Ese es el primer fundamento de la obediencia que los hijos deben á sus padres. La obediencia es una de las primeras cualidades de un niño bien educado y acaso la más necesaria para adquirir las demás por medio de la educación.

— Los niños que no tienen aún juicio ni experiencia, necesitan confiar en la ciencia y discreción de sus padres, ó de los que hagan sus veces, para evitar muchos de los constantes peligros físicos y morales á que están expuestos.

— No solo deben obedecer los niños á sus padres, sino también á sus tutores y maestros y en general aquellos á quienes los mismos padres han delegado su autoridad ó que la deben á la naturaleza ó á las leyes.

— Todo el que dirige necesita poseer autoridad para ser obedecido.

— Se debe también obediencia al Jefe de la Nación y á sus delegados y funcionarios dentro de las

atribuciones que para el bien general, les confieren las leyes.

— A todos los que nos hacen bien, les debemos cariño y gratitud; pero á nuestros padres y maestros les debemos con especialidad, á más de obediencia, respeto, amor y profundo reconocimiento.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. El principal deber de un niño bien educado, es la obediencia á sus padres y maestros. — *R. M.*

2. El niño desobediente está expuesto á todo género de peligros, pues siendo incapaz de dirigirse por sí mismo, no quiere sin embargo, aceptar la dirección del saber y de la experiencia. — *R. M.*

3. La gratitud y la naturaleza imponen á los hijos amor, respeto y obediencia para sus padres y los que hagan sus veces. — *R. M.*

4. El amor hace la obediencia fácil y dulce. — *De Gerando.*

5. La verdadera obediencia es la que no reside solamente en la acción sino en el corazón. — *P. Janet.*

6. El hombre sensato debe pensar siempre que ha nacido para obedecer. Cuando cesa para él la obe-

diencia directa á las personas que lo han educado, debe sin embargo, obediencia y respeto á sus superiores jerárquicos, á las autoridades constituidas, á las leyes dictadas por quien corresponde y, sobre todo, á su propia conciencia, convenientemente ilustrada.—*R. M.*

NOTA.— Los Señores Profesores, tal vez harían bien en invertir, si lo estiman conveniente, el orden de los diálogos, comenzando su enseñanza por este último sobre "La Obediencia."—*R. M.*

INDICE.

	Páginas
Prólogo	V
Diálogo 1º—La Conciencia	1
Resumen de la lección	6
Máximas, pensamientos	8
Diálogo 2º—La Conciencia	9
Resumen de la lección	14
Máximas, pensamientos	16
Diálogo 3º—De la libertad moral	17
Resumen de la lección	21
Máximas, pensamientos	23
Diálogo 4º—De la responsabilidad	25
Resumen de la lección	29
Máximas, pensamientos	31
Diálogo 5º—Moral práctica	32
Resumen de la lección	38
Máximas, pensamientos	39
Diálogo 6º—Deberes para con nosotros mismos	41
Resumen de la lección	46
Máximas pensamientos	48
Diálogo 7º—El trabajo	49
Resumen de la lección	56
Pensamientos, máximas y proverbios	58
Diálogo 8º—La ignorancia y la pereza	59
Resumen de la lección	65
Máximas, pensamientos	68
Diálogo 9º—Dignidad personal; respeto de sí mismo	70
Resumen de la lección	76
Máximas, pensamientos	78
Diálogo 10º—La mentira	79

diencia directa á las personas que lo han educado, debe sin embargo, obediencia y respeto á sus superiores jerárquicos, á las autoridades constituidas, á las leyes dictadas por quien corresponde y, sobre todo, á su propia conciencia, convenientemente ilustrada.—*R. M.*

NOTA.— Los Señores Profesores, tal vez harían bien en invertir, si lo estiman conveniente, el orden de los diálogos, comenzando su enseñanza por este último sobre "La Obediencia."—*R. M.*

INDICE.

	Páginas
Prólogo	V
Diálogo 1º—La Conciencia	1
Resumen de la lección	6
Máximas, pensamientos	8
Diálogo 2º—La Conciencia	9
Resumen de la lección	14
Máximas, pensamientos	16
Diálogo 3º—De la libertad moral	17
Resumen de la lección	21
Máximas, pensamientos	23
Diálogo 4º—De la responsabilidad	25
Resumen de la lección	29
Máximas, pensamientos	31
Diálogo 5º—Moral práctica	32
Resumen de la lección	38
Máximas, pensamientos	39
Diálogo 6º—Deberes para con nosotros mismos	41
Resumen de la lección	46
Máximas pensamientos	48
Diálogo 7º—El trabajo	49
Resumen de la lección	56
Pensamientos, máximas y proverbios	58
Diálogo 8º—La ignorancia y la pereza	59
Resumen de la lección	65
Máximas, pensamientos	68
Diálogo 9º—Dignidad personal; respeto de sí mismo	70
Resumen de la lección	76
Máximas, pensamientos	78
Diálogo 10º—La mentira	79

	Páginas.
Resumen de la lección.....	85
Máximas, pensamientos.....	87
Diálogo 11º—Economía.—Evitar las deudas.....	88
Resumen de la lección.....	94
Máximas, pensamientos.....	96
Diálogo 12º—Deberes para con los demás.....	97
Resumen de la lección.....	103
Máximas, pensamientos.....	106
Diálogo 13º—Deberes de justicia.....	107
Resumen de la lección.....	110
Pensamientos, máximas y proverbios.....	111
Diálogo 14º—Deberes de justicia.....	112
Resumen de la lección.....	116
Máximas, pensamientos.....	118
Diálogo 15º—Deberes de caridad, bondad y fraternidad.....	119
Resumen de la lección.....	126
Máximas, pensamientos.....	128
Diálogo 16º—Deberes de los camaradas entre sí.....	129
Resumen de la lección.....	136
Máximas, pensamientos.....	137
Diálogo 17º—Deberes para con los criados.....	138
Resumen de la lección.....	142
Máximas, pensamientos.....	143
Diálogo 18º—Tolerancia.....	144
Resumen de la lección.....	151
Pensamientos, máximas y proverbios.....	152
Diálogo 19º—De la tolerancia.....	153
Resumen de la lección.....	157
Máximas, pensamientos.....	158
Diálogo 20º—De la patria.....	160
Resumen de la lección.....	165
Máximas, pensamientos.....	167
Diálogo 21º—La Patria.—Sus grandezas.—Sus desgracias.....	169
Resumen de la lección.....	176
Máximas, pensamientos.....	179
Diálogo suplementario.—La obediencia.....	180
Resumen de la lección.....	184
Máximas, pensamientos.....	185
Índice.....	187

9832

170

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

NO. ADQ.

9832

NO. CLAS.

170

V583d

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

A.- 9832

170

V583d

Vessiot

Diálogos socráticos sobre moral.



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

